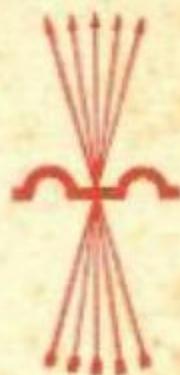


RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA

DISCURSOS



EDICIONES FE
M C M X X X I X

ÍNDICE

DISCURSOS ANTERIORES AL 18 DE JULIO

DISCURSO PRONUNCIADO EN JAÉN EL 7 DE ABRIL DE 1935

ECONOMÍA, TRABAJO, LUCHA DE CLASES

Conferencia pronunciada en Madrid el día 15 de abril ,de 1935.

DISCURSO PRONUNCIADO EN DON BENITO EL 28 DE ABRIL DE 1935

DISCURSO PRONUNCIADO EN CÓRDOBA EL 12 DE MAYO DE 1935

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE MADRID EL 19 DE MAYO DE 1935

DISCURSO PRONUNCIADO EN OVIEDO EL 26 DE MAYO DE 1935

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE F. E.

Discurso pronunciado en Madrid el 17 de noviembre de 1935.

DISCURSO PRONUNCIADO EN MURCIA EL 8 DE DICIEMBRE DE 1935

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 22 DE DICIEMBRE DE 1935

DISCURSO PRONUNCIADO EN BRIVIESCA EL 29 DE DICIEMBRE DE 1935

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE EUROPA, DE MADRID, EL 2 DE FEBRERO DE 1936

DISCURSOS POSTERIORES AL 18 DE JULIO

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 29 DE OCTUBRE DE 1937

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE LA SECCIÓN FEMENINA

Discurso pronunciado en Segovia el 23 de enero de 1938.

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA PRIMERA ASAMBLEA DE ARQUITECTOS

Discurso pronunciado en Burgos el 14 de febrero de 1938.

EN EL ANIVERSARIO DE LA FUSIÓN DE LAS J. O. N. S. CON FALANGE ESPAÑOLA

Discurso pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1938.

EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DE SUFRIMIENTOS POR LA PATRIA A LA SEÑORA VIUDA DE PRADERA

Discurso pronunciado en San Sebastián el 3 de abril de 1938.

DISCURSO PRONUNCIADO EN MIERES EL 19 DE ABRIL DE 1938

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE SERVICIOS TÉCNICOS

Discurso pronunciado en Bilbao el 1 de mayo de 1938.

EN EL ACTO DE LA BOTADURA DEL CRUCERO «NAVARRA»

Discurso pronunciado en El Ferrol del Caudillo el 15 de junio de 1938.

DISCURSO PRONUNCIADO EN VALLADOLID EL 18 DE JULIO DE 1938

EN LA INAUGURACIÓN DE UN CAMPAMENTO DE ORGANIZACIONES JUVENILES

Palabras pronunciadas en Cóbreces el 8 de agosto de 1938.

ALOCUCIÓN A LOS SARGENTOS PROVISIONALES DE INFANTERIA DE VITORIA

Discurso pronunciado en La Coruña el 31 de agosto de 1938.

DISCURSO EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DE SUFRIMIENTOS POR LA PATRIA A LAS SEÑORAS VIUDAS DE ITURRINO Y DE GUIJOSA

Palabras pronunciadas en San Sebastián el 13 de septiembre de 1938.

OFRENDA AL CAUDILLO DE LOS ATRIBUTOS DE MANDO

Palabras pronunciadas en Burgos el 1 de octubre de 1938.

EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO DE «AUXILIO SOCIAL»

Discurso pronunciado en Valladolid el 23 de octubre de 1938.

EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS CAÍDOS

Discurso pronunciado en Sevilla el 29 de octubre de 1938.

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO

Discurso pronunciado en Burgos, el 19 de noviembre de 1938.

DISCURSO PRONUNCIADO EN JAÉN EL 7 DE ABRIL DE 1935

Si la Falange Española de las J. O. N. S. tuviera necesidad de justificar la razón de su existencia, los acontecimientos políticos ocurridos últimamente serian argumentos más que suficientes para ello.

España está deshecha. Los partidos políticos, las luchas de clases, las oligarquías financieras e internacionales que han contribuido a su destrucción, alcanzan su máximo poder y vitalidad; por consiguiente, el remedio a la actual (situación de España no puede encontrarse en soluciones de origen partidista, sino que ha de arrancar del concepto total de España; ha de ser para todos los españoles.

Por eso, la Falange Española de las J. O. N. S. no es de derechas ni de izquierdas; no es proletaria ni burguesa; no está conforme con los unos ni con los otros, y aspira a implantar un orden nuevo y una organización del Estado también nueva, que no sea ni el Estado espectador de los liberales ni el Estado de clases de los socialistas.

A continuación expone las razones por las que Falange es enemiga de los partidos, de la lucha de clases y del capitalismo agiotista y especulador, señalando los medios con que el Nacionalsindicalismo cuenta para acabar con estos enemigos de la unidad de España.

Termina resumiendo todo el programa de Falange en dos puntos: devolver a España una ambición histórica, e (implantar en ella una mejor justicia social.

(Arriba, 11 de abril de 1935.)

ECONOMIA, TRABAJO, LUCHA DE CLASES

Conferencia pronunciada en Madrid el día 15 de abril ,de 1935.

ECONOMIA, trabajo, lucha de clases, son los tres puntos objeto de esta conferencia. La falta de amenidad, la aridez del tema, quedan compensadas en exceso por su realidad indiscutible, su interés palpitante y su exigencia imperiosa. Además, estas conferencias no han sido organizadas por el Jefe nacional para que se conviertan en torneos literarios u oratorios, ni para que constituyan un rato de agradable esparcimiento y diversión a cuantos a ellas asisten. Tienen una finalidad practica, didáctica; están dirigidas a, proporcionar a todos los camaradas un mejor y más profundo conocimiento del programa, de Falange, que les facilite su propaganda y difusión. Para ello voy a dividir la conferencia en dos partes. La primera, dedicada a estudiar filas causas, los factores, 'los elementos que han producido la situación actual de, la organización económica. La segunda, dedicada a explicar las soluciones propuestas por las distintas doctrinas y sistemas, exponiendo, por último, la nacionalsindicalista que nosotros defendemos, por la que luchamos y acabaremos por implantar.

Terminada la Revolución francesa y empezando el siglo XIX, la organización de la Economía, a consecuencia de las doctrinas de Adán Smith y de los principios de aquélla., descansaba sobre la base de la libertad. Imperaba el criterio de que el Estado debía limitar todo lo posible su intervención en la vida económica de 'los individuos, pues de la libre competencia de éstos habría de salir el triunfo de dos mejores, y con este triunfo, el progreso de la Humanidad. De igual forma, y en virtud de iguales principios, en materia de trabajo se había implantado el sistema de libertad, eximiendo a los hombres de !la obligación de formar parte de un Gremio si querían dedicarse al trabajo y decretándose en Francia la abolición de aquéllos en virtud de la ley Chapelier. Pero es que, además, la organización gremial que había existido hasta la Revolución francesa era a todas luces incompatible con las nuevas formas del sistema capitalista que se iniciaba. Este exigía grandes capitales para montar los negocios, y ni los antiguos aprendices, oficiales, ni la mayoría de los maestros, tenían los necesarios para ello, y como, por otra parte, había desaparecido la posibilidad de obligar a los hombres a trabajar mediante el aliciente de llegar a ser maestros de un Gremio si cumplían escrupulosamente los deberes que éste imponía, resultó que, de un lado, se agruparon los que, careciendo del dinero preciso para ser empresarios, no poseían más que su trabajo; de otro, las clases acomodadas; se dividió la sociedad en proletarios y capitalistas y surgió el asalariado como medio de ejercer la coacción que antes se conseguía dentro del Gremio en la, forma indicada. La lucha de clases había hecho su aparición, iniciándose un combate que aun continúa y no se sabe cómo ha de terminar.

Ahora bien: aunque la Economía descansaba sobre la base individualista, hacia 1830 empezó a popularizarse un vocablo hasta entonces desconocido o poco usado: el socialismo. Su significado no era exactamente conocido por los mismos que lo empleaban, y consistía en una humanitaria aspiración a cambiar la sociedad, poniendo término a la injusticia que representaba el que unos hombres disfrutasen de todas las riquezas y otros careciesen de lo más indispensable. Pero no decían mediante qué procedimiento iba a desaparecer tal injusticia, ni sus aspiraciones descansaban sobre la base de rigorismo científico. Eran los socialistas utópicos, sentimentales y humanitarios. No tardó, sin embargo, mucho tiempo en construirse una doctrina montada sobre los principios de la ciencia económica, para combatir el concepto privado del capital y defender su traspaso al Estado. Este es el socialismo científico de Carlos Marx, Rodbertus y Lasalle. ¿Qué argumentaciones empleaban estos economistas, especialmente el primero, para llegar a la radical solución indicada? Muy sencilla. Ellos veían que una gran cantidad de hombres carecían de toda clase de medios para subsistir, no poseyendo más que su trabajo, el cual habían de arrendar en las condiciones que quisieran los empresarios, porque, si no, había otros hombres dispuestos a aceptarlo. De otro lado, estas condiciones eran leoninas, pues como el valor de la mercancía dependía exclusivamente de la cantidad de trabajo incorporado a ella, una vez que el obrero había realizado el que precisaba para ganar el salario bastante a cubrir sus necesidades, si continuaba trabajando, dos, tres o varias horas más con exceso, no lo abonaba el patrono; existía una plusvalía a favor de éste y a costa del trabajo humano, que constituía, la explotación capitalista. Si, por consiguiente, quien explota es el capital privado, convirtiéndole en público habrá desaparecido la posibilidad de explotación.

Pero no es ésta sola la característica del socialismo marxista; bien conocidas son sus teorías sobre el materialismo histórico y la lucha de clases, lucha que Marx dedujo de los principios de la filosofía de Hegel. Según ésta, en la vida nada es permanente ni definitiva; las formas actuales de organización jurídica, política, cte., llevan en sí un germen de destrucción en pugna con la misma forma existente. Esta constituye la tesis, el elemento destructivo, la antítesis, y de la lucha entre ambas habrá de salir la síntesis, o sea la nueva forma de vida que, a su vez, ha de seguir el mismo proceso evolutivo. Pues bien: Marx aplicó estos principios al campo

económico y dijo que de la lucha entre el capitalismo (tesis) con el proletariado (antítesis) habrá de salir la síntesis, o sea la nueva forma de organización de la Economía, que ha de consistir en la dictadura del proletariado.

Pero si Carlos Marx creó el dogma de la lucha de clases, el sindicalismo fué el instrumento de esta lucha. Ahora bien: el sindicalismo, hasta llegar a sus actuales características, ha pasado por otras anteriores. En la primera, el sindicato representaba el medio de defensa contra la implantación del maquinismo, que arruinaba el trabajo manual del artesano. Posteriormente, convencidos los obreros de que el triunfo de la máquina era inevitable, trabajaron por extender al proletariado el beneficio que aquélla proporcionaba; pero más adelante, al ser imposible sacar nuevas ventajas por haber llegado al límite de rendimiento, el sindicalismo pretende asumir el mando de la producción y destrozar el Estado haciéndose revolucionario. Sus armas de combate son de todos conocidas; sus teorizantes, también lo son. La «huelga», el «boicot», el «sabotaje»; el «label» y la «acción directa», constantemente están dejando sentir sus efectos en todas las reivindicaciones proletarias.

Sorel, Lagardelle, Labriola, Enrico Leone y otros muchos han creado esta escuela, influyendo decisivamente en la mentalidad de los obreros y representando con sus escritos un revisionismo marxista, que, según el lenguaje vulgar, podríamos calificar de izquierda, y que acentúa el predominio del trabajador manual, despreciando toda intervención burguesa.

Pero ni el marxismo con sus teorías, ni el sindicalismo revolucionario con sus medios de lucha, son los únicos factores que han influido en la actual situación de la economía mundial. Hay que tener en cuenta otro más y de gran importancia: el sistema capitalista. Realmente no puede hablarse del capitalismo hasta la implantación de la gran industria y el triunfo de la máquina. Esto es, hasta principios del siglo XIX. La esencia del sistema consiste no sólo en ser una forma de organización económica en la que el capital predomina exageradamente sobre el trabajo, sino en que, como hace notar Mussolini, hay una producción en masa, para un consumo en masa y mediante un capital también en masa. Es decir, que en el sistema capitalista se pierde en absoluto todo el carácter humano de la producción; ésta deja de ser la obra directa de un hombre; ya no se precisan las cualidades personales del artesanado; el hombre es absorbido por la máquina y se convierte en una pieza necesaria para su funcionamiento. Pero el capitalismo ha pasado también por diferentes fases, pues si en un principio poseía, todas las características del liberalismo smithiano que lo había creado, a partir de 1870 empieza a perderlas, ya que al surgir la empresa anónima, si el capital se hace público, se precisa también la pública intervención. Esta pérdida de las esencias liberales se acentúa cada vez más paralelamente al desarrollo de la concentración capitalista, y así vemos cómo las grandes coaliciones industriales, «truts», «rings», etcétera, nacen precisamente para evitar una de las notas de tal liberalismo, la 'libre competencia, pues a los grandes capitalistas les ha sido más cómodo que luchar entre sí ponerse de acuerdo para repartirse los mercados, fijar los contingentes de producción y señalar los precios. Y no es esto sólo, sino que la intervención del Estado cada vez es más solicitada, a fin de que dicte disposiciones orientadas en un profundo proteccionismo económico. Son, pues, rasgos característicos del sistema capitalista en estos últimos tiempos, su apartamiento de los principios liberales que lo engendraron y una concentración de capital de tal magnitud, que ha puesto en peligro la independencia política de los pueblos y ha contribuido en gran parte al actual desorden económico.

¿Cuáles son los remedios posibles para salir de él?

Será la vuelta al liberalismo económico en toda su pureza. Tal es el criterio de algunos economistas y políticos. Precisamente, no hace muchos días, uno de los que con más respeto es escuchado -en los medios financieros, atribuyó en un acto público a la intervención del Estado el trastorno de la Economía. Esta opinión nos parece equivocada. La intervención ha sido solicitada, como hemos visto, por la misma economía liberal, que ha provocado la crisis y ahora se encuentra impotente para resolverla. La crisis es muy anterior a la intervención y se ha acudido a ésta como un posible remedio.

Decía también dicho político en apoyo de su tesis, que los transportes por carretera prevalecen sobre el ferrocarril porque aquéllos siguen un régimen de libertad y éste el de intervención. Pero sobre que jamás puede ser aconsejable el que parte de la Economía esté sometida a un sistema y parte a otro, lo que sucede es que las empresas ferroviarias pueden subsistir gracias a esa intervención, y sobre todo, que la competencia anárquica habrá desaparecido en el momento en que ambas industrias estén encuadradas en el Sindicato Vertical del Transporte, donde todos los elementos que en él intervienen resolverán por sí y armónicamente esa competencia.

Pero además, ¿es que hoy día la Economía no está dirigida por las grandes empresas capitalistas, que

verifican la intervención orientada tan sólo en su exclusivo provecho?

Esta solución, pues, la vuelta al liberalismo, ni nos conviene ni nos satisface, ya que, en resumen, no sería más que empezar el camino que nos ha traído a "a actual situación.

Ahora bien: si del campo liberal pasamos al intervencionista, nos encontramos dentro de él varias clases de intervención. ¿Elegimos la de Roosevelt? No. Esta no tiene más valor ni más prestigio que la de su autor. Es una intervención directa, dictatorial, sin flexibilidad y que no obedece a un plan completo de reorganización económica.

¿Admitimos la socialista? Tampoco. No ya por sus errores científicos, que Bernstein, Henri de Man, Sombart y otros varios han conseguido demostrar, sino, además, por la ausencia de aquellos valores espirituales inherentes a la personalidad y a la dignidad del hombre. Reconocemos la importancia de los factores económicos, pero creemos también en la santidad, en la abnegación y el heroísmo.

Por otra parte, negamos la afirmación marxista de que el obrero no tiene Patria. Que Carlos Marx, judío desarraigado, lo dijera, era natural. Para él, los obreros no eran seres humanos, sino la masa moldeable, el elemento que precisaba para ensayar sus teorías. La redención del proletariado poco le importaba; sólo tenía el egoísmo propio del hombre de ciencia que sueña con ver confirmadas en la práctica sus predicciones y teorías. Pero, además, no comprendemos por qué razón el patriotismo ha de ser una cualidad exclusiva de las clases elevadas. ¿Es que los obreros no forman parte integrante de la nación? Los obreros, lejos de mirar al Estado como algo indiferente o distinto de ellos, deben considerarse dentro del mismo y darse cuenta que los conflictos y problemas que le plantean, a la corta o a la larga, sobre ellos recaen.

Si del examen teórico del marxismo pasamos al práctico, encontramos que en Rusia, país donde ha tenido mayor y más completa realización, las ventajas obtenidas por el proletariado en aquellos puntos que pueden interesarle, no justifican el haber hecho una revolución como la rusa. Así, vemos que la jornada de trabajo es de cuarenta y dos horas; es decir, dos menos que la fijada en Madrid para la industria metalúrgica, y vemos también que en aquellas industrias en que, con arreglo al vigente plan quinquenal, el trabajo es intensivo, las cuarenta y dos horas han sido elevadas a cuarenta y ocho. Mezquino beneficio en el primer caso, nulo en el segundo.

Bien es verdad que los obreros rusos no pueden llamarse a en., año. Lenin, poco tiempo antes de estallar la revolución, publicó un libro en el que describía el Estado soviético tal como él lo había concebido y tal como ha sido implantado. Pues bien: en esa obra decía Lenin que para llegar a su ideal de la anarquía social, en la que los hombres no precisarían de la actual organización jurídica y económica del mundo, había que pasar por diversas etapas: capitalismo del Estado, comunismo y anarquía. Pero comprendiendo que no era posible cambiar la condición del hombre de la noche a la mañana, añadía que para alcanzar la etapa final era necesario conservar el Estado, que Lenin tomaba como sinónimo de opresión. Estado que no sería libre porque precisaría de una disciplina férrea, ni justo, porque mantendría la igualdad de salarios, igualdad que, ante las diferentes necesidades humanas, representa una injusticia. Lenin resumía en una frase su concepto estatal: «Mantendremos el Estado burgués..., pero sin la burguesía.» No hay, pues, por qué extrañarse de lo que sucede en Rusia. A Lenin se le podrá tachar de todo menos de hipócrita.

Descartadas las anteriores soluciones, nos queda aún la corporativa. Y en este punto conviene hacer una declaración. El Estado corporativo no está implantado ni siquiera en Italia. Porque lo que en este país llaman Corporación, en realidad no es otra cosa que un inmenso Jurado mixto o Comité paritario. De un lado, la Confederación obrera; de otro, la patronal; arriba, coronando el edificio, la Corporación. Es decir, que en Italia actualmente se parte de la idea de que el capital y el trabajo son términos forzosamente opuestos y que hay que armonizar en bien de la producción. Cuando, en realidad, lo que debe hacerse es fundir a los dos en una síntesis suprema. Esto es, formar un concepto unitario y superior, integrado por el capital y del trabajo, y que utilice a ambos como elementos necesarios del proceso económico. Cuando esa síntesis se haya conseguido podrá decirse que existe la Corporación.

No queda, pues, otro remedio que construir un orden nuevo, formado por elementos psicológicos y técnicos, también nuevo. Ante todo, hay que cambiar la finalidad de la Economía. subordinando ésta a la Moral y viendo en ella el medio de satisfacer las necesidades humanas, no el de acumular riquezas o saciar placeres. Buscando en los negocios una ganancia remuneradora y no un provecho exorbitante; estableciendo salarios, precios y valores justos; huyendo, en definitiva, de los móviles predominantemente egoístas. Por eso, Falange repudia lo mismo a liberales que a socialistas. Ambos son, ante todo, materialistas, quizá más aquéllos que éstos, pues, como decía Marx, y en esto tensa razón, el régimen liberal burgués ha convertido las profesiones

más elevadas, Sacerdocio, Enseñanza, Derecho y Medicina, en meros servicios materiales de asalariados. De otra parte hemos de ver al Estado como algo inmanente, no trascendente, considerando a cada individuo depositario de parte del poder esencial de aquél al Estado formado por todos y cada uno de nosotros, no mediante una relación directa, sino a través del Sindicato.

Debemos también formar Sindicatos verticales y nacionales. Es decir, Sindicatos que, en lugar de ser exclusivamente de obreros o de patronos, inspirados tan sólo en un interés de clase, por creer que es ésta la que une a los hombres, lo estén por la igualdad de interés en la producción, ya que vemos muchas veces que los proletarios de una industria determinada tienen más vínculos con los capitalistas de esta industria que con los proletarios que trabajan en otra industria competidora y opuesta. Y Sindicatos que desenvuelvan su espíritu de lucha e incluso de rebeldía dentro del ámbito de los intereses de la Nación. Estos Sindicatos descargarán al Estado de una serie de funciones económicas que ellos deben asumir, desburocratizando -la Economía y llegando a la supresión del salariado mediante un reparto equitativo de los beneficios entre todos los factores que han intervenido en la producción. Además disciplinarán la Economía, pero no será una disciplina del Estado, que mate la iniciativa privada, sino más bien una autodisciplina de los mismos elementos productores y en interés social.

Somos enemigos del gran capitalismo financiero, que no debe confundirse con la propiedad privada; ésta consiste en una relación directa de un hombre con una cosa: es una continuación de la personalidad humana. El capitalismo financiero es todo lo contrario: anónimo, antihumano, egoísta, calculador. Es el capitalismo de las jugadas de Bolsa, de los préstamos usurarios, de las combinaciones bancarias y de los grandes Consejos de administración. El que ha hecho del dinero eje del mundo, y del capital, sujeto de la Economía, creyendo que ésta no tiene otra finalidad que procurarle beneficios, réditos e intereses a costa de los abusos que sean precisos. Es el verdadero verdugo del trabajador y del pequeño terrateniente, propietario, industrial o comerciante. Es decir, de todos aquellos que, lejos de utilizar el capital como instrumento de dominio, lo emplean en servicio del trabajo y de la producción.

Defendemos la igualdad de todos los hombres ante el trabajo; igualdad que no excluye rangos, jerarquías y categorías, pero ganadas todas ellas por el propio esfuerzo y la propia capacidad. Proclamamos el derecho y el deber del trabajo, para hacer imposible la vergüenza actual de que haya unos hombres que vivan a costa de otros y que disfruten de todas las ventajas de la vida, adquiridas sin el menor esfuerzo, mientras sus hermanos carecen de lo más preciso para subsistir. Queremos, por último, que, lejos de ver en el trabajo un sacrificio y una carga, veamos en él un timbre de gloria, de honor y dignidad civil, realizándolo, no con pesimismo y resignación, sino con alegría, juventud y espíritu optimista.

Este es el programa económico de la F. E. de las J. O. N. S. Estudiarlo bien y propagarlo mejor. Decir que nosotros aspiramos a que todos los españoles coman, trabajen y se encuentren amparados por una más exacta, justicia social. Y decir también que, solos o acompañados, pocos o muchos, perdiendo lo que haya que perder y sacrificando lo que haya que sacrificar, no dejaremos en nuestro empeño de verlo implantado, y que para ello disponemos de un arma bien poderosa e invencible: la fe. Una fe acendrada, indestructible, en nosotros mismos, en nuestro Jefe y en los destinos futuros de España.»

(Arriba, 25 de abril de 1935)

DISCURSO PRONUNCIADO EN DON BENITO EL 28 DE ABRIL DE 1935

Los que, como nosotros, estamos recorriendo España en viajes, de propaganda, vemos que en todas partes, lo mismo en las grandes capitales que en los pueblos más chicos, nuestra semilla va a dar fruto mucho antes de lo que esperábamos; pero estos frutos no serán cargos ni ventajas, sino una vida dura, disciplinada y de sacrificio, con la recompensa única, pero suficiente; de haber creado una España grande, fuerte y unida, en la que todos los españoles trabajen y se encuentren amparados por una verdadera justicia social. Porque ya estamos hartos de ver cómo antes las izquierdas, ahora las derechas, invocando aquéllas unos principios y éstas otros, las primeras con sus odios y rencores, las segundas con sus egoísmos y comodidades, han destrozado a España y hecho imposible la convivencia de varios millones de hombres, que en lugar de odiarse mutuamente debían trabajar porque su Patria volviera a ocupar en el mundo el puesto de preeminencia a que tiene derecho y al que nosotros, con nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio, la hemos de llevar, porque tenéis que desengañaros: la salvación de España no está en los republicanos ni en los monárquicos, ni en las derechas ni en las izquierdas, ni en el proletariado ni en la burguesía; la salvación está en que todos nosotros, abandonando esas diferencias de partido, de grupos y clases, nos acordemos que, antes que nada, somos españoles uniéndonos en un solo haz y sometiéndonos al yugo de la disciplina y del sentido nacional. Por eso Falange Española de las J. O. N. S. quiere acabar con los partidos políticos, con las clases, con los separatismos locales; es decir, con todos aquellos obstáculos que se oponen a que se restablezca la unión de los españoles y la unidad entre todas las tierras de España, que hoy se consideran extrañas unas a otras y que se desentienden de los problemas que no les afectan a cada una de ellas directamente.

(Arriba, 2 de mayo de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN CORDOBA EL 12 DE MAYO DE 1935

CAMARADAS de la provincia de Córdoba: Vosotros, en quienes se conservan aún puras y arraigadas las virtudes de la raza que hicieron a nuestra Patria inmortal; vosotros, que sacasteis del ambiente lugareño y campesino para lanzarlos al mundo el humanismo de Séneca, la poesía imperial de Lucano, el ímpetu guerrero, expansivo y juvenil del Gran Capitán, habéis de estar identificados con nosotros, que también somos humanos, algo poetas, alegres y decididos. Y porque lo somos, y porque no podemos estar conformes con la actual vida española, falta de ideales, sin otra meta y otro afán que llegar al día de mañana, es por lo que no venimos a aconsejaros resignación ni conformidad, sino, por el contrario, a deciros que hay que transformar a España totalmente, radicalmente, no sólo en su armadura externa, sino hasta en el modo de ser, de pensar y de sentir dos españoles.

Pero para esta empresa no queremos una masa atraída con promesas que luego no se cumplen; queremos, por el contrario, en nuestras filas hombres plenos de convencimiento, que vengan a ellas sabiendo de antemano que no van a encontrar sino una vida dura y de milicia, con la muerte rondándoles a todas horas, pero que, si resisten estos riesgos y fatigas, conseguirán alumbrar una España más clara y más limpia, en la que varios millones de hombres puedan convivir libremente y como hermanos.

A continuación expone las causas de la situación de España, que son los partidos políticos, la lucha de clases y el gran capitalismo financiero.

Termina diciendo que aunque a Falange se le atribuyen intenciones y propósitos totalmente inexactos, no le importa ni estos ataques ni su falta de medios económicos, ya que jamás se ha realizado ninguna obra grande con lujos y comodidades, sino con abnegación y sacrificios, y la Falange será muy pobre de dinero, pero posee un ¡caudal inagotable de heroísmo y juventud, con el que está realizando la conquista de España.

(Arriba, 12 de mayo de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE MADRID EL 19 DE MAYO DE 1935

SEAN mis primeras palabras, camaradas de- las diferentes J. O. N. S. de España que estáis aquí presentes, para dirigiros, como secretario general del Movimiento, un saludo cordial. El 29 de octubre de 1933, en el teatro de la Comedia de Madrid, unos hombres jóvenes, procedentes de pos clones ideológicas distintas, pero unidos por la, santa indignación que en ellos producía ver a su Patria hundida en la descomposición social, en la anarquía económica y en la podredumbre política, lanzaron de viva voz, en un acto público y sonoro y ante un auditorio que no estaba acostumbrado a escucharlas, palabras rotundas y vibrantes que anunciaron el pronto amanecer de una nueva España.

Y ahí nació Falange. Aquellas palabras no fueron estériles; cayeron en buen surco y, a su conjuro mágico, de todos los ámbitos de la Nación surgió arrolladora una juventud fuerte, animosa y decidida a cambiar la España triste y áspera, propia, de los tiempos de decadencia, por otra más alegre, más clara y también más resuelta. Una juventud magnífica que ha sabido resistir los cantos de sirena de los unos y los ataques despiadados de los demás; que ha soportado odios, rencores y persecuciones, entre el humo de la pólvora y el silbar de las balas, va anunciándonos a todos la gentil primavera de la Patria; pero, al mismo tiempo, por cauce paralelo, surgía otra corriente, también impetuosa, de fuerza semejante, que, al servicio de los mismos ideales y nutrida de igual savia y calor, abrió la brecha del portón de nuestras mezquindades, recogiendo las angustias de los trabajadores en un sindicalismo nacional. Pues bien, ambas corrientes llegaron a encontrarse, y unidas en una entrañable hermandad, para siempre indisoluble, han formado la Falange Española de las J. O. N. S. con un solo pensamiento, con una sola doctrina, con un solo símbolo, con una sola bandera: la bandera roja y negra del nacionalsindicalismo, que nuestras juventudes han cogido con su mano vigorosa para pasearla triunfante por los campos y ciudades de la tierra española.

Porque nuestro triunfo es seguro. Desde el día afortunado de su nacimiento, la Falange Española de las J. O. N. S., a pesar de la crítica declarada de unos y a pesar del silencio de los demás, ha continuado su marcha triunfadora, y hoy puede presentar a España entera una organización tan fuerte y poderosa, que arrollará todos los obstáculos que se les Ofrezcan y vencerá a todos los enemigos que se le opongan. Y esto es así, porque nuestras filas se nutren, principalmente, entre otros elementos muy valiosos de la Nación, de los estudiantes y de los obreros; los estudiantes, agrupados en el Sindicato Español Universitario; los obreros, en la Central Obrera Nacionalsindicalista. Los estudiantes están con nosotros, convencidos de que su vigor y su entusiasmo no pueden empleados en mejor obra que en la de rehacer España, porque la masa estudiantil, que aun conserva el decoro, la sensibilidad y la vergüenza, no podía asistir indiferente al total hundimiento de su Patria, pues en España, para fortuna de ella, aún existen gentes mozas y con brío que, en vez de obedecer a las vulgares exigencias de la materia, obedecen a los superiores dictados del espíritu. Y los obreros también con nosotros, porque se han convencido de la sinceridad de nuestras palabras, porque los obreros saben también que nosotros no queremos dispensarles una protección benévola y graciosa, sino que nosotros somos el pueblo mismo, que estamos dentro del pueblo y que compartimos con los trabajadores los riesgos y la pobreza.

Los obreros saben también que nosotros no queremos ahogar sus ansias de liberación. y sus rebeldías, muchas veces justificadas, sino que queremos que se armonicen con los intereses de la Nación, que se integren dentro de la misma Nación y que amen a su Patria con fervor de enamorados. En definitiva, veis que a nuestro lado está y nos acompaña la juventud trabajadora, lo mismo la intelectual que la manual, porque harta también, como nosotros, de los odios y rencores de las izquierdas, de los egoísmos de las derechas, de los abusos de los capitalistas y de las indisciplinas del proletariado, quiere construir un orden nuevo, que no sea capitalista, ni marxista, y ¡en que todos los españoles, unidos por un común destino, se sometan al yugo de la disciplina y del trabajo. Y como para formar y construir ese nuevo orden ya no bastan reformas parciales, ni bastan tampoco protestas palabreras, sino que hay (que hacer una renovación total de principios y de hombres, nosotros oponemos a la :revolución de clase, marxista y destructora, no la contrarrevolución que adormece, sino nuestra revolución profunda, nacional y constructiva que representa el triunfo de España sobre todos, y no el triunfo de una clase, de un partido, sobre todos los demás.

Pues bien, los elementos que integran la Falange, los pilares sobre que descansa, y que son los que acabo de exponer, unidos en un solo haz, marchan directos a tal fin, y en este acto, que representa el término de una etapa, que se abrió con el de la Comedia, y el comienzo de otra etapa más nueva y mejor, os van a hablar algunos de esos elementos por boca de sus iniciadores, y a los cuales ahora, en muy pocas palabras, os voy a presentar. Os va a hablar, en primer lugar, Manuel Valdés, como uno de los iniciadores del Sindicato Español Universitario; Sindicato pujante, poderoso, plantel magnífico de hombres, y que hoy, dirigido por clara

inteligencia, es uno de nuestros más firmes baluartes. A continuación, Manuel Mateo, secretario de la Central Obrera Nacional Sindicalista, que también ha venido a nuestras filas sin abandonar sus ansias de justicia social, convencido de que en ellas puede satisfacerlas mejor que en ninguna otra. Onésimo Redondo, de la vieja guardia jonsista, que representa en este acto el magnífico espíritu que aquélla aportara a nuestro Movimiento. Julio Ruiz de Alda, uno de los oradores del mitin de la Comedia, que, a más de su prestigio personal, tiene para nosotros el valor simbólico y constante de ser uno de los iniciadores de nuestra gesta. Y, por último, el Jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera, para quien huelgan todas las presentaciones y a quien nosotros seguimos con fe ciega como un solo hombre, convencidos de que en sus manos la Falange alcanzará muy pronto la meta gloriosa de nuestras ilusiones. Todos ellos os explicarán nuestras doctrinas, os hablarán de nuestras sufrimientos, os dirán cómo la senda que recorreremos no puede ser más árida, ni el camino más duro; pero os manifestarán también cómo suenan clarines de victoria que anuncian nuestro triunfo, ese triunfo que ya nadie ni nada será capaz de impedir, porque lo han ganado con su sangre generosa nuestros muertos gloriosos, nuestros dieciocho camaradas inolvidables, para los que os pido un recuerdo y cuyos nombres benditos os voy ahora a leer. Son éstos: José Ruiz de la Hermosa, Tomás Polo, Juan Jara, Francisco Sampol, Matías Montero, Ángel Montesinos, Jesús Hernández, Juan Cuéllar, José Hurtado, Álvaro Germán, Eleuterio López, Francisco Díaz, Jesús Saiz, José García vara, Manuel García Míguez, Juan Pérez Almeida.

(Arriba, 23 de mayo de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN OVIEDO EL 26 DE MAYO DE 1935

HE de empezar dedicando un recuerdo piadoso y dolorido a las víctimas de vuestra revolución. A las inocentes, a las que cayeron en el cumplimiento de su deber y a las que equivocada, pero honradamente, supieron sacrificar su vida por un ideal que consideraban justo, siendo engañados por dirigentes sin escrúpulo ni conciencia.

Lo ocurrido en Asturias es la prueba evidente de los errores sobre los que descansa la organización social y al mismo tiempo de la exactitud de nuestras doctrinas. Porque nosotros por todas partes vamos diciendo que el origen de los males de España está en que en ella se ha hecho imposible la convivencia humana, por haberse roto la unión que debe existir entre todos los españoles, considerándonos desligados unos de otros como si nada tuviéramos de común y fuéramos seres abstractos, vagando por el mundo sin entronque ni conexión alguna. Y como las causas principales de esa rotura son los partidos políticos, las luchas de clases y las oligarquías financieras, claro es que para restablecer la unidad no podemos acudir a soluciones de grupo o clase, sino al concepto total de España, han de ser soluciones que abarquen a todos los españoles y han de inspirarse en un interés superior y nacional.

Y como nosotros estamos conformes con este criterio, es por lo que no somos derechas, ni izquierdas, ni proletarios, ni burgueses, y es también por lo que a Falange no le preocupan si sus palabras halagan o disgustan al público que las escucha, porque no habla para unos cuantos españoles, sino para todos. En cambio, los partidos políticos, lo mismo en sus actuaciones gubernamentales que en sus propagandas, siempre han de preocuparse de no molestar a sus futuros electores, ni perjudicar los intereses que representan. Pues bien, F. E. de las J. O. N. S. no está conforme con unos ni con otros, no es resignada ni acomodaticia, está compuesta de los descontentos con la actual España, tan falta de ideales como sobrada de injusticias, de esta España donde ha desaparecido la legítima ambición de poder y gloria, lo mismo que todo afán de mejoramiento de las clases necesitadas. Nosotros queremos acabar con esto, y como para conseguirlo no bastan reformas parciales, aspiramos a construir un Estado que no sea ni el Estado liberal, mero espectador de la vida nacional, que no cree resueltamente en nada, ni tampoco un Estado absorbente, tiránico y de clase; queremos un Estado en el que el esfuerzo de un pueblo, en vez de encaminarse a defender los privilegios de unos cuantos, se dirija a procurar el bienestar común. Ahora bien, para implantar este orden nuevo hemos de vencer dos obstáculos principales: la lucha de clases y el capitalismo financiero.

Hay que reconocer que la lucha de clases tuvo en su origen un fondo de justicia; surgió por la reacción del proletariado contra los abusos de patronos y empresarios. Colocados éstos frente a los obreros y proclamada la libertad de trabajo, sucedió lo inevitable, esto es, que el más fuerte dominó al más débil; pero entonces los obreros se apercibieron que para defenderse necesitaban agruparse, y formaron sus Sindicatos, que se enfrentaron con los patronales, iniciándose una lucha que ha llegado hasta nuestros días, y que ha destrozado a unos y a otros y a la Economía en general. Pues bien, en el Estado liberal estas luchas tienen que continuar al inhibirse de ellas y dejar a los grupos en pugna, las resuelvan como quieran; en el socialista desaparecen, pero es con la dictadura de uno de 'los dos sobre el otro; en el Estado Nacional Sindicalista carecerán de razón de ser, porque suprimiremos las injusticias sociales; aboliremos abusos de altos y bajos, y organizaremos la Economía en base de Sindicatos verticales de carácter nacional, que en vez de inspirarse en un criterio de clase, lo esté por la igualdad de intereses en la producción.

Pero también queremos desaparezca el capitalismo especulador y financiero, el que ha encarecido la vida mediante una serie de organizaciones innecesarias; el que ha quitado a la Economía todo calor de humanidad y él que ha convertido al obrero en un número de la masa, en una pieza del engranaje económico. Y conste que nosotros somos anticapitalistas, por ser defensores de la propiedad privada y enemigos del marxismo, porque creemos que la única manera de impedir el triunfo de éste es desmontar toda la máquina capitalista, ya que si las predicciones de Carl Marx están resultando exactas, habrá que destruir los supuestos sobre que descansan, si no queremos se conviertan en realidades.

Habéis visto, pues, que el programa económico sindical de la Falange consiste en implantar una verdadera justicia social, haciendo a todos los españoles partícipes lo mismo de las penas que de las alegrías de la Nación, que dejarán de ser, respectivamente, una carga o una satisfacción de unos cuantos. Todos estar mas ligados por un común destino y todos, por tanto, hemos de correr igual suerte.

(Arriba, 30 de mayo de 1935.)

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE F. E.

Discurso pronunciado en Madrid el 17 de noviembre de 1935.

TERMINADAS las reuniones del Consejo Nacional de Falange, a las que han asistido camaradas de toda España, en las que se han afirmado posiciones y tomado acuerdos importantes, celebramos este acto como digno remate de ellas y exponente, indudable y auténtico, de pujanza, y vitalidad. Pero es que, además, en estas horas difíciles y graves que vivimos, en las que España parece irremisiblemente condenada a tener que desenvolver su destino entre unas izquierdas rencorosas y vengativas o entre unas derechas tan estériles como faltas de ilusiones, Falange no puede permanecer callada; tiene el deber ineludible de proclamar una vez más, con el ímpetu de siempre, con la convicción más profunda, su disconformidad con atisbas soluciones y la fe absoluta en el triunfo de sus ideales.

Y esto no lo decimos de manera frívola o alegre, sino conscientes de nuestras palabras, de nuestras afirmaciones y, de lo que es más importante, de nuestros medios. Porque: cuando contemplamos el espectáculo de la política española; cuando se analizan los resultados de la táctica seguida por los partidos políticos; cuando se ve que no han hecho otra cosa sino abrir abismos infranqueables entre los españoles, dividirlos en grupos, hacer que los unos odien a los otros con odio profundo capaz de todas las crueldades; cuando han desterrado toda idea de armonía y convivencia humana, y en cambio no han sabido crear un ideal común, tenemos perfecto derecho a gritarles su fracaso y decíles que España, las fuerzas auténticas de España, cuanto en ella existe no contaminado con bastardos intereses de grupo, clase o bandería, quiere otra cosa, quiere que desaparezcan de la vida pública: España está hambrienta de gloria y de justicia, y, cual la princesa encantada de los cuentos de hadas, aguarda impaciente la llegada de los paladines que, con su esfuerzo y patriotismo, la liberen de las garras satánicas que la aprisionan y la asfixian.

Pero es que, además, aquel movimiento, formado en su origen por elementos diversos y heterogéneos, en los dos años que lleva de existencia ha purificado su espíritu, ha afirmado su personalidad, ha adquirido solidez, tiene organización no sólo en las grandes poblaciones, sino hasta en los pueblos más chicos cuenta con afiliados y simpatizantes en todas las clases y profesiones, publica periódicos, hace propaganda, celebra actos públicos y, en definitiva, ha sabido crear un ambiente, un clima de tal temperatura y exaltación, que las gentes vienen a nuestras filas a sabiendas de que en ellas no van a encontrar cargos, prebendas ni negocios, sino que, por el contrario, van a hallar cárceles, persecuciones y peligros.

Y prueba evidente de la importancia, del prestigio que ha alcanzado la Falange, es que nuestros enemigos de ambos bandos, temerosos de nuestro ímpetu arrollador, conscientes del peligro que representamos para ellos, tratan de destruirnos y nos atacan con todas las armas: los unos, más rudos y decididos, a tiro limpio en la calle; los otros, más cautos, más civilizados, con la insidia, la mentira y aparentando desconocernos o no darnos importancia.

Por eso no es de extrañar que haya gentes que piensen y digan que la Falange no tiene nada que hacer en la vida pública, que no vamos a parte alguna, que somos unos ilusos, y que hay que ser más reales y positivos.

Pues bien; a todos éstos, a los egoístas, a los escépticos, a los acomodaticios, les decimos que la grandeza de España, su Historia, su prestigio, exigen algo más que una política encaminada tan sólo al restablecimiento de un orden material que les asegure su cómodo vivir; que España no son sólo ellos, que en España hay muchas gentes que no pueden trabajar, que viven miserablemente, que sufren abusos e injusticias, y cuyas penas y desgracias no se remedian ya con reformas pardales, más o menos acertadas, ni con medidas de policía más o menos enérgicas, y a todos ellos les emplazamos no más que para dentro de unos meses, para dentro de muy poco tiempo, para cuando las hordas marxistas se arrojen de nuevo a la calle, o para cuando desde el Poder, después de un triunfo electoral, pretendan imponernos su dictadura para que nos digan si la Falange tiene o no una misión que cumplir, para que nos digan si los obstáculos que encuentran esas hordas a sus desmanes y atropellos son las combinaciones parlamentarias, son los intereses de partido, son las tácticas oportunistas, o si, como en el octubre rojo pasado es el pecho de la juventud española, cobijada bajo nuestra bandera y vestida con nuestra camisa.

Esta camisa que se intenta menospreciar porque se ignora, sin duda, que no la viste quien quiere, sino quien puede, que es ejecutoria de valor y disciplina, y que lejos de servirnos de adorno teatral e innecesario, no nos sirve para otra cosa sino para atraer las bailes y el peligro. Pero no se crea, por esto que nosotros somos las avanzadas de unos defensores de los privilegios de los demás y que nos limitamos a ser una primera línea combativa. Nada de eso: a la acción oponemos la acción, pero a otra doctrina oponemos la nuestra, y a una

concepción de España; basada en la disgregación, en la anarquía y en el separatismo, oponemos otra España constituida sobre la unidad, la armonía y el orden clásico.

Porque sabemos perfectamente que un movimiento político como el nuestro, que no es un partido más ni una pandilla de profesionales de la política, que es nacional y auténticamente revolucionario, necesita para vencer de una doctrina y de una acción, que no hubiera sido posible tomar la: Bastilla si antes no se hubiera escrito la "Enciclopedia", ni conquistar el Palacio de Invierno en San Petersburgo, sin que antes Carlos Marx no hubiera escrito «E1 Capital». Sepan, pues, todos, que la Falange no quiere revoluciones tumultuarias, caóticas, sangrientas, río revuelto para ganancia de pescadores avisados, ni reformas parciales estériles, que no sirven para otra cosa sino para proclamar la agonía de España, ni obras de caridad de los poderosos hacia los humildes: quiere justicia a secas, estrictamente justicia, la justicia que nazca de un orden nuevo que nosotros vamos a construir.

Pues bien, a pesar de la pureza de nuestras intenciones, a pesar de la sinceridad de nuestras palabras, a nosotros se nos desconoce o se nos menosprecia. Para los obreros somos sus más encarnizados enemigos, unos farsantes, defensores encubiertos del capitalismo y de la más aborrecible tiranía y reacción; en cambio, para las llamadas clases elevadas, somos unos demagogos inconscientes y suicidas. Y es que ni aquéllos ni éstos conciben que en España puedan existir gentes que, sin necesidad de mezclarse en las luchas sociales, se dediquen a recorrer los pueblos para pasar molestias y exponerse a peligros, para decir a los unos y a los otros que están equivocados y no tienen razón, para hablar de cosas que, como el valor, la justicia y el sacrificio, en un país como el nuestro, acostumbrado a los egoísmos, a los abusos y a los estraperlos, no pueden crearse, sinceros ni que se digan sin encerrar ocultos designios. Pues bien; se crea o no se crea, esos hombres somos nosotros. Somos los que- decimos al proletariado, al campesino, al humilde: Haces bien en luchar por salir de esa vida miserable que llevas, impropia de un ser humano; haces bien en querer transformar la sociedad; tienes derecho a gozar de todas las dulzuras que la existencia pueda proporcionar a los demás mortales; no hay razón para que el pasarte la vida bajo la tierra en las minas, bajo el sol en los campos, siendo un número en la fábrica, todo ello por un mísero jornal, constituya la suprema aspiración de tu existencia, ya que ese mísero jornal impide no te mueras de una vez, aunque te mueras lentamente.

Pero somos también los que decimos al obrero y al proletario: No creas que tu condición de obrero te atribuye derechos superiores a los del resto de la sociedad; tus derechos nacen de que eres hombre y de que eres español, y como tal hombre y tal español debes tener y mereces tener los mismos privilegios y ventajas que los demás hombres y los demás españoles, pero no más. No caigamos en la idolatría proletaria o en la cobardía de decir que el obrero, por serlo, es dechado de perfecciones. Los hay buenos y malos, tienen los vicios y las virtudes de los demás mortales. Por consiguiente, ni los adoremos como dioses ni los tratemos como bestias. Veamos en ellos hombres como nosotros, nuestros semejantes, con iguales derechos e. ; iguales obligaciones. Y cometes gravísimo pecado, mozo proletario y rebelde, pero al fin español, al no sentir España, no a la España caduca y vieja que tenemos, sino a la España que nosotros soñamos, la que nosotros hemos de construir, una España fresca, jugosa, exuberante de vitalidad, que recorra de nuevo el camino ascendente de la gloria, que reivindique las tierras que son suyas y que le han arrebatado; que demuestre de nuevo al mundo que su capacidad creadora no se ha acabado y que está dispuesta a influir y a regir sus destinos.

Y somos los que decimos a las llamadas derechas: «Sin que esto represente un privilegio vuestro, hacéis bien en defender los valores morales, espirituales y religiosos de la Nación; pero sin hipocresía ni fariseísmos, sino como nosotros lo hacemos, con una defensa honda, profunda, entrañable, que cale bien la piel, que arranque jirones si es preciso, y no se limite a un rasguño superficial y epidérmico; hacéis perfectamente bien en defender la propiedad privada; pero cuando esa propiedad, privada represente un esfuerzo, un sacrificio, una contribución al bienestar común a condición de que sea concreta, esto es de casas que se conservan, de tierras que se cultivan, de instrumentos que se emplean en empresas fecundas y nacionales, no una propiedad especulativa y ficticia, no la propiedad del acaparador, del usurero, del prestamista, del que, sin arraigo territorial alguno, no aspira sino a acumular en sus arcas, en sus cajas de caudales, acciones, obligaciones, recibos, pagarés, no cosas tangibles sino títulos de crédito, que son otras tantas armas con las cuales dominar al auténtico trabajador y al legítimo proletario»

Por todas estas cosas, nosotros no estamos conformes ni con los unos ni con los otros, y queremos terminar con los abusos e injusticias de ambos bandos, creando un orden nuevo en el que quepan todos los españoles: burgueses, proletarios, aristócratas, siempre que cumplan con los deberes que su posición en la vida les exige y el interés público les demanda; pero donde no quepa el vago, el parásito, el que por el hecho de un casamiento de fortuna o un nacimiento de suerte se considera ya autorizado para desligarse de las angustias

de los demás españoles y considerarse un ser superior. Un orden nuevo en el que el Estado lo sea verdad, que se considere el realizador del destino 'total de un pueblo, investido en una misión permanente, profunda, superior a la de confeccionar presupuestos o imponer restricciones; un Estado en el que no exista el Parlamento ni los partidos, ese Parlamento anónimo, irresponsable, producto del voto inconsciente y tornadizo de masas completamente histéricas; esos partidos políticos en un principio facciones de tribunas o milicias de; capitanes, después compañías de aventureros o clientelas de familias, siempre conglomerados de ideologías vacías, de odios, de rencores, instrumento de dominio de unos hombres sobre los demás. Un orden nuevo en el que el trabajador deje de ser un número de fábrica, una cosa en la puerta del cortijo, para convertirse en un hombre completo, corazón que siente, inteligencia que discurre, con una familia a quien proteger, con un taller donde trabaje alegre artesanía y una Patria para elevar hasta el cielo, mediante una vida de servicio y de milicia. Un orden nuevo en el que todos tengamos que trabajar para vivir, pero donde no haya algunos que vivan exclusivamente para trabajar, que tan absurdo no; parece que el producto del trabajo de cada uno vaya a la generalidad, como que el producto del trabajo de todos quede en beneficio exclusivo de unos cuantos capitalistas privilegiados. Tan lejos estamos del comunismo falsamente igualitario y rencoroso, que del capitalismo anónimo y explotador. Por último, un orden nuevo en el que sintamos todos un espíritu de solidaridad y convivencia nacional que nos permita apreciar no sólo nuestras necesidades y angustias, la de nuestras familias, la del pueblo en que vivimos o la de la clase a que pertenecemos, sino que nos permita sentir también las angustias de los demás hombres, de las demás familias, de las demás clases y pueblos de España, para que comprendamos con claridad deslumbradora que sólo unidos en apretado haz podemos salvar a España y salvarnos nosotros mismos.

Quede, pues, bien claro, que Falange, tanto teórica como prácticamente, tiene títulos bastantes y legítimos para ejercer el derecho de crítica y para señalar su solución como la única verdadera. Porque si no fuera así y nuestras ideas no acabaran por triunfar tened la seguridad de que España, más tarde o más temprano, se hundirá en el más espantoso comunismo; que España caerá en manos de la revolución, de esa revolución que tanto se teme, que sigue viva, latente y poderosa, y que los Gobiernos no lán podido destruir, no por falta de ganas, sino porque para ello hubieran sido necesarias dos cosas: una, liquidar todas las responsabilidades criminales en ella contraídas; otra, el conocer las reivindicaciones justas y humanas que contenía, pero de forma revolucionaria, de la misma manera que se planteaban, no con los trámites y dilaciones seguidos que no han conducido a otra cosa que a una serie de condenas injustas, con perdones innecesarios, y a una serie de concesiones que nada sirven y que nadie agradece.

Sin embargo, somos optimistas. Las energías de España están intactas. En nuestro país existen millares de hombres cuyo corazón late al unísono de una forma unánime y heroica, dispuestos a dar su vida por la Patria. Es a esos hombres, especialmente a los jóvenes, a los que nos dirigimos para pedirles que nos acompañen en esta empresa que hemos empezado, y en la que se puede triunfar o morir, pero en la que jamás se retrocede; que nos presten su ayuda, su cooperación, su aliento, que se den cuenta de que no se trata de ganar elecciones, de derribar Gobiernos, sino de que estamos metidos en una jugada decisiva en que se está ventilando nada menos que la existencia o la destrucción de España; que ingresen en las quintas de esta compañía, hermandad o milicia) que es la Falange, donde, entre todos, sin rencores, sin pugnas, sin componendas ni intrigas, sino limpia, virilmente, cara al sol, forjaremos la España grande y libre que ellos sueñan y que nosotros queremos.

(Arriba, 21 de noviembre de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN MURCIA EL 8 DE DICIEMBRE DE 1935

EMPIEZA diciendo que este acto, como el último celebrado en Madrid, demuestra el afán de España por salir de la charca pestilente en que se, encuentra y entregarse a una juventud animosa que la coloque en el lugar que le corresponde.

Dice que España ansia volver a las rutas eternas del orden, de la disciplina y de la espiritualidad El problema, de España no es el de matices. Está planteado entre las dos maneras de entender el mundo: la comunista y la nacionalsindicalista. Falange Española no combate al comunismo por ser revolucionario, sino porque aspira a la proletarización general de la sociedad a fuerza de sangre, dolores y miserias de los mismos obreros.

Señala como otro enemigo de España al separatismo, al que no se destruirá mientras no se tenga en España el concepto de unidad de destino.

Termina, diciendo que ningún partido político puede salvar a España, sino un Movimiento nacional nuevo como Falange Española, que llama a todos los españoles, en especial a la juventud.

Termina el acto con el mayor entusiasmo, gritándose: ESPAÑA UNA, GRANDE y LIBRE. ¡ARRIBA ESPAÑA!

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 22 DE DICIEMBRE DE 1935

DIRIGE un saludo al pueblo de Sevilla, que con su asistencia al acto demuestra su deseo por sacar a España de la situación angustiosa en que se encuentra, por librarla de políticos inmorales o incapaces, y por devolverla toda la gloria y el honor que le corresponde. Dice que España está cansada de vivir sin creencias ni ilusiones, sin trabajos ni fiestas, y que: espera anhelante oír de nuevo las voces de mando que la reintegren a las rutas eternas del orden, la disciplina y la espiritualidad.

Agrega que ya se habrán convencido los contemporizadores de lo estéril de su táctica, porque la revolución de 1934, que no pudo conseguir lo que buscaba, gracias al heroísmo del Ejército, va a lograrlo ahora cómodamente por la maldad de unos políticos y la ingenuidad de otros.

Examina el panorama de la política, nacional, en el que impera la intriga y el escándalo, la anarquía y la impunidad. Ahora-añade-se va a las elecciones a la conquista de actas; pero todo será inútil si a los futuros diputados y a sus jefes les falta ímpetu y decisión como a los actuales.

Falange -agrega-quiere transformar España de arriba abajo, acabar, sea como sea, con el separatismo, la masonería y el marxismo; inculcar a las masas proletarias un sentido nacional de que hoy carecen, imponer a todos la justicia sin temores a cargos o influencias y crear unas fuerzas nacionales ambiciosas de orgullo y poder para España.

Termina pidiendo a todos los españoles, en especial a los jóvenes, que se unan a la Falange para ayudar a construir el Estado nuevo con que, aquélla sueña, por el que duela y por el que sufre odios y rencores.

(Arriba, 26 de diciembre de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN BRIVIESCA EL 29 DE DICIEMBRE DE 1935

GENTES de Briviesca-comienza diciendo-, camaradas de la provincia de Burgos, de esta tierra gloriosa e hidalga, solar de España; venimos a ponernos en contacto, que sois auténticos depositarios del espíritu nacional, y a pedirnos que nos ayudéis a salvar a España, a esta España nuestra que nos quitan; de las manos, que se deshace, esta España nuestra, en otros tiempos señora del mundo, que hoy vive triste y desorientada por culpa de sus hijos, que crecen incapaces, no sólo de evitar su tragedia infinita, sino hasta de sentir el sonrojo de haberla traicionado.

Porque España, se diga o se calle, está en pie de guerra, porque nos hallamos en guerra civil contra dos poderosos enemigos: el comunismo y el separatismo, los cuales no se pueden vencer con habilidad ni componendas, sino con gentes capaces de echarse a la calle en defensa de la Patria, creando una mística nacional que oponer a la roja, y llevando a las regiones donde ese separatismo se agita el concepto de Espada como unidad con un destino universal que cumplir, que sea crisol en que se fundan las diferencias particulares de aquellas regiones.

Dice que la salvación de España no puede estar en el partidismo político, sino en un movimiento nuevo y nacional como es la Falange, que no tenga compromisos ni sienta nostalgias.

La Falange aspira a llevar al campo una política rural inteligente, dirigida por gente que lo conozcan, que lo amen, que sepan de sus necesidades, no por agrarios de guardarropía, que lo utilizan tan sólo como arma caciquil de encumbramiento parlamentario, aliados a los elementos capitalistas de la ciudad que desean seguir dominando en él y medrar a su costa.

Falange quiere terminar con la injusticia que supone que el producto de los campos, obtenido por los campesinos con el esfuerzo de sus brazos y el sudor de sus frentes, vaya a parar a la ciudad en vez de quedar en el mismo campo, en beneficio de éste y de quien lo trabaja, para mejorar los medios de vida, para mejorar la técnica y para proporcionar, llegado el caso, un crédito en buenas condiciones, sin necesidad de acudir a prestamistas sin escrúpulos ni conciencia.

Combate a los que, confundiendo las medidas extremas de intervención del Estado con una economía organizada, desde sus comienzos, defienden la vuelta a la libertad de contratación.

Por eso-añade-los labradores españoles no tienen más que dos caminos: o defender su pan y el de sus hijos constituyendo organismos sindicales de productores, integrados por todos los elementos agrícolas de la nación, los cuales por sí mismos fijarán los precios de los productos, los terrenos que deben cultivarse y la clase y cantidad de ese cultivo, o resignarse a morir de hambre, libremente, plenos de derechos, al amparo de los dogmas de la democracia.

Termina haciendo un llamamiento a los españoles para que se agrupen bajo las banderas de Falange y contribuyan con su esfuerzo y decisión a construir una nueva España, en la que todos, sin distinción de clases ni partidos, puedan llevar una vida libre y humana.

(Arriba, 2 de enero de 1936.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE EUROPA, DE MADRID, EL 2 DE FEBRERO DE 1936

YA estamos metidos en la vorágine de la lucha electoral. Ya están sueltos y sin freno de ninguna clase todos los apetitos y todas las ambiciones, todos los odios y todas las pasiones. Ya España parece un pueblo de locos, con los futuros diputados viajando de un lado a otro, hablando mal del adversario, prometiendo dichas y venturas y, en el fondo, preocupados tan sólo de su triunfo y de su posición política. Una, vez más va a demostrarse el daño que al país ocasionan las elecciones y la inutilidad de las mismas. Y, sin embargo, en contra de sus deseos, a pesar de su enemiga al Parlamento, la Falange se lanza (también a la lucha electoral; pero lo hace sin claudicar de sus creencias, sin abandonar su ideología, sin traicionar a sus jefes, sin tener que arrastrar por el suelo sus penachos, porque, ante todo y sobre todo, es defensora de España. Y si dos enemigos de ésta han planteado hoy la lucha en el terreno electoral y parlamentario, en él nos encontrarán, a él acudiremos y en él nos hallarán, como nos hallaron, y volverán a hallarnos en cualquier otro, por expuesto que sea, que bien sabe España entera que a la gente de Falange no le asustan los peligros ni le atemorizan las balas. Y que desde el Jefe nacional al último militante, sin majezas ni desplantes, de una manera callada y resuelta, han hecho ofrenda, de una vez y para siempre, de su vida en servicio de la Patria. Pero como estamos en plena guerra civil, como la lucha no es de matices ni de detalles, como la batalla está entablada entre dos maneras distintas de entender la vida, la Falange, arrancando de esa posición electoral y política, que por las razones expuestas ha atenido que adoptar, no podía prestar su apoyo ni mirar con simpatía al frente llamado de izquierda o popular, y no porque lo fuera, que entonces sería la nuestra una posición partidista y parcial contraria a su credo, sino porque ese frente popular es tan sólo la expresión del más puro marxismo, del separatismo más arraigado, con algunos nombres republicanos admitidos por misericordia y que no alteran su carácter, y como por otra parte, en la acera opuesta, las candidaturas que se han formado, por exigencias caciquiles y componendas electorales, han dado entrada a elementos muy heterogéneos y, en cambio, se ha cometido la injusticia absurda y suicida de no conceder un solo puesto en el frente. que se llama autimarxista a quienes, precisamente por serlo, han derramado su sangre generosa múltiples veces y están dispuestos a verterla cuantas veces sea preciso; a los que en Asturias, mientras otros huían por los tejados o se escondían en sus casas, realizaban actos de heroísmo que a todos asombraron, la Falange, haciendo pública la maniobra para que luego no se la tache de perturbadora, con su conciencia tranquila, segura de su valer y de sus medios, lanza candidaturas separadas e independientes de ese frente marxista que pretende convertir a España en colonia de esclavos al servicio de potencias extranjeras; pero también de ese otro conglomerado burdo y extraño, que pretende igualmente engañar al país, presentando un bloque partidista, defensor de egoísmos y de intereses, como el auténtico frente nacional, ancho, claro y limpio, que la Falange, desde noviembre último, viene defendiendo sin apetito de mando y con deseo de servicio. Ese frente nacional, que se quiera o no se quiera, no puede existir realmente ni ser completo sin nosotros. que no en balde hemos ganado nuestro puesto con trabajo y dolor, en tarea diaria, a costa de todos los sacrificios y de todas las amarguras, pero que nos dan derecho para decir con orgullo y en voz alta, por si alguien hay que lo ignore, que donde está la Falange allí está España. Que donde está nuestro emblema del yugo y las flechas está representada la justicia, el trabajo y el valor. Y no se crea que si nosotros vamos a estas elecciones lo hacemos solamente por defensa, impulsados por el miedo o el terror, como si ningún otro impulso o móvil pudiera conmovernos. No; el espíritu de asalto y de combate, la táctica de audacia y agresión de las masas enemigas encontrarán en nosotros, no la fría y pasiva resistencia del que quiere conservar sus posiciones, sino la resuelta, voluntad de invadir los campamentos enemigos a banderas desplegadas, de oponer al ímpetu de las juventudes rojas el empuje arrollador de las nuestras, bien (templadas, y de enfrentar a la revolución sectaria y de clases, no la contrarrevolución, que adormece para que todo siga igual, que esto tampoco lo queremos, sino nuestra revolución constructiva, nacional, fecunda y cristiana. Pero vamos también, y no se olvide, para pedir a España con nuestra voz sincera y dolorida, al ver cómo se invoca su nombre sacrosanto para amparar injustos privilegios y rastreras pasiones, que rompa de una vez para siempre esta capa mediocre que la asfixia y la impide elevarse hasta la gloria, y que dé a las reivindicaciones proletarias un cauce ancho, profundo y nacional, por donde corran, porque, hablemos a las claras y sin tapujos, que es hora de sinceridad ésta en que vivimos: en las reivindicaciones obreras y campesinas hay un fondo de justicia que, más tarde o más temprano, acabará por triunfar y que sólo pueden desconocer las gentes cerradas de inteligencia y secas de corazón, a las cuales, de seguir aferradas a esta cerrazón y a esta sequedad, les esperan días muy amargos y tristes desengaños. Lo que sucede es que esas reivindicaciones de las masas proletarias van acompañadas de un cortejo de odios, de rencores, de deseos de venganza y aun de concupiscencias por parte de algunos dirigentes, que, amparados precisamente en la justicia de la causa que defienden y en la bondad de las masas que dirigen, pretenden sacar su provecho personal a la par que hacer el lucido papel de defensores del pueblo. Y sucede también que esos dirigentes presentan como incompatible el logro de las reivindicaciones proletarias con una política nacional de exaltación de España, de su grandeza,

del orgullo de su pasado glorioso y del deseo de un porvenir mejor. Pues bien: la Falange quiere armonizar, porque entiende que son perfectamente armonizables, todas esas reivindicaciones obreras, que no sabe por qué razón han de estar defendidas exclusivamente por los partidos de izquierda, como si fuese su monopolio vitalicio, con el amor de España y el sentido nacional, que tampoco sabe por qué razón ha de constituir otro monopolio de los partidos de derechas, y está segura de que cuando esta armonía se verifique entre los dos factores, la justicia social de un lado y el sentido nacional de otro, habremos dado un paso de gigante para realizar la unión entre todos los españoles.

Pues bien: porque Falange quiere implantar un orden nuevo en el que no sea posible la existencia de ese proletariado torvo y desarraigado de las grandes urbes y de esas masas de campesinos esclavizados, llenas de odio y de rencor, se nos llama de izquierda, y porque defendemos la unidad de España y sus valores morales y espirituales, nos llaman de derecha, y ésta es nuestra tragedia: que quienes nos entienden nos odian y quienes nos aman no nos entienden, y no saben dónde catalogarnos y no hacen más que preguntarse y preguntarnos: «Pero ¿qué son ustedes?» Pues bien, sabedlo de una vez y para siempre, que ya estamos hartos de repetirlo: Nosotros tomamos de las izquierdas su ímpetu transformador, sus afanes de una España más justa y más humana; tomamos de las derechas cuanto tienen de auténticamente nacional, pero sin los odios de las primeras ni el egoísmo de las segundas, y no para constituir un sector centro equidistante de ambos extremos, sino para formar una síntesis que haga desaparecer por inútiles a todos los partidos políticos.

No queremos, pues, realizar la política negativa como la del último bienio; que si el primero fué fango, sangre y lágrimas, el segundo ha sido de impunismo y de esterilidad; una política de no hacer, una política que no sólo ha dejado por resolver la serie de problemas que España tenía y tiene planteados, sino que los unos los agravó y los otros los dejó marcados para siempre con el sello de la injusticia o de la claudicación, y así vemos que miles de campesinos siguen esperando inútilmente una reforma agraria justa e inteligente que les reintegre alguna vez a su condición de hombres; así vemos cómo el paro obrero sigue sin resolver, cómo se han ido devolviendo poco a poco a la Generalidad catalana casi todos los privilegios legales que tenía antes de su alzamiento, y así vemos cómo mientras se fusilaba a algunos revolucionarios de segunda fila, otros de primerísima eran absueltos o indultados, para escarnio de los gloriosos militares y civiles que derramaron su sangre generosa en defensa de la unidad y permanencia de la Patria. No nos interesan, pues, estas elecciones, si ¡con ellas se persigue un triunfo tan inútil y estéril como el de las pasadas; un triunfo que no tenga otra meta ni otra ambición que prolongar dos años más el mal vivir de España, o asegurar un orden material que garantice a unos cuantos privilegiados su cómoda existencia. Que no olviden los que tal piensen: España es algo más que ellos, que en España existen miles de hombres que no pueden trabajar, que no tienen qué comer y cuyas penas y desgracias no se remedian ni celebrando elecciones cada dos años, aunque triunfen las derechas, ni manteniendo este orden estúpido basado en la injusticia y en el egoísmo. Porque es verdad que alas izquierdas, en su manifiesto electoral, no ofrecen sino un programa sectario, vengativo, anunciador de represalias sin cuento, y lo que es peor, falto de todo latido nacional; pero también es verdad que las derechas no ofrecen sino apetitos, ambiciones, política menuda y falta de fe, empuje y decisión.

Y precisamente por eso, porque los unos utilizan a las masas proletarias, tan necesitadas de amparo y de dirección, como instrumento para sus venganzas y como plataforma de encumbramiento, y porque las derechas no son sinceras, ni son lo que pregonan, porque no quieren otra cosa que ganar las elecciones sea como sea, sin reparar en medios ni alianzas, y para mantener sus privilegios y que las cosas sigan igual que están, porque, en definitiva, estamos asistiendo a la pugna de dos materialismos: el rojo y el blanco, la Falange os pide a vosotros, españoles, que estáis hartos de los unos y de los otros, que echéis a los miasmas y a los microbios, que despejéis la atmósfera densa y mefítica que nos rodea, que abráis de par en par las ventanas para que entre el aire puro y fresco y que hagáis de vuestros votos a manera de escoba que barra para siempre las injusticias, mezquindades y turbias componendas de que está llena España.

La Falange lleva, pues, a estas elecciones las ilusiones y ensueños de una juventud renovadora, que mientras otros se aseguraban las actas o los negocios, ella se jugaba a cara descubierta a todas horas la vida por España; una, juventud que, en lugar de gritar demoledora «abajo y contra todos, grita alegre y enardecida «¡Arriba, Arriba España!», pero no esta España desmayada y decadente que tenemos, sino otra fresca, jugosa, que recorra de nuevo el camino de la gloria y en la que todos los españoles tengan la Patria, el pan y la justicia.

Queremos una Patria grande, superior a los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases, dueña de sus determinaciones, libre e independiente y con la fuerza suficiente para poderlas adoptar libremente sin tener que sufrir ni aguantar injerencias de internacionales rojas, blancas ni de ninguna especie; queremos que todos los españoles tengan el pan, pero que todos lo hayan ganado con su esfuerzo, que tan absurdo nos parece que el producto del trabajo de cada uno vaya a la comunidad como que el producto del trabajo de la

comunidad quede en beneficio exclusivo de unos cuantos privilegiados capitalistas. Por eso queremos librar a la inmensa mayoría de los españoles de la odiosa tiranía del dinero, de las garras de ese mundo parasitario del agio, de la usura, de la especulación, de todas las formas o personas feudales, de las oligarquías financieras,, que han creado el tipo del accionista insensible a todo sentido humano y atento tan sólo al cobro de su dividendo, para que de esta manera el auténtico trabajador, empresarios y obreros, los productores en general, se sientan de una vez y para siempre hombres libres y no esclavos que tienen que entregar lo mejor de la obra que producen a su dueño y señor el capital.

Queremos terminar con la injusticia que supone que, mientras el español humilde y modesto sufre hambre y miseria, algunos personajes influyentes trafiquen con su cargo y su poderío; que el industrial, el labrador, el propietario, el comerciante, tengan sus fincas sin renta, sus negocios en quiebra, estén cargados de impuestos y ltributos, mientras que algunos negociantes, especuladores y banqueros, continúan obteniendo pingües beneficios. Queremos terminar con la injusticia que supone que siempre pague el de abajo y se glorifique al de arriba, que se castigue al desdichado que roba dos pesetas y quede impune el político que asalta los caudales públicos, y que mientras los dirigentes de la revolución pasada pronto han de estar en libertad, cuando no en el Parlamento, los cuerpos de tantos miles de mineros engañados y ardorosos se pudren ;para siempre en la tierra asturiana. Queremos una justicia que no se detenga ante cargos e influencias,. una justicia que sea imputable con los grandes y misericordiosa con los chicos; queremos, en resumen, la justicia a secas, la justicia que ha de traer el orden nuevo que Falange tiene que implantar.

Pues bien: para todas estas cosas, que son tareas reales, fecundas y positivas, no por conquistar actas ni saciar la vanidad, sino como punto de partida para otra empresa más honda y permanente, la Falange se lanza a la lucha electoral, y terminada ésta, triunfemos o perdamos, solos o acompañados, sostenidos por nuestra fe y guiados por, nuestro amor a la Patria, continuaremos alegres y tranquilos la tarea emprendida hasta que llegue el día venturoso y bendito en que esta magnífica juventud que nos sigue al son de nuestros himnos y canciones nos anuncie el, radiante amanecer de España.

(Arriba, 6 de febrero de 1936.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 29 DE OCTUBRE DE 1937

CAMARADAS del yugo y de las flechas; camisas azules de la Patria participes en la Revolución nacional y en la salvación de España: Escuchad a un viejo camarada que, al encontrarse de nuevo entre vosotros merced a las gestiones del Caudillo, a quien rindo todo el tributo de mi pública gratitud, desde esta tierra de clásica belleza, más bendita que nunca porque está empapada con la sangre de muchos de sus hilos, baluarte magnífico de nuestra reconquista, ganada y defendida por obra milagrosa de un heroico soldado español,, os dirijo un saludo, un saludo tan lleno de emoción que ni la sobriedad militar de nuestro estilo ni la rígida disciplina de nuestros actos han podido evitar.

Escuchad una voz de la Falange. En este instante, transido de dolor al recordar al amigo de siempre, compañero de los años difíciles, al que luchando solo contra los egoísmos y rencores en que se desenvolvía la vida nacional, supo encontrar de nuevo la vena auténtica de España y volver hacia ella los ojos de su juventud de héroe, al Ausente, al que teniéndolo todo, todo lo dió por su Patria; al que siendo el mejor entre los mejores, es acorralado, afrentado, encerrado como fiera salvaje, sin tener más culpa ni haber cometido más delito que lo sublime de su valor y lo excelso de su inteligencia.

Al recordar a Julio Ruiz de Alda, a Onésimo Redondo y a tantos miles de camaradas nuestros, pedazos de nuestra carne, jirones de nuestra alma, que se fueron para siempre porque querían una España mejor y más humana, esa España nueva que estáis forjando a paso de gigante, arrollando todos los obstáculos, y en la que todos hemos pensado constantemente: los unos, en las horas duras del combate; los otros, en las noches tristes de las prisiones.

Pero no importa. «No importas es nuestro lema. No importan las amarguras, no importan los sufrimientos, no importa la sangre vertida, no importa ni siquiera que nos hayan arrebatado tantas figuras queridas, porque lo que no han podido arrebatarnos ni nunca podrán, es su recuerdo, sus enseñanzas, sus doctrinas, que es la misma enseñanza al escuadrista bisoño que a los camaradas de la vieja guardia, y la lleváis metida en lo más hondo de vuestro corazón y en lo más profundo de vuestra alma.

Ni podrán nunca arrebatarnos, nunca, el convencimiento- absoluto de que lucháis, no por defender posiciones ventajosas ni privilegios irritantes, ni por aferraros en injusticias seculares ni defender sistemas económicos caducos, ni para dividir a España en casta de conquistadores y de conquistados, ni mucho menos para que vuelvan a gobernar los caciques y los politicastros, loa que no creían en la Falange cuando sus hombres ya caían abatidos por las balas en las calles de nuestras ciudades. Los caciques, los politicastros que, con camisas de cualquier color y con denominación nueva, juegan siempre a ganar y nunca a perder.

Repito, los malos, los que por sus errores y equivocaciones están causando la muerte de lo más florido de España, sepan que estáis luchando porque sabéis que vuestra causa es santa, que vuestra causa es justa; porque queréis que España sea Una, Grande y Libre, libre de la tiranía marxista roja, sin necesidad de que caiga en manos de los de ningún otro color; porque, en definitiva, no podréis consentir que la España de Isabel y de Fernando, de Lepanto y de El Escorial, de los santos, mártires y poetas, se pudiera convertir en el campo de ensayo de las doctrinas de un visionario que calificaba de canallas a los trabajadores y que no veía en ellos sino el instrumenta de comprobación de sus doctrinas.

Yo os aseguro, camaradas, que en todo el tiempo que ha durado mi ausencia pensaba sin cesar en los antiguos y ansiaba conocer a los modernos, y hoy que os veo juntos, a los unos y a los otros, con las camisas viejas de la primera, con las camisas nuevas de la hora actual; hoy, que por todas partes he comprobado vuestra abnegación y sacrificio en las horas difíciles atravesadas por la Patria, más que nunca me siento orgullosa de vestir este uniforme y afirmar mi fe nationalsindicalista y ofrecerme sin reservas al servicio rendido de la Falange y de creerme uno de los auténticos depositarios del pensamiento de José Antonio.

Pues bien; con este título, para mí el máspreciado-y que sepan los malintencionados que lo invoco sin el menor afán de especular con él, que si lo hiciera sería el peor de los nacidos-, os pido unión fraternal, camaradería entre todos nosotros, que desde el día en que nuestro Caudillo, alzando la bandera nacional, arrastró a lo mejor de nuestro Ejército y de nuestra juventud, se colocaron y siguen a sus órdenes, adhesión fiel y fervorosa hacia él; que le ayudemos sin reservas ni vacilaciones en la tarea que ha emprendido de rehacer la nueva España, tanto más cuantos más dolores nos cueste el alumbrarla.

Que os deis cuenta de la tremenda responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros, de la trascendencia de

nuestros actos, que el mundo entero aguarda siempre con expectante curiosidad; del supremo esfuerzo diario del cumplimiento de nuestro deber sagrado que tenemos para nuestros muertos, de pagar la deuda que los que vivimos hemos contraído para con ellos, para que en su implacable justicia no nos demanden ante el tribunal de su eterno desprecio los que han sabido llenar toda la anchura de la tierra de España para morir por ella.

Porque tened muy presente que el Alzamiento Nacional, iniciado por el Ejército dentro del clima que nosotros habíamos sabido crear, y seguido por varias fuerzas civiles, ha venido a polarizarse alrededor de las dos que representan la antítesis de la España que teníamos, y por ello la nuestra, la que ya viere, la que está llegando. Y es esto así. Y si es mucho lo que nos une y poco lo que nos separa, no podíamos faltar a la cita histórica que Dios nos ha deparado y aprovechar la coyuntura que se nos presentó, y que quizá no vuelva a presentarse en muchos siglos, de modelar a España a nuestro gusto, formando un frente homogéneo de combate que oponer a las fuerzas de la anti-España, que no creáis que tan fácilmente se han de conformar con desaparecer.

Y no olvidéis tampoco que hemos remontado ya la cumbre de la posición rebelde para empezar a descender a, la llanura de la serena gobernación, donde, sin dejar enfriar para nada la llama de nuestro ardor militante, hemos de, demostrar al mundo que tenemos no sólo la capacidad heroica necesaria para morir por España si es preciso, sino también la capacidad política necesaria para trabajar por ella y hacerla vivir.

Son horas graves las que vivimos de dolor y tragedia, y en trances tales, los pueblos, como los hombres, buscan unión y no divorcio, hermandad y no antagonismo. Tenedlo muy en cuenta y no vayamos a hacerle el juego al enemigo común, encubierto o descarado. No vayamos también por nuestra incomprensión a hacer estéril el triunfo de las armas, como sucedió en España en otra ocasión, también de independencia.

Y no olvidemos tampoco que no somos una fracción ni un partido político más, que somos un Movimiento Nacional que abarca a España entera y, por consiguiente, que no podemos cerrar los brazos a todos aquellos que, arrepentidos de pasados errores o desaparecida la nube de su razón al conjuro de lo exacto de nuestras previsiones y lo auténtico de nuestras doctrinas, vuelven hacia nosotros con afanes de hermandad y deseos de cooperación. Pero que tengan mucho ojo. Se lo advertimos lealmente. Que nuestro juego es limpio, enérgico, viril. Que, sacerdotes de nuestro culto, no consentimos ni herejías ni falsificaciones. Que estamos en tarea de servicios y no de beneficio, dispuestos, como siempre, a arrojar de las tiendas inmaculadas de nuestros campamentos a todo aquel que crea, por ser rico en caudales de dobleces, que las puede manchar.

Nosotros somos sinceros y no engañamos a nadie. La revolución roja se ha caracterizado por ser la revolución de la falsificación y el engaño. Es la revolución del fraude. Se hace con el nombre de la tolerancia, y las iglesias están destruidas o dedicadas a menesteres profanos. Se hace en nombre de la libertad, y es la tiranía marxista la que impera. Se hace con el nombre de la redención del proletariado, y los proletarios se encuentran más enloquecidos y famélicos que nunca. Se hace en nombre de la independencia, y las brigadas internacionales son sus principales fuerzas de choque, y sus mandos extranjeros los más importantes.

Nosotros, en cambio, desde el primer momento, desde el día que alzamos bandera, el 29 de octubre de 1933, precisamente en el acto que hoy conmemoramos, a través de la voz mágica y profética de José Antonio y de otros camaradas, lanzamos al viento el grito de advertencia. Dijimos sin rodeos, sin ambages de ninguna clase, que las doctrinas económico-políticas del liberalismo eran el camino llano que nos habían de conducir al régimen bolchevique; que no se trataba de ganar elecciones ni de derribar gobiernos; que se trataba, nada menos, que de escoger entre dos caminos, entre los dos conceptos de, la vida: de un lado, la asiática, p materialista y de clase, y de otro, la occidental, cristiana y unitaria. Y dijimos también que la fuerza arrolladora del proletariado, basada en gran parte de la justicia de sus reivindicaciones, no se podía contener con débiles defensas, sino que era preciso emplear procedimientos nuevos, heroicos, tajantes, como ya lo habían empleado otras naciones que habían pasado por situaciones semejantes a la nuestra, inspirados siempre en romper la capa de mediocridad que había imperado en España en los últimos años, dándole una ambición histórica hacia arriba y asentándola en una auténtica justicia social por abajo. Pues bien, cuando llegue la victoria, fijando el término de la guerra; cuando nuestras banderas victoriosas, al llegar hasta el último rincón de la Patria, permitan que nos pongamos en contacto con las grandes masas proletarias, urbanas y campesinas; cuando, como ha sucedido ya en muchos de los pueblos, se han enterado de lo que somos y de lo que realmente representamos, tened la seguridad, camaradas, de que esos miles de hombres proletarios y rebeldes, no los repugnantes y asesinos, que han cometido crímenes que rechaza toda conciencia honrada, y que no pueden quedar impunes; esos miles de hombres, repito, que queramos o no queramos tienen que convivir con nosotros, porque, Dios ha dispuesto para ventura suya que nazcan en España y que sean

españoles, a los cuales no se les puede dejar abandonados en su desesperación, sin cobijo para sus almas y para sus cuerpos, esos miles de hombres llorarán de arrepentimiento al ver que los que ellos creían sus más feroces enemigos, luchaban por su auténtica redención, por librarles de la tiranía de los dirigentes, 'que habían envenenado su almas sencillas, y por darles una Patria grande, de ancha prole, en la que todos quepamos como hermanos, el pan que necesitan y la justicia que han añorado tanto tiempo.

Porque somos revolucionarios, profundamente revolucionarios. "Y* al escuchar estas palabras nadie se rasgue las vestiduras ni se apresure a incluírnos en la casilla de sus recelos o de su odiosidad, porque lo somos, no en el vulgar concepto del dinamitero de mirada torva o corazón reseco, que quiere destruir todo sin construir nada, sino que lo somos en el sentido de hombres conscientes, que entienden que la tarea de la generación actual no es sólo la de impedir que en España impere el comunismo, sino implantar un orden nuevo; en el de hombres que hartos ya de tantas vacilaciones, verbalismos y formulismos políticos, que en teoría son todos magníficos, ansían realidades, decisiones, ser mandados con energía, para que con ímpetu arrollador, pero siempre al servicio de una norma, calar hasta la raíz de la vida española e implantar un régimen que no sea burgués, ni proletario, ni aristócrata, sino para todos los españoles, siempre que todos cumplan con los deberes que su posición en la vida y el interés público exijan. Un régimen en el cual el Estado sea el pueblo y el pueblo sea el Estado, a través de la escala intermedia del Partido; un régimen en el cual las tradiciones históricas de nuestro pasado se armonicen con las exigencias económicas del tiempo en que vivimos y en que los grandes núcleos de obreros españoles, antes abandonados, mejoren su condición de vida, pero no mediante obras de caridad o de beneficencia, graciosamente concedidas, sino por el imperio de estricta justicia; un régimen en el cual -esto sí que es importante- todos esos grandes núcleos se sientan realmente incorporados dentro de la vida nacional.

Porque somos nacionalsindicalistas; es decir, queremos llevar el sentido de subordinaciones de todos los organismos y de todas las instituciones al interés supremo de la nación, y queremos montar la vida económica sobre la base sindical, perfectamente compatible con el capital, elemento necesario para la producción. con la propiedad privada, siempre que sea consecuencia legítima de un esfuerzo personal; pero incompatible con todos esos cubileteos de las jugadas de Bolsa, de los préstamos usurarios, de las combinaciones de la democracia mercantil de las sociedades anónimas y, en definitiva, con esa serie de abusos del capitalismo especulador. Porque el capitalismo moderno, en un principio, fué familiar; después, de grandes dinastías, y más tarde, de grupos industriales hipertrofiados que le hicieron perder aquellas cualidades de libre concurrencia y de iniciativa que le caracterizaba. El capitalismo, tal como está planteado en la actualidad, ha dado ya todo el jugo de que era capaz, y tiene que ser sustituido por otro sistema que, sin caer en la aberración comunista o en otros extremos peligrosos, pueda cumplir el fin que está llamado a llenar.

No queremos ni comunismo rencoroso ni capitalismo explotador, que tan mal nos parece. Ni que el producto del trabajo de cada uno vaya a parar a la colectividad, como que el producto de todos quede en beneficio exclusivo de unos cuantos privilegiados.

Tradición que, como dijo José Antonio, no es copia servil del pasado, sino afán de adivinar lo que los antiguos harían en nuestras actuales circunstancias. Jerarquía, autoridad, Patria, pan, justicia, sentido militar y religioso de la vida, éstas son las normas de nuestra conducta, los pilares de nuestro edificio, la estrella polar que ha de guiar nuestra navegación.

Y cuando hayamos dado cima a la tarea de construir el Estado nacionalsindicalista que nosotros queremos implantar; cuando el edificio esté sólidamente asentado, con carácter de permanencia, en condiciones de resistir los embates de todas las mareas, sin temor a fisuras ni resquebrajamientos, si entonces España, cediendo al impulso de su pasado y de su tradición, reclamase una determinada forma de representación simbólica, la Falange, que tiene voluntad de Imperio y tiene un solo Jefe, creo yo, personalmente, que, al menos en teoría, nada tendría que objetar.

Y ahora, camaradas, vosotros, los que con fe de iluminados empuñáis el fusil en :las trincheras; vosotros, los que en la retaguardia, para ganar la paz, soportáis, estoicos, todas las chinchorrerías de la estupidez humana; vosotros, los que en la zona roja aun lleváis la cruz del mártir, que nada os desanime ni desaliente; firmes en vuestros puestos, en línea de combate. Tenemos un Caudillo, y guiados por él recorreremos la ancha vía de nuestras ilusiones, y si surgen obstáculos, mejor. Mejor los venceremos. Si hay que morir de nuevo, moriremos también. Pero España es nuestra. La tenemos en los brazos, y pase lo que pase nadie nos la arrebatará, porque hemos celebrado con ella nupcias entrañables y sangrientas, y ya no hay poder humano que nos la pueda arrebatár.

Escuadras de Falange; Juventud de la Patria: Alzad vuestras banderas y vuestros estandartes, que en España ha amanecido ya. Extended bien la mano, hacia un cielo sin nubes, y decid con vos recia y templada, que se oiga muy clara en todas partes, que resuene en nuestros corazones como un grito de victoria que a todos nos anime y nos aliente:

España, Una. España, Grande. España, Libre. ¡ARRIBA ESPAÑA!

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

Discurso pronunciado en Segovia el 23 de enero de 1938.

EXCELENTISIMAS Autoridades, dignísimas representaciones del Cuerpo Diplomático, pueblo de Segovia, camaradas de la Sección Femenina de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.:

Tengo a orgullo y a honor el levantarme a hablar en esta tierra castiza y añeja de Segovia, donde la majestad de Isabel faé consagrada ante sus piedras milenarias, doradas por el sol; ante sus monumentos, de clásica belleza, evocadores de múltiples recuerdos de la historia de España, que nos dicen de estirpes, de linajes, de figuras señeras de nuestra tradición; y es para mí un remanso de paz y de alegría en el camino árido y trabajoso del vivir cotidiano, pletórico de luchas, de incomodidades y de responsabilidad, el poder tomar parte, siquiera sea brevemente y en la postrera hora, en vuestras tareas, y en poder dirigiros unas breves palabras a manera de consejo fraterno y cordial.

Pero siempre que intervengo en un acto de la Falange que, como éste, es prueba de toda la amplitud y trascendencia pública que ha ganado, y de toda la influencia social que ha adquirido, experimento una doble sensación de alegría y de gozo de una parte, de pena y de dolor de otra. De alegría, al ver cómo empieza a recoger el fruto de sus pasadas luchas, al ver cómo la sangre que ha vertido ha sido pródiga en cosecha y no ha resultado estéril, y al ver cómo conserva intacto el caudal de energías y de ímpetu que siempre tuvo, y que es prometedor de sucesivas pruebas de vitalidad.

Pero esta alegría profunda y ambiciosa está contrapesada por amargo dolor al pensar en los camaradas caídos, al pensar en los camaradas ausentes, al pensar en los camaradas que supieron quitar las zarzas del camino, arrancar las espinas a la rosa de España, y al pensar en los camaradas que, sin embargo, no han tenido la dicha de respirar su olor.

Y esta sensación agridulce está agudizada, se intensifica, adquiere mayor intensidad en estos momentos y en este acto, por ser vosotras, mujeres de la Falange, las que habéis convocado a este Consejo, cuyas sesiones se clausuran hoy, y pocas de vosotras serán las que no tengan una pena que llorar, un recuerdo que sentir, un padre, un marido, un hermano o un hijo que no haya caído en la brecha, que no luche en las trincheras, y porque, sobre todo vosotras, mujeres de la Falange, tenéis por Jefe a Pilar Primo de Rivera, la camarada magnífica, modelo de abnegación, de sacrificio y de virtudes, hermana de José Antonio, quien para nosotros, más que un recuerdo apasionado, es presencia constante, vigilante e inspiradora.

¡José Antonio! Si su nombre no puede pronunciarse sin temblor en la voz, si le recuerdo siempre con emoción hondísima, en estos momentos le tengo más presente que nunca, porque pienso en las palabras tan bellas y sentidas que os diría a vosotras, mujeres españolas; porque en esta tarde de invierno castellano, al igual de otra, que ya va a hacer tres años, en tierras extremeñas, os diría a vosotras, cómo no queremos que las mujeres sean meras destinatarias de piropos y galanterías, cómo no queremos que tampoco seáis aspirantes a cargos que sólo al hombre le corresponde desempeñar, sino que cumpláis vuestro magnífico destino de mujer en la vida, como esposa, como madre, como hija, con equilibrio armónico de todas las cualidades y de todas las virtudes inherentes a vuestra feminidad. Y os diría también cómo la abnegación, que es virtud femenina, es la principal virtud de la Falange, que ha nacido y se ha formado en la aspereza y en la contrariedad, para que de esta manera aprendan los que lo ignoran y recuerden los que lo han olvidado ya, que aquí, en nuestras filas, no se viene ni a trepar ni a subir, y que, mientras tantos hermanos nuestros mueren en las trincheras con el nombre de España en los labios, aquí, en la retaguardia, no se puede vestir con decoro esta camisa si no se viste como el uniforme del soldado o el hábito del monje, si no se tiene de la vida un sentido profundo y grave, ascético y militar.

Vosotras, camaradas, habéis venido de distintos puntos de España, y mezcladas sin distinción de rango ni de procedencias sociales y políticas en la santa hermandad de la Falange Española Tradicionalista, os habéis afanado durante ocho días por afinar y perfilar las líneas de vuestra Organización y por aprender aquellas lecciones que os han dado los camaradas que han ejercido, durante varios días, la generosa misión del magisterio. Ahora os volveréis a los pueblos y provincias de vuestra procedencia, para poner en práctica cuanto habéis acordado y cuantas enseñanzas habéis aquí adquirido; volveréis a dar pan al hambriento en vuestros comedores, auxiliar al herido en frentes y hospitales; volveréis a vuestros talleres, lavaderos, al campo y a la ciudad; pero siendo todas estas tareas buenas y provechosas, yo creo que en las horas actuales y solemnes por que atraviesa España, os corresponde otra de mayor jerarquía, de más rango y superior autoridad: que si el Estado nuevo tiene como base más sólida la familia, es decir, el hogar, a él debéis llevar

aquellas normas de honestidad, de cristalina transparencia, de convivencia humana, de serena justicia, de pensamiento en Dios y en un destino eterno; es decir, las normas de conducta de esta España que nace, que tantas lágrimas y dolores nos está ocasionando el alumbrar; de esta España que ha de ser señora del mundo; de esta España que ninguno de nosotros jamás puede ya dejar que nadie nos arrebate ni nos la quite.

Todos cuantos militamos en la Falange Española Tradicionalista tenemos la obligación de defender y aumentar ese tesoro sagrado que representa y que nos han legado los hombres que luchan en la primera línea y del que nos pedirán estrechísima cuenta si, a su vuelta, lo hubiéramos dejado perder; pero mientras nosotros lo defendemos con uñas y con dientes si es preciso, contra los ataques claros y de frente, por rudos que éstos sean, que nos sobran alientos para empresas más duras, y es misión varonil, a vosotras, mujeres de la Falange, os corresponde la tarea callada y silenciosa de amparar a la Falange, de ser vestales de su culto, sacerdotisas de su fuego sagrado en la casa y en el hogar, para evitar que la unidad fraterna de todas las mujeres españolas, dentro de la Falange, pueda resquebrajarse por los ataques cautos, pero llenos de insidias, que hacen de los chismes y de las cominerías de las gentes ociosas de la retaguardia, que sueñan con que vuelva un régimen liberal de cómoda tertulia y de fácil intriga, contribuyendo también así a que todas las ambiciones y maquinaciones de los restos supervivientes de los viejos partidos políticos, que no se resignan a desaparecer, se estrellen contra el muro de la unión fraterna, indisoluble, basada en ley de amor y de común destino, que es la Falange Española Tradicionalista que Franco ha levantado con certera visión de político y con acierto de gobernante.

Y conviene también decir, siempre que haya ocasión, en voz clara, y bien alta, para que se entere quien deba enterarse y entienda quien deba entender, que si la Falange era antes cárceles, sufrimientos y peligros, ahora y siempre ha de ser incomodidad. No queremos prebendas, sino puestos de riesgo; no queremos holganza, queremos trabajar por España y el Caudillo que rige sus destinos; pero queremos también consideraciones y público respeto, y que en vez de realzar con morboso deleite los defectos que podamos tener, se realcen nuestras virtudes, méritos y servicios, que los tenemos también; que se reconozcan nuestras patrióticas intenciones y nuestra indudable buena fe. Y queremos, sobre todo, que esos seres perfectos y geniales que se encierran en su torre de marfil para ejercer desde ella una crítica demoledora y negativa, desciendan del Olimpo, bajen a ras de tierra, luchen y nos ayuden; que a sus ataques y a sus críticas seguimos contestando con deseos de cordialidad, porque en la hora actual que atraviesa España, todos estamos obligados a traer a la común tarea de salvar a la Patria cuanto somos y cuanto valemos, sin excusas, reservas ni distingos de ninguna clase, ni miras puestas en horizontes políticos más o menos lejanos, sino entregándonos a España con toda ingenuidad.

Pero, en fin, si no lo hacen, allá ellos; nosotros y vosotras seguiremos unidos por el camino que José Antonio nos marcó y que el Caudillo nos ha ordenado seguir. El nos guía; tenemos, pues, un Jefe, y tenemos un ideal por el que muchos miles de camaradas han perdido con orgullo la vida, y por el que otros muchos luchan con ardoroso afán. Nuestro origen es, por tanto, del más noble linaje, porque, arranca de héroes y de mártires, y se ha formado, como todas las cosas grandes, dentro de la adversidad. Si ateniendo estas armas hay quien sueñe en vencernos, pienso que se equivoca: no nos quitarán el puesto. Es la herencia sagrada que nos han legado muchos más de muertos, víctimas inocentes de muchos años de liberalismo estúpido, de democracia palabrera, de materialismo destructor, y esa herencia es el patrimonio de la juventud y del Ejército de España, quienes, como herederos universales de ella, son los que están autorizados, exclusivamente, a disponer y administrar.

Porque conviene también que no se olvide, que se tenga muy presente que esa juventud y ese Ejército se han lanzado a la lucha porque no les gustaba la España que teníamos, porque querían otra mejor, más justa y más humana, sin abusos de los de arriba, de los del medio ni de los de abajo; querían también, y les parecía perfectamente el que se defendieran los valores morales y espirituales de la Nación, pero siempre que esa defensa no se hiciese para cubrir abusos, explotaciones ni egoísmos, ni se convirtiese en pabellón que amparase mercancías averiadas; porque les parecía también muy bien que el obrero reclamase un presto mejor en la vida, mejorase su condición humana, tuviese derecho a disfrutar de todas las dulzuras que la existencia depara a los demás mortales; pero muy mal, que se creyera el titular de todos los derechos y excluidos de todos los deberes. Que nosotros tenemos un lenguaje sincero y áspero, y decimos siempre las verdades, y no halagamos a nadie, y por eso mismo también, nosotros y el Ejército no queríamos la España turnarte y vacilante y pendular; no queríamos la España de las derechas ni la España de las izquierdas; no queríamos la España acomodaticia y gris que algunos pretenden, ni la España sin fe, materialista, sumisa a Moscú, con que los rojos sueñan. Para ninguna de esas dos Españas se están matando los españoles. Los españoles luchan por la eterna metafísica de España que dijo José Antonio; los españoles quieren una España unida, una España entera, una España completa, no una España con el alma partida. ¿No es verdad que es

así?

Pues si me habéis contestado que esto es así, y si nosotros tenemos un Caudillo que ansía iguales cosas, lo demás, ¿qué nos importa? Vosotros, camaradas, los obreros de manos encallecidas por el trabajo, campesinos de mano rugosa ennegrecida por el sol, intelectuales y aristócratas de mano pulida y cuidada, estrechároslos todos en señal de hermandad y marchad decididos por el camino recto, aunque sea el más áspero, a la vanguardia de todos los caminantes, animando a los débiles, venciendo al incrédulo, atacando al que nos quiera atacar, aspirando a ser siempre los primeros en los puestos de sacrificio y los últimos en los de las comodidades; sin tener más ambición, ni aspirar, ni soñar con más recompensa, sino que al final de la tarea nos queden suficientes alientos para gritar con toda nuestra alma:

¡ARRIBA ESPAÑA!

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA PRIMERA ASAMBLEA DE ARQUITECTOS

Discurso pronunciado en Burgos el 14 de febrero de 1938.

CAMARADAS de la Arquitectura:

En prueba de interés hacia vosotros y de la función que os está encomendada, he puesto especial empeño en asistir a esta sesión de clausura de las reuniones que habéis celebrado. Quiero demostrar, con mi presencia, la solidaridad de la Falange con todas las manifestaciones de la actividad humana, su vibración al unísono con las inquietudes de la vida moderna, y muy especialmente, la atención que para ella merece la Arquitectura, que podría definirse, valga la paradoja, y si queréis, el dislate, como la más científica de las artes y como la más artística de las ciencias. Porque la Arquitectura, bien lo sabéis vosotros, supone una serie de principios, de conocimientos científicos sistemáticamente ordenados que obedecen a una línea de razonamientos y de antecedentes previos; pero supone también la expresión de anhelos y de inquietudes, de concepciones subjetivas que escapan a toda regla y a toda disciplina y que obedecen tan sólo a la llama sagrada de la inspiración personal.

Y es por esto, quizá, que en la Arquitectura (que exige la armonía de todos esos elementos), la unidad, idea madre de nuestra doctrina, adquiere repercusión y trascendencia enormes, y esa, unidad, que se exterioriza - en el estilo, desaparece en la Arquitectura cuando hay un sentido fragmentario y variable de la vida en vez de uno total, permanente y completo; pero al desaparecer el estilo no quedan sino expresiones personales, dispares, diversas, puramente temperamentales, dejando la Arquitectura de ser la expresión artística de un todo, de un pueblo que se siente ligado por un destino común, para convertirse en exponente de individualidades, cada una de formación diversa.

Nosotros nos proponemos restablecer esa unidad, recomponerla, hacerla completa, para que al serlo, todas las manifestaciones de la actividad del hombre estén impregnadas, sean fiel reflejo de ella, lleven su huella indeleble, y el lograr este propósito traerá la consecuencia de que vuestras obras futuras respondan a un estilo que no puede ser otro que el de la Revolución Nacional que nos ha de traer un sentido de la vida distinto del que teníamos, o no ha de ser nada, que ha de empalmar en aquel momento de nuestra Historia en el que unas constantes de verdad y de fe guiaban al hombre, en el que la razón aun no había pretendido alcanzar la soberanía del mundo, ni el derecho a juzgar de todo con absoluta suficiencia, sin respeto a lo divino ni a lo humano, en el que Europa aun no, estaba influida del virus disociados y protestante que rompió su unidad y en el que, lo diremos con palabras que nacieron para nosotros de la fuente más pura y cristalina: «el espíritu católico era la clave de los mejores arcos de nuestra historia».

Todo movimiento revolucionario, y el nuestro lo es, aunque por temor o por pudor algunas veces empleemos otras palabras para vestir el concepto, tiene un contenido que se manifiesta en los distintos sectores de la vida, crea necesidades que ha de resolver, con arreglo al destino de la misma Revolución; pues bien: en lo que al orden arquitectónico se refiere, ese estilo no puede reflejarse sino en una clase de edificios que han de ser su exponente, que han de ser su patrón, la minoría selecta que guía a los demás, la vanguardia que despeja el camino, lo que imprime el carácter a toda una época de Arquitectura, la que expresa un modo de sentir y pensar, una actitud ante los fenómenos de la vida humana, sin perjuicio de que haya otros edificios que tengan que someterse a reglas mecánicas, racionales y de eficacia práctica.

Estamos, pues-no se olvide-, en un momento de transformación honda, profundísima, extensa, y por eso a vosotros, arquitectos, os alcanza también. Os alcanza en cuanto os crea obligaciones, también derivadas de las necesidades engendradas justamente por esa) transformación, y que muchas de ellas se concretan en realizaciones de tipo arquitectónico

Respecto a las primeras, estáis obligados a prestar auxilio a vuestros compañeros que lo precisen, mediante una distribución de trabajo justa y racional, que permita a todos tener el necesario, no sólo para subsistir con el decoro y la satisfacción que nacen del esfuerzo personal, sino también para que los vínculos del compañerismo se aprieten y os sintáis unidos dentro de una gran familia sindical, en la que a todos os alcancen los éxitos y los fracasos. Porque tened presente que para ser de la Falange no basta -aun cuando sea preciso- vestir un uniforme, gritar ¡Arriba España!, levantar la mano, ni siquiera entender su doctrina, que cualquier persona medianamente culta logra asimilar; todo eso es preciso, pero insisto en que aun no es bastante: Falange es un modo de ser, es un clima, es una temperatura. Es sacrificio, es hermandad, solidaridad, y este sentido de la vida se ha de incrustar en vosotros y ha de daros una norma de relación y de conducta como hombres y como profesionales.

Respecto a las segundas, ya las conocéis de antemano y justamente algunas han sido estudiadas en vuestras reuniones: la guerra ha destruido muchos pueblos y ciudades de España; pero la guerra ha enseñado a unos y ha recordado a los demás que miles de españoles, y quizá los que con más tesón y heroísmo están luchando para impedir que España se convierta en colonia de Moscú, llevan vida infrahumana, viven peor que bestias, y en tales condiciones se hubieran disculpado todas sus rebeldías y deseos de emancipación de unas ligaduras sociales que les ataban a la situación de inferioridad en que se hallaban. Pero lejos de ser así, esos españoles que no tenían nada material que defender han sentido en sus entrañas la llamada de España, y sin cálculos ni egoísmos, limpia, espiritual, desinteresadamente, han respondido a ella, ofreciéndola sus vidas de campesinos y de obreros. Pues bien: hay que demostrarles que no se equivocaron, que hicieron bien en creer en nosotros, que estamos dispuestos a corregir errores y a corregir abusos, y en ello os corresponde una gran tarea, dándoles viviendas dignas de un hombre, con un mínimo de comodidades y de atractivos, y, sobre todo, de cualidades que permitan convertirlas en algo cálido, familiar y hogareño; que si en el concepto marxista, la casa no es sino un refugio para ampararse y defenderse contra ineludibles necesidades materiales de la vida, en la concepción nacionalsindicalista, además de eso, es un centro de expansión del espíritu, el marco que encuadra la familia, la que hace posible su existencia. Hay, pues, que destruir esas guaridas infectas de pueblos y ciudades y construir, no edificios, sino hogares.

Pero, además, debéis huir del sistema de construcción de barriadas obreras aisladas, que no es otra cosa que llevar la diferenciación de clases a la Arquitectura, construyendo edificios que parecen tener la finalidad de hacer resaltar la diferencia de los seres que en ella habitan respecto de los demás. Cuando el ideal sería que en los distintos pisos de una misma casa pudieran habitar, indistintamente, personas de distinto rango social; tendrían, de esta forma, una mayor convivencia, contacto y familiaridad; pero, mientras tanto que esto sea posible, hay que procurar que cada casa quede encuadrada entre las restantes y refleje el deseo de llegar a borrar el que los españoles se sientan divorciados por sus orígenes, condiciones económicas o de clases.

Otra característica de la Arquitectura en la España nacionalsindicalista ha de ser la austeridad y la sencillez. Esto es, hemos de huir del tipo de edificios suntuarios y ostentosos, porque cuando ¡tanta gente ha quedado sin hogar, yo estimo es preferible construir cien viviendas rurales o edificios modestos, aunque su construcción no reporte grandes beneficios, que no tres o cuatro de gran lujo, de gran suntuosidad y de pingües rendimientos.

Y tenéis que volver un poco hacia la artesanía, para que el edificio, más que obra de un técnico, sea la obra de un hombre, y tenéis que pensar en un tipo de casas sindicales, y en las construcciones derivadas del Auxilio Social, y en los monumentos que expliquen, con su simbolismo, a las generaciones futuras, cómo y por qué murieron los que les precedieron, y en todos los problemas relacionados con vuestra profesión que la guerra plantea. Ya veis: tenéis tarea y la obligación de fijar la posición de la Falange ante todos ellos.

Camaradas de la Arquitectura: la España de la Falange, la España de Franco, es constructiva. Ha tenido-es verdad-que destruir mucho; pero, sobre las ruinas que la guerra ha traído, piensa levantar, con el esfuerzo de todos los españoles, libres de esclavitudes y animados por el mejor afán, un edificio esbelto como las agujas de una catedral gótica, sólido y sencillo como un monumento herreriano, clásico y armónico como el Partenón; pero, sobre todo, auténticamente nacional, y poner en lo más alto de él, arriba, muy arriba, el nombre sagrado de España.

EN EL ANIVERSARIO DE LA FUSION DE LAS J. O. N. S. CON FALANGE ESPAÑOLA

Discurso pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1938.

EN esta misma población, y en este mismo escenario, hoy hace cuatro años que se marcó una etapa en la gestación del Movimiento Nacional que está salvando a España. Dos fuerzas que habían nacido de análogos móviles, con ímpetu y signo semejante, las J. O. N. S. y la Falange; la primera, en 1931, poco después de advenir la República; la segunda, en la fecha ya histórica de 29 de octubre de 1933, se habían fundido unos días antes en hermandad para siempre indisoluble Y por boca de sus jefes y fundadores en este Valladolid, solera del Nacionalindicalismo, se lanzaron al viento con voz clara y tajante las consignas de unidad, antimarxismo y transformación social, y la decisión inquebrantable, costase lo que costase, pasase lo que pasase, cayesen cuantos fueran precisos, de terminar con la descomposición social, la anarquía económica Y la podredumbre política en que estaba hundida la Patria, sacándola de la charca pestilente en que la habían sumido caciques políticos y negociantes, y la vesania o mala fe de unos agitadores profesionales que habían llevado las masas inconscientes a la, situación de locura y envenenamiento que han traído las consecuencias que hoy día todos sufrimos. Y se celebró el acto que aquí conmemoramos, y en las calles de Valladolid, al igual que antes en las de Madrid y después en las de toda España, empezó a resonar la música guerrera que durante dos años había de acompañar a nuestras actuaciones y que en los dos últimos años ha alcanzado un ritmo del tan sublime intensidad que se ha convertido en la música que sólo puede acompañar a la letra que escriben diariamente los héroes y los mártires. De los que para nuestro orgullo y hermandad en su presencia en este acto aquí, tenemos una representación magnífica y abnegada. Y corrió la sangre de nuestros camaradas, que después, a torrentes, en unión del glorioso Ejército y de nuestros hermanos tradicionalistas, habían de verterla en el Alto del León; este nombre, que suena ya a leyenda, en donde los camaradas de Valladolid opusieron una barrera infranqueable al marxismo, evitando con su sacrificio generoso que pudiera desbordarse por las anchas llanuras de Castilla, y se vertió en Somosierra, en Alcobierre, en Huesca, en Asturias y Vizcaya, en el Norte, en Brunete, Belchite y en el Alfabra, y por España entera; pero los camaradas que en aquel acto hablaron, y por Dios si valían, a éstos ya no los tenemos; éstos ya se han marchado, dejándonos un regusto de dolor y vacío, del que nada podrá ya consolarnos.

Yo, que asistí de espectador a ese acto y escuché sus palabras, que conviví con ellos, que conocía su temple y su amor a España, por azares del Destino, tengo que hablar desde el mismo sitio, y quién sabe si tras de la misma mesa que ellos lo hicieron; por eso me creeréis fácilmente si os digo que un escalofrío de emoción profunda que nace de lo más íntimo y ahoga mis palabras, que me aprieta el corazón y la garganta, que desborda mis nervios, me invade en este instante y me obliga a gritar: Camaradas Julio, Ramiro, Onésimo y José Antonio: Vosotros nos inculcasteis una fe y nos disteis un ejemplo con vuestra heroica conducta; nos enseñasteis una doctrina; nosotros os prometemos, en cambio, seremos fieles hasta la muerte, seguir esa doctrina ciegamente, no olvidarla nunca ni a vosotros tampoco, y os prometemos también hacer de vuestro recuerdo un santuario, no mezclando vuestros nombres en cosas bajas ni terrenas, manteniéndolos alejados de las pasiones políticas, de las intrigas y de las maniobras. Que como os conocemos, sabemos perfectamente que si estuvierais aquí seríais los primeros en enarbolar la bandera de la unidad, del patriotismo y de la disciplina, y nos llevaríais a la misma senda por donde hoy vamos todos con fe y decisión siguiendo al Caudillo. Pues bien: la etapa que hoy conmemoramos esta superada; nuevos eslabones han sido soldados a la cadena de nuestra historia; el árbol ha dado nuevas ramas, también fuertes y robustas, por donde corre la sangre de cien generaciones remozada con el ímpetu de nuestra juventud. Un Jefe que tiene para serlo el mejor de los títulos: el de estar destrozando al comunismo en los campos de batalla, liberando al mundo de sus horrores y que ha implantado como normas del Estado que acaudilla los veintiséis puntos que escribiera José Antonio, y que nos lleva por las rutas que éste descubriera, nos dirige e inspira. Tenemos un Gobierno que rige la Nación, en el que las carteras de mayor trascendencia política y social, desde las que nuestros ideales han de convertirse en realidad, están regentadas por hombres que conocen de sacrificios, persecuciones y trabajos, y por hombres que estuvieron unidos personal y espiritualmente con nuestro Ausente, que jamás traicionarán su pensamiento ni sus propósitos, y que están decididos, en colaboración fraterna, a que se implante totalmente en el Estado nuevo, sin desviaciones ni mixtificaciones nocivas, las líneas directivas de nuestro Movimiento. Estamos, pues, en marcha y dispuestos a no pararnos. Tenemos motivos suficientes para mirar con alegría y tranquilidad el porvenir, y debemos tener ansias de hacer, de no desperdiciar ni un día ni un momento, que aun nos quedan días de gloria insospechada, y darnos cuenta que nuestra fuerza es interna, está en nosotros mismos, en la ejemplaridad de nuestra conducta, en lo continuado y callado de nuestro esfuerzo. Si en los días de nuestro nacimiento no pudieron vencernos ni halagos, ni críticas, ni indiferencias, ni silencios, ni tiros, ni persecuciones, ni cárceles, ni destierros; si después hemos luchado en una guerra de proporciones gigantescas, ¿es que nos pueden asustar ahora historias de brujas o

cuentos de miedo? ¿Que para llegar a la cima aun faltan muchos pasos? Eso no lo ignoramos. ¿Que tropezaremos y caeremos algunos? Lo sabemos también; pero habrá que levantarse, y con los huesos rotos y el cuerpo dolorido y maltrecho, si es preciso, seguiremos marchando, y si llega un momento en que no podamos más, dejaremos el paso a quien, fresco y pujante, con espíritu auténtico, pueda sustituirnos y continuar la tarea, si es que nosotros no la hemos podido terminar.

Pero lo que nadie puede en estos días de dolor para España es eludir ni escamotear, por temor, comodidad o vano orgullo, sacrificios ni responsabilidades. Nuestro título de honor y de servicio aquí, en la retaguardia, es justamente ese; es la única manera de hacernos dignos de los que han muerto, de los que luchan, de los que han arriesgado mucho más de lo que nosotros podíamos arriesgar. Hay que aceptar los puestos de mando por duros que parezcan, aunque en ellos se pueda fracasar, que este fracaso no será nunca estéril, que de él sacarán enseñanzas para el bien de la Patria los que nos sustituyan. Hay que arriesgar prestigios y popularidad, por mucha que se tenga, y cuanto más mejor, que si el prestigio se adquiere en la lucha, una vez adquirido se ha de poner al servicio de España y nunca hacer de él fuente de beneficios ni de comodidades. Y tener muy presente que, como no imprime gracia ni es definitivo, al igual que se adquiere puede perderse, es preciso revalidarlo diariamente con actos que demuestren que se tiene derecho a seguir ostentándolo y a seguir gozando de él.

Si éstas son obligaciones y deberes del que manda y ocupa puestos de responsabilidad, los que obedecen también tienen las suyas: han de tener ferviente espíritu de sacrificio, obedecer ciegamente las órdenes de los jefes, sin críticas ni comentarios, procediendo siempre limpia, claramente, sin ambicionar cargos ni creerse cada uno con capacidad suficiente, incluso para desempeñar el de Jefe nacional; estamos para servir a la Falange, no pára servirnos de ella; ella nos utiliza como más le conviene; hoy nos concede el puesto de mayor jerarquía y mañana exige le. sirvamos de simple militante, y en el uno y en el otro hemos de estar alegres, satisfechos y orgullosos de haber merecido el honor de trabajar por España. Esa es nuestra misión: transformarla de arriba abajo, pero con transformación ancha, popular, profunda, entrañable, no de grupitos ni cenáculos más o menos intelectualoides; volverla del envés al revés; restablecer la unidad entre los españoles, superando la mentalidad marxista de la lucha de clases, y para ello hemos de empezar por espiritualizar la vida, huyendo del materialismo económico, que se da lo mismo en el accionista, que sólo vive para aumentar sus dividendos, como en el sindicato de clase, que sólo piensa en imponer un aumento de salario por encima, de toda humana posibilidad. Hay que dar a la economía una finalidad distinta de la que hasta ahora ha tenido, viendo en ella, no el medio de acumular riquezas, sino el de satisfacer sus necesidades. Haciendo que el capital no pueda considerarse como el eje del mundo, ni emplearse como instrumento de dominación humana, sino como un elemento al servicio del hombre, y que con la técnica y el trabajo lo utiliza en interés del pueblo. El pueblo no es un mero agregado numérico de individuos, portador cada uno de un trozo de soberanía nacional, como quieren las doctrinas democráticas, ni la masa amorfa, movediza, voluble, «capitana» de pasiones y apetitos, pedestal para las piruetas de consecuencias trágicas que sobre ella hacen los agitadores vulgares, ni es una clase de la Nación. El pueblo somos todos los españoles que a través de una familia, de un municipio, de un sindicato o del Partido participamos con nuestro trabajo en la vida del Estado, que por éso es un Estado popular. Y cuando el Estado no se encuentra matizado por ningún carácter clasista, no es burgués ni proletario; cuando no representa ni ampara intereses de grupo, clase ni bandera política; cuando se considera investido de una, misión profunda y permanente; cuando es la expresión jurídica de la nación y ésta a su vez no es un producto del sentimiento, de la sensibilidad, sino el resultado de un proceso histórico y mental, rígido y exacto como verdad matemática, que liga a los que en ella habitan sin distinción de rangos ni categorías por mandato de una ley histórica a un destino común y distinto del resto de los demás mortales, al Estado entonces no se le puede tachar de opresor, porque es precisamente el instrumento realizador de ese común destino, y nadie tiene derecho a sentirse desarraigado de la Patria, a desentenderse de sus preocupaciones, a no hacer propias sus penas o alegrías, ni vinculado a ninguna clase de internacionales rojas o blancas, plutócratas u obreras, que no son sino defensas de intereses parciales en perjuicio de la conveniencia de la totalidad.

Esa Revolución nacional, pues, hay que hacerla. Vamos camino de ella. Y esa Revolución, no se asusten los tímidos, no es incompatible con nuestra tradición gloriosa, porque la tradición no puede ser copia servil de lo pasado, que si lo hubiera sido, tos Reyes Católicos, cuyo emblema llevamos en nuestros pechos, en vez de ser como fueron los gobernantes más revolucionarios que ha tenido España, se hubiesen limitado a copiar a sus predecesores y no hubieran llegado a realizar la unidad de la Patria; nosotros debemos aspirar también a crear tradición para que, al igual que hoy buscamos inspiración y guía para nuestros actos en la conducta de las grandes figuras de nuestra Historia, las generaciones venideras la busquen en nuestros actos, en nuestro amor a España, en nuestros afanes de que en ella impere la justicia y que la gloria la envuelva. La juventud española no puede estar muriendo, pues, para que continúen imperando los egoísmos, las injusticias y los

abusos del sistema político-económico que en España existía. ¿Que algunos querrán que continúe? Indudablemente que sí; pero aquí estamos nosotros, unidos al Caudillo, para no consentirlo y oponernos con todas nuestras fuerzas a que ello suceda. Los españoles no se pueden matar para defender intereses de proletarios ni de capitalistas ni de nadie, ni para una España roja, ni para una España blanca, sino para una España entera, completa, grande, libre, en la que en vez de odiarse mutuamente puedan convivir como hermanos dignamente.

Bien; pero la Revolución nacional no se hace con palabras; éstas se han dicho muchas veces en todos los tonos y en todas las clases: exige realidades, disposiciones prontas y tajantes, que el hambre y la necesidad no esperen, disposiciones que ya se han dado algunas y que se seguirán dando más, y que, a diferencia de lo que antes sucedía, se cumplirán a rajatabla. Si el campo es objeto de principal estudio de nuestro programa; si del campo vive la mayor parte de la población de España; si, como dijo Onésimo, las manos rugosas de nuestros campesinos son las que con más fuerza sostendrán las conquistas del Nacionalindustrialismo; si esos campesinos son los más callados, sufridos y abnegados de todos los españoles, y al decir campesino no me refiero sólo al que cobra un salario por trabajar la tierra, sino al colono, al labrador, al propietario, a todo aquel que de la tierra vive y a ella consagra sus ocupaciones y desvelos, a ellos son a quienes primeramente hemos de atender y a los que primeramente hemos de dar satisfacción por mandato de la justicia, de los intereses de la Nación y de las obligaciones del cargo que desempeño. Y en este cargo, que constituía la mayor ilusión de José Antonio, porque soñaba realizar desde él la redención económica Y social de la tierra y la redención del campesino, estoy decidido; con el ritmo que las circunstancias permitan, a convertir en realidad el programa de Falange. para dar cumplimiento a los deseos del Caudillo, al pensamiento de José Antonio y a mi convencimiento de que mientras en el campo no impere la justicia social de que tanto se habla en España, no podrá haber la solidaridad y convivencia que todos deseamos.

Que el problema del campo tiene, como sabéis, muchas facetas social-políticas y económicas, pero que todas están relacionadas. Si nos fijamos en la social, es cierto, sin duda, que ha habido abusos por parte de los empresarios agrícolas, que han faltado a sus deberes pagando jornales irrisorios; pero es verdad también que en otros muchos casos esos deberes no se han cumplido porque los productos no han dado el rendimiento que debían de dar; no se puede imponer una justa distribución de beneficios sin que éstos existan, y para que existan los primeros, lo que hace falta es revalorizar los precios, y ello se ha de conseguir limitando la acción de los intermediarios. Disciplinando estos precios, mediante una limitación de la intervención de los intermediarios, realizando la venta por organismos sindicales, con lo cual el productor tendrá asegurada la renta del producto a un precio remunerador, el trabajador o el obrero lo que en justicia le corresponda, y el consumidor seguirá pagando lo mismo, o a lo sumo, con un aumento insignificante y siempre en una proporción inferior al aumento de valor del producto, y éstas no son fantasías ni quimeras: ahí tenéis el servicio del trigo, al que ha seguido el de maíz, al que pronto seguirán otros varios, y que demuestran prácticamente cuanto os acabo de decir. Y no se arguya que eso es estatificar servicios, como algunos objetan; la iniciativa particular se mantiene y ampara; lo único que se hace es conservar los precios entre tasas mínimas y máximas, para impedir fluctuaciones anárquicas y perjudiciales.

Hay que pensar también en un plan de reforma agraria hecha con toda cautela, objetividad y desapasionamiento, inspirada no en móviles políticos populacheros de galería, ni de persecución a nadie; pero que no se detendrá ante prejuicios de clase, presiones o intereses particulares cuando éstos choquen con los superiores de la nación, de la justicia, incluso de la caridad cristiana; por eso, en este acto yo tengo que hacer una declaración y una advertencia, y es que hasta tanto se labore y apruebe esa. reforma no se podrán devolver a sus antiguos propietarios las fincas hoy incautadas, pues ello sería tanto como prejuzgar nuestros proyectos y poner en la calle a los campesinos que las trabajan y que lo hacen precisamente por ser afectos a nuestro Movimiento.

Esa reforma agraria ya la esbozó magistralmente José Antonio a grandes rasgos. Explotación sindical de los grandes cultivos de secano, parcelación por unidades familiares de los regadíos, puesta en riego inmediato de aquellos que tienen terminadas las obras hace ya muchos años, determinación de la clase de cultivo de cada zona según las condiciones de explotación, traslado de las masas campesinas desde aquellas tierras sobre las que no es posible vivir, por ser la tierra estéril e inútil estarlas arañando año tras año, a aquellas otras más aptas para la producción; y hay que hacer comprender igualmente a los grandes propietarios que aunque los rendimientos que obtengan de sus fincas sean los suficientes para su vida, son inferiores a los que corresponden con arreglo a la clase de terreno que cultivan, no deben darse por satisfechos y es deber suyo el aumentarlos; pero también hay que hacerles comprender que socialmente no es admisible alegar que se eleva una finca con los perfeccionamientos de la técnica más escrupulosa si ellos sólo sirven para dar beneficios al propietario, pero no a los habitantes del término o términos municipales en que la finca esté enclavada. El

perfeccionamiento técnico de la explotación ha de traer consecuencias beneficiosas para la comunidad, o no es mérito alguno.

En el aspecto técnico hay que estimular el cultivo, como ya hemos hecho en algunos de aquellos productos que son susceptibles de darse en nuestro suelo, y reducirían nuestra importación, que por razones de índole política regional o para evitar desplazamientos de industrias que de ellos necesitan como materia prima, están sometidos a situación precaria y de subordinación.

Hay que dar garantías de continuidad al arrendatario, como estímulo para el mejor cultivo y posibilidad de amortizar las mejoras hechas en la finca, sobre todo las de carácter permanente, y hay que dar facilidades de crédito, no sólo en el interés, sino también -en el plazo que debería coincidir como mínimo con el del ciclo agrícola.

Y hay que procurar que los problemas del campo se traten directamente entre los afectados por ellos y los órganos que hayan de resolverlos, sin intermediarios más o menos interesados, que los envenenan o deforman. Y hay que enseñar al agricultor, al labriego, para que su trabajo dé todo el rendimiento que deba dar, y las tierras todo cuanto deban producir, humanizando la labor campesina con un ordenamiento que la haga menos penosa y más llevadera; hay que repoblar los inmensos calveros de las tierras de España, pero aquellos que realmente son susceptibles de repoblación, pues hay unos que, por falta de lluvias, y otros, por la acción de las aguas, que durante cientos de años han descarnado el suelo de tal forma, que los han convertido para siempre en eriales inaptos para plantar un árbol o que crezca una flor; y esa tarea está hoy ya comenzada, y en Zaragoza, Soria, Valladolid, Burgos y Palencia, varios miles de hombres durante el mes actual, en movilización alegre y de juventud, contribuirán con su esfuerzo a la ingente tarea de rehacer el suelo de la Patria y devolverle la belleza, el amparo, la riqueza de los grandes bosques que el abandono de muchos siglos arrebató.

Ya veis todos, que vea España, que se entere el mundo, cómo nuestro Movimiento, que nuestros enemigos calificaban de reaccionario y al servicio de los grandes intereses y de las grandes plutocracias, se preocupa y defiende a los que trabajan, pero a todos los que trabajan, sin sectarismos ni clasificaciones caprichosas, sin pararse a mirar su condición social, que para nosotros no habrá nunca más clase de españoles que los que con su esfuerzo contribuyen a la grandeza de la Patria y al bienestar de todos, y los que aspiran a vivir de invitados parasitariamente a costa de los demás: para los primeros, todo nuestro respeto; para los segundos, el desprecio y la persecución.

Por todas estas cosas, cuando hace unas horas, en Quintanilla, donde he estado para rendir el tributo de mi respeto a los padres de Onésimo Redondo, visitaba la casita de adobes donde éste naciera, el pequeño huerto que él cultivara a orillas del río Duero, en un paisaje seco y sobrio, sin más árboles que los chopos del regato, rugosos y retorcidos como si el sentimiento les causara dolor; cuando ¡entre el cielo y la tierra absoluta, según frase ya clásica, recorría estos campos sagrados de Castilla en los que la uniformidad del terreno nos infunde una idea de continuidad y unas de infinita constancia y permanencia, comprendía el tirón de la tierra, la llamada telúrica, el amor de aquel hombre hacia el campo y los que le trabajan, ¡su elevación del pueblo a Castilla, de Castilla hasta España, de España hasta el Imperio, y comprendía también que gestamos obligados a no robar ni un minuto, ni una hora, a la tarea, ingente que el Destino ha cargado en nuestros hombros, para que cuando vuelvan las banderas victoriosas podamos decir a los que luchan en las trincheras: mientras vosotros, entre el humo de la pólvora y el estruendo de las balas, habéis defendido y conquistado una Patria grande para todos los españoles, nosotros hemos hecho posible con nuestro esfuerzo que ahora todos tengan el (pan que necesitan y que en España impere la justicia con que soñara José Antonio.

EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DE SUFRIMIENTOS POR LA PATRIA A LA SEÑORA VIUDA DE PRADERA

Discurso pronunciado en San Sebastián el 3 de abril de 1938.

FALANGE Española Tradicionalista, y yo en su nombre, nos honramos sobremanera haciendo entrega de la Medalla de Sufrimientos por la Patria, concedida por el Caudillo a la señora viuda de Víctor Pradera. A la viuda del hombre que, fiel a los principios que inspiraron y guiaron los actos de su vida, puesta siempre al servicio de Dios, de la Tradición y de la Patria, cayó abatido por balas asesinas en las tapias del cementerio de Polloe, con la entereza del héroe y la fe incommovible de los mártires, perdonando cristianamente a sus asesinos y ofreciendo su vida por España.

Al día siguiente cayó también su hijo Javier, con la misma entereza y la misma fe que su padre.

Fué Víctor Pradera católico ferviente, sin fariseísmos, paladín incansable de la Causa de España contra los nacionalismos separatistas, luchador en toda ocasión y en todo momento en las avanzadas más peligrosas del sistema que desde hace un siglo venía combatiendo en España las ideas que, enlazadas más tarde en turbio maridaje con las fuerzas masónicas, judío-capitalistas y del pretencioso socialismo científico, minaron los cimientos de la existencia misma de España, transformando los legítimos afanes de elevación de vida de los trabajadores manuales en sentimientos de odio, rencor y destrucción, hasta desembocar en la tragedia espantosa que hoy todos padecemos y en la que aquella nativa bondad de los hombres, con la que el filósofo ginebrino soñara, ha quebrado definitivamente para dejar paso a la maldad, el crimen y la desolación.

Víctor Pradera quería un Estado fuerte, con una misión permanente, incompatible con el Estado liberal, que no cree en, nada ni en nadie, ni en sí mismo, que permite toda clase de opiniones y rebeldías, para luego tener que intentar cortarlas. aunque no siempre lo consiga. Quería una Ley que no fuese un mero límite de derecho entre los hombres, sino una norma superior dirigida al bien de todos. Quería una Nación, considerada, no en una generación aislada, sino en la serie sucesiva de generaciones pasadas, presentes y futuras. Quería la unidad en el todo y la variedad en los elementos que la integran. Unidad que permite diferencias de lenguas y costumbres, que el mal no está en la lengua o dialecto que se emplee, sino en lo que en él se diga. Quería la supresión de los partidos y la representación pública a través de organismos sociales. Veía en la familia la célula primaria de la sociedad y en los gremios el enemigo del régimen del trabajo incubado por el liberalismo económico.

Pues bien: ese sistema, esa doctrina que Víctor Pradera defendía, amaba y por la que murió, ha vencido a su enemigo secular: al régimen parlamentario, liberal y democrático y a su consecuencia última, el materialismo marxista.

Dios no ha querido que Víctor Pradera, quien remedando a, Donoso, pudo decir: «Yo represento la tradición, por la cual las naciones son lo que son, y si mi voz tiene autoridad es por ser la voz de nuestros padres, de nuestros abuelos, de nuestros antepasados.» Dios no ha querido, repito, que presenciara el triunfo de sus ideales, por los que tanto luchó; pero sí ha querido que su sangre generosa y mártir, que regó esta tierra guipuzcoana que él tanto amara, no haya sido estéril y que su recuerdo perdure siempre entre nosotros, como ejemplo de firmes convicciones, rectitud y patriotismo.

Por esto, señora, yo quisiera que en este acto, además de la parte afectiva, sentimental reconocimiento a sus penas y dolores, rendido y debido homenaje a usted y a la memoria de su marido y de su hijo, mártires de la Patria, se viera también una prueba más de la hermandad entre el pensamiento político de la Tradición que Víctor Pradera representaba, con aquel que, como él mismo demostró en su artículo «¿Bandera que se alza?», no es diferente en sustancia al pensamiento que se cobijó en otra bandera que se acababa de izar en aquellos momentos y por la que han caído juntos en el campo de batalla muchos miles de hombres, lo mejor de la juventud española, que no entiende de politiqueos, intrigas ni rivalidades.

Señora: La Medalla que el Caudillo os otorgó y que Falange os ha entregado por mis manos, es público reconocimiento de la gratitud que España os debe y recordatorio perpetuo para todos los que no hemos tenido la gloria de morir por ella, de la grandeza de alma y reciedumbre de espíritu de aquellos españoles que, como su marido y su hijo, señalaron con su sacrificio heroico el camino que sobre sangre de mártires y laureles de victoria recorren bajo el mando del Caudillo el Ejército y la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

DISCURSO PRONUNCIADO EN MIERES EL 19 DE ABRIL DE 1938

CAMARADAS asturianos: Tan grande ha sido la tragedia que habéis vivido, ¡tan grandes los dolores que habéis experimentado, tan grande la admiración de España entera a vuestros heroísmos y sufrimientos, que no dudó creeréis en la sinceridad de mis palabras cuando os digo qué profunda emoción y religioso respeto me invaden al levantarme a hablar en estas tierras tan cercanas a Oviedo. A Oviedo, la ciudad mil veces mártir, la que supo resistir los ataques frenéticos de las fuerzas marxistas, la clave del dominio soviético en el norte de España, donde paisanos y militares, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, con una, fe y decisión inquebrantables, se clavaron en sus puestos dispuestos a sucumbir antes que entregarla. La ciudad donde cada piedra es un recuerdo, cada rincón un santuario, cada casa un reducto, cada hombre un héroe. Y al levantarme a hablar en estas tierras en las que tanta sangre española se ha vertido, que debían andarse de rodillas, con la frente inclinada en holocausto a los que bajo ella yacen, y que si hace siglos fueron la cuna de nuestra Reconquista, han sido en esta tierra el baluarte que ha hecho posible que esta nacionalidad no desapareciera para siempre. Por eso, desde este lugar y en esta ocasión, yo rindo el homenaje de m0. respeto y admiración al general Aranda y al comandante Caballero, representación y símbolo del heroísmo de los asturianos.

Y he querido fuese en Mieres, en el corazón de la, cuenca minera, principal campamento de la dominación marxista, de las internacionales rojas, de la afirmación del mito de la clase, donde se oyeran voces de la Falange que proclamen, defiendan y exalten el triunfo de la Unidad. Unidad entre las clases, Unidad entre los hombres, Unidad entre las tierras de España.

Porque la Unidad es la idea central de nuestra doctrina, y esta Unidad, que es nuestro punto de: partida y de llegada, ha tenido que luchar con la incultura política, con la incultura económica, con la incultura cerril de los nacionalistas. Ha tenido que luchar con la ferocidad selvática de los unos, con la complicada, decadente y degenerada intriga de. los demás. Ha luchado can todo y contra todo. Contra los partidos los separatismos y la lucha de clases. Y atravesando ríos y escalando montañas, bajo el sol y bajo la lluvia, dejándose jirones de su carne joven y ardiente, la generación actual, destruyendo cuanto desune y desata, va restableciendo el equilibrio y ganando esa unidad montada sobre la, más grande y unificadora de las ideas que existen bajo el cielo y sobre la tierra: la idea de la Patria. Pero la Patria, lo han dicho mil veces los hombres de la Falange Tradicionalista, y, sin embargo, no importa insistir sobre ello, porque es un concepto que conviene martillar en el yunque de las inteligencias con el martillo del mejor razonamiento de nuestra doctrina irreprochable, no es del vasco, ni del castellano, ni del gallego, ni de una clase ni de un partido: es de todos, está sobre todos, y tiene existencia propia y separada de todos. España no es la raza ni es el territorio, ni es la lengua, ni son las costumbres. Es una y es varia, pero sin la unidad del viejo centralismo francés, ni la variedad del autonomismo pedante. Nuestra Unidad no puede. hacerse por abajo, por lo material, sino por arriba, por el espíritu. Nuestra Unidad es más fuerte y más exacta, y nuestra variedad es más respetada; por ser varios, hemos de estar unidos. No fundamos nuestra Unidad, como las antiguas derechas la fundaban, en el temor o en los intereses, ni como las izquierdas, en el odio y en el rencor. La fundamos en un común destino, en una armonía de fines, en una ley de amor y de hermandad. Por eso nuestros hombres han muerto, están muriendo y morirán por redimir precisamente a los mismos que les matan.

Y es además la nuestra Unidad patética y dolorosa. Para lograrla, siempre España unida ha de guerrear. Guerreó España durante ocho siglos para lograr su Unidad de raza y de creencias. Guerreó España para mantener su Unidad imperial contra los bandos disgregadores de comuneros castellanos y germanías valencianas. Guerreó España en toda Europa para mantener su Unidad de cultura. Guerreó España por salvar su independencia y tradición. Guerreó España para llegar a su Unidad política, económica y social, y para llegar, sobre todo, a salvar la Unidad espiritual de todos los españoles, mil veces más preciosa que todas las uniones maternas dentro de un Movimiento como el nuestro, en el que un alto sentido clásico y tradicional se alía con otro moderno y militar. Bien es verdad que un pensador ha dicho, y José Antonio repitió en carta memorable, que., en definitiva, siempre fué un pelotón de soldados quien salvó la Unidad de la Nación.

Realizamos, pues, la Unidad entre las tierras de España mediante el triunfo del Ejército, como realizamos la Unidad política mediante la Unificación de los partidos en uno solo y nacional, y realizamos la Unidad económica mediante el Fuero del Trabajo. Pero esas unidades han tenido que luchar con dos fortísimos obstáculos, ambos producto del liberalismo. Uno político, que desemboca en los partidos, y otro económico, que desemboca en el Sindicato. El Estado liberal, que no se considera investido de ninguna misión ni de ideal alguno, que no tiene más voluntad que la voluntad cambiante de las masas volubles e impresionables que la

expresan a través del sufragio, precisa de los partidos políticos como exponente de opinión. Todo cuanto en un país desune, disgrega, desata y divorcia, referencias ideológicas, materiales o de cualquier clase, en los partidos políticos tienen cabida cuando no son base de otros nuevos. Son, pues, los partidos políticos el mejor caldo para el cultivo del microbio de la desunión, de la intriga y del egoísmo.

El Estado moderno, en cambio, el Estado de nuestro siglo, caracterizado por tener un ideal que justifica su existencia y dirigir al pueblo a su realización, dispone de un instrumento político nuevo: el Partido único. Y así como la pluralidad de partidos es fermento disgregador, el único, en (todos los países en que se ha implantado, es el mejor aglutinante de todo cuanto afecta a la vida de las naciones. Y esto es así principalmente porque el Partido único, en realidad, es una orden militar, un ejército. Es fe ciega, es disciplina, es no tener otra preocupación que el bien de la Nación, es no aspirar a más recompensa que servir a la Patria, y a diferencia de lo que sucedía con los partidos liberales del antiguo régimen, que siendo los verdaderos directores de la política del país, los que decidían su destino, no aparecían recogidos en las constituciones ni en texto legal alguno, ni estaban sometidos a ningún estatuto jurídico, el Partido único constituye una institución jurídica fundamental en el régimen del Estado. Lo que sucede es que unas veces está sobre él, como sucede en Rusia; otras, al nivel del Estado, como en Alemania, y otras, subordinado al Estado, como en Italia. Pero siempre es el partido la savia del Estado; su sistema nervioso, el que mantiene encendida la llama de la Revolución nacional permanente; que no es dictadura de clase, como en el bolcheviquismo, sino el afán nunca satisfecho de alcanzar nuevas metas, de llegar a cimas más altas, de lograr objetivos más lejanos. Pero el Partido único sólo tiene de partido el nombre, que se conserva por su valor simbólico o por inercia gramatical; pero, en realidad, es un Movimiento nacional, representa a la Nación en su unidad, implica la idea de continuidad en el Estado, y como organismo de él, ha de participar de su naturaleza unitaria. La F. E. T. es ese Partido único, es el Movimiento nacional con todas las características que hemos explicado, expresión de la Unidad política de España, reunión de las dos fuerzas que la están salvando, y obra de un hombre, jefe único, indiscutible e indiscutido, encarnación personal del espíritu del Movimiento, símbolo del mismo, representación del pueblo español; de un hombre que, sin adulaciones ni halagos, sobria y virilmente, no a través de los vetos de una elección mecánica y fría, sino a través del plebiscito diario, cálido y sangriento, patético y popular de una guerra terrible, ha ganado la fe de la mejor juventud española, de la que con uniforme militar, boina roja o camisa azul, ha visto en él el Caudillo capaz de rehacer la Patria deshecha y de llevarla con mano firme y serena al puerto de su destino histórico. Y esa Unidad política, cuyo aniversario conmemoramos hoy, no se podrá romper aunque existan insensatos que quieran que se rompa, aunque se empleen toda clase de armas para conseguirlo, aunque unos para desacreditarla nos tachan de extremistas, y otros, en cambio, de demasiado blandos y traidores a la pureza de nuestras doctrinas. Ojo, camaradas, no hagáis el juego a los que quieren separarnos, que esas son argucias del más vieja estilo, ataques de aquellos para quienes somos un obstáculo, de los que saben que con nosotros no podrá en España retoñar la planta exótica del marxismo ni las plantas agostadas para siempre de los nacionalismos mercantilizados, de la picaresca política, de las oligarquías financieras, de los privilegios injustos. Por eso, camaradas, debéis extremaros en el cumplimiento de vuestros deberes, ser cada día más exigentes con vosotros mismos, manteneros en el exacto fiel de la balanza, pues si cuando no hay motivos para el ataque el enemigo los inventa, excuso deciros qué sucedería si les dais el menor pretexto para fundamentarlos. Y a los que solamente nos atacan les digo también que sepan para siempre que los hombres que hoy encarnan la Falange podrán caer y ser sustituidos por otros, que eso es lo de menos; pero que sus principios, sus ideas, su espíritu y doctrina, lo que ella representa, ésas no caerán, porque están asentadas en la mente y en el corazón del Caudillo y en toda una generación, puesta en pie de guerra que le sigue y le acompaña.

La Unidad política se ha hecho, pues, mediante la fusión de Falange Española y la Comunión Tradicionalista; la Unidad económica y social se ha iniciado con la promulgación del Fuero del Trabajo, y se realizará plenamente con su implantación total mediante una serie de leyes complementarias. Y así como el Partido único ha servido para la unión de nuevas fuerzas políticas de la nación, así ¡el Sindicato vertical, creación original de la Falange y piedra angular del Fuero, servirá también para reducir a Unidad las fuerzas económicas y productoras. ¿Qué es el Sindicato vertical, del que tanto se ha hablado y escrito? Pero permitidme un poco de antecedente. El proletariado, y con él la lucha de clases, surge cuando los empresarios cesan de trabajar en común con los obreros, como sucedía en el sistema gremial. Surge cuando nace la fábrica, cuando se implanta un sistema de producción caracterizado por el empleo de grandes capitales, concentración de gran número de obreros y no precisarse conocimientos especiales en el que aporta el capital. Y como los antiguos maestros del régimen gremial no tenían los necesarios para montar la fábrica, y como había desaparecido la posibilidad de obligar a los hombres a trabajar mediante el aliciente de llegar a ser maestros del Gremio si cumplían los deberes que el mismo les imponía, y como al absorber la producción fabril la del pequeño artesano y encontrarse éste en que, al no poder vender como antes vendía sus productos, no le quedaba por vender otra cosa más que su trabajo, resultó que, de un lado, se agruparon los que no tenían

nada, y de otro, los que lo tenían todo. De un lado, los obreros, y del otro, los empresarios. Surgió el salariado y la sociedad se dividió en proletarios y capitalistas. La lucha de clases se había empezado, y poco después, los obreros, por instinto de conservación, para oponer el poder de su masa al del capital, se unen en sindicatos. Pero el sindicalismo ha pasado por tres fases bien destacadas: en la primera representa en medio de defensa contra la implantación del maquinismo, que arruinaba el trabajo del artesano. Posteriormente, convencidos los obreros de que el triunfo de la máquina era inevitable, trabajaron por extender a ellos el beneficio que proporcionaba. Últimamente, el sindicalismo pretende asumir el mando de la producción y derribar al Estado. Pero el sindicalismo clasista es completamente distinto que el Sindicato vertical. Aquél es un instrumento de lucha y éste es un instrumento de colaboración. Toda la mentalidad marxista de la lucha de clases está montada sobre dos pilares: el Sindicato paralelo y el Contrato colectivo de trabajo. El Nacional-sindicalismo ha construido su doctrina sindical prescindiendo de esos dos factores, superando esa mentalidad, pero superando también la mentalidad capitalista. Nosotros no queremos ni matar la iniciativa privada ni rechazar la intervención estatal, pero no queremos tampoco dejar a las dos en plena libertad con todos sus excesos. Armonizar ambas es el verdadero problema que plantea la nueva economía; porque es ilógico el sistema ecléctico de conciliar ambos términos en el socialismo de Estado. La solución ha de hallarse en una síntesis superior como es el Sindicato de nuestra doctrina y nuestro Fuero. Y ese sindicato ni es el sindicato mixto- ni es tampoco exactamente la Corporación, aunque lo parezca. En el sindicato mixto es cierto que están juntos obreros, patronos y técnicos, pero están sin determinar si son de la misma empresa, de la misma categoría -económica o de un mismo ciclo productivo. El Sindicato vertical, además de su carácter jerárquico y de unidad de dirección, se caracteriza porque en él la fusión de patronos, obreros y técnicos se realiza con arreglo al criterio económico del ciclo productivo, ciclo que estará delimitado y dividido en grados, según las exigencias de la realidad económica.

Pero el Sindicato vertical tampoco es una copia de la Corporación. En aquellos países en que los gobernantes se han encontrado al subir al poder, como en Italia ha sucedido, con un sindicalismo clasista que no podían desmontar, se han visto precisados, como mal menor, a convertirlo en sindicalismo de Estado y a crear después órganos supersindicales de enlace primeramente y de autodisciplina en defensa del interés totalitario de la producción más tarde. Y esos órganos son las corporaciones. La Corporación, pues, tenía el pie forzado de los sindicatos de clase. El Sindicato vertical, en cambio, es punto de partida y de llegada. No supone la existencia previa de otros sindicatos. No tiene interferencias de capas horizontales. No son órganos del Estado, sino instrumentos al servicio de su política económica y utilitaria. Lógica consecuencia de la desaparición en el Fuero del Trabajo de los sindicatos de obreros y patronos es la supresión de los contratos colectivos de trabajo, otro residuo de la lucha de clases, y -en las que éstas, agrupadas en dos grandes ejércitos, ponían en batalla sus mejores armas hasta llegar al armisticio del acuerdo colectivo, para volver de nuevo al poco tiempo a la lucha y al combate. Hoy el Estado fijará las bases conforme a las cuales se establecerán las relaciones entre las empresas y los trabajadores. Pero esas relaciones han cambiado también de fisonomía. Ya no será el contrato en el que el obrero vende su trabajo como quien vende un mueble. Su trabajo, que por ser algo íntimo y personal, al venderse es como si en parte ~se vendiera a sí mismo su propia libertad. En esas relaciones habrá indudablemente un precio y una prestación de trabajo, pero en ellas predominarán sobre el contenido económico el contenido personal de lealtad recíproca, de ayuda, de cooperación a la obra de la producción, a la realización de la unidad de destino en lo económico y a la realización del pensamiento de José Antonio, cuando dijo que un día llegará en que no se conserve la relación bilateral del trabajo.

Otra de las características del Fuero del Trabajo es, como en el preámbulo se dice, su reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista. El sistema capitalista sobre el cual se encuentra montada casi la totalidad de la economía del mundo ha adquirido tales proporciones, que sus indisputables ventajas han quedado desvirtuadas de forma que se impone una modificación a fondo del mismo para que siga siendo útil. Porque hay que tener en cuenta que si los excesos y abusos del sistema han sido una de las causas de la lucha y perturbación social, esto no quiere decir que carezca de elementos altamente utilizables si se reduce a sus naturales consecuencias y se encuadran en una organización más justa y más perfecta. El capitalismo, que se caracteriza por buscar exclusivamente la ganancia por la ganancia, por aplicar grandes masas de dinero a la producción y por haber deshumanizado ésta, nace a la vida pública a principios del siglo XIX, adquiriendo bien pronto energía suficiente para hacer sentir su influencia en múltiples manifestaciones de la actividad humana; pero llega un momento en que ante el desarrollo de los negocios el capital privado resulta insuficiente, y ante esa insuficiencia acude al capital público, surgiendo así la sociedad anónima, con la cual se siembra la semilla del agio y de la especulación. Pero como la fiebre capitalista continúa creciendo, la sociedad anónima también resulta insuficiente, y es preciso acudir a otras formas de concentración más fuertes y complicadas que. en los últimos años adquirieron caracteres de pesadilla, convirtiéndose en algo

monstruoso y alucinador. Y no fué esto lo peor, sino que esas organizaciones capitalistas estaban dirigidas por escaso número de personas, quedando en manos de unos cuantos especuladores la vida económica del mundo, con las consecuencias políticas y sociales que tal monstruosidad había de producir. Resulta, además, que si en un principio el Estado permanece neutral en las luchas económicas y la libre concurrencia se considera como fuente de todo bienestar, a medida que se van formando esas concentraciones financieras las características liberales se pierden y se borran por completo; la libre concurrencia desaparece ante el egoísmo de algunos financieros, que con un criterio particularista, han estimado preferible a la lucha entre sí, llegar a un acuerdo para repartirse los mercados, señalar un límite de precios y producción, reducir ésta convencionalmente, causando un alza artificial de aquéllos, remunerando con exceso al capital, aunque sea a costa de una pérdida de salario, de la carestía de la vida y de la disminución del poder de compra. De cuanto queda expuesto resulta claramente que es preciso buscar un sistema que sustituya con ventaja el hasta hoy seguido; sistema que no puede ser el comunista, no ya por carecer de todo rasgo en el orden espiritual, sino porque niega toda iniciativa y estímulo privado, sustituyendo el poder omnímodo de unos cuantos privilegiados por el no menos absoluto del Estado, y porque en lugar de someter aquella iniciativa a una disciplina y a un control, considera más práctico suprimirla por completo, sin tener en cuenta la ventaja de su existencia en el orden económico. Este sistema es el del sindicalismo vertical, donde, en síntesis admirable y superior, se comprenden todos los elementos de la producción, hasta ahora en discrepancia. En el sindicalismo vertical, el capital, que no se armoniza con el trabajo, como algunos pretenden, porque no cabe armonizar dos cosas de naturaleza diferente: el capital, que es materia, y el trabajo, que es sustancia humana, se les coloca en el sitio que en justicia les corresponde, deja de ser el sujeto de la economía. El sujeto es la Nación, y ésta utiliza a los distintos elementos que precisa, entre los cuales se encuentra el capital. En el sindicalismo vertical se admite la iniciativa privada y la propiedad, y aun se asume la tarea de multiplicarla, sobre todo en aquellas formas que están virtualmente ligadas al hombre como la heredad de la tierra, el hogar familiar, los instrumentos del trabajo cotidiano; pero también somete la propiedad al interés supremo de la Nación. En el sindicalismo vertical se combaten las ganancias excesivas, las crecientes desigualdades de fortuna, el enriquecimiento injusto y la ganancia fácil. En una palabra: se combate el capitalismo donde para triunfar no se precisan cualidades intelectuales socialmente inútiles ni capacidad técnica e industrial, sino audacia, decisión y desparpajo; pero, en cambio, se respeta el capital productivo, concreto, tangible, trabajador, honesta y humanamente utilizado, al que tanto debe la civilización moderna.

El sindicalismo vertical, a todas estas cualidades de orden material, añade otras no menos importantes de orden psicológico, pues mediante él se hace comprender a empresarios y obreros la sencilla y a la par ignorada verdad de que son parte integrante de la Nación, no algo que existe al margen de ella y en pugna constante con la misma; viviendo las primeras sin más afanes que ocasionar conflictos y comprendiendo las segundas que los beneficios obtenidos por los obreros no son concesiones que graciosamente otorguen, y que, por tanto, pueden graduar a su capricho, sino que es el Estado quien ha de señalarlos en los términos en que permitan el interés de la Nación de acuerdo con la justicia social.

Y en el sindicalismo vertical, por ser también nacional, se niega la afirmación marxista de que la Patria es preocupación burguesa, de que el obrero no tiene ninguna. Se niega con toda fuerza y con toda energía, y ahí está la mejor demostración de nuestra guerra, en la que al lado de las llamadas clases elevadas los trabajadores del brazo y del cerebro han sentido en lo más íntimo de su ser la llamada de España y han acudido a ella con energía y decisión para rehacer la Unidad entera entre todos los españoles. que la concepción materialista y fragmentaria del mundo y de la vida quería arrebatarnos. Pero ahora bien, camaradas: esas unidades políticas y económicas de que antes os he hablado necesitan de una base territorial en que asentarse: de otra Unidad no menos importante. La Unidad ¡de las tierras de España. Y esta Unidad la están haciendo a golpes de guerra dolorosa, victoriosa y triunfante, por aire, mar y tierra, los Ejércitos de Franco, que desde el otro lado del Estrecho, donde iniciaron su gesta, han llegado para rematarla a las orillas del Mediterráneo, de ese mar cuyas aguas, hasta ahora enrojecidas por la influencia rusa, han vuelto a ser latinas y azules como el color del cielo levantino y el de esta camisa azul, a la que tanto amamos.

Por todas estas cosas, a vosotros, camaradas asturianos, y sobre todo a vosotros, obreros que me escucháis, yo os repito, para terminar, unas palabras más escritas o pronunciadas en alguna parte: F. E. T., en contra de lo que os han dicho, no ha venido a matar vuestros afanes de emancipación ni vuestras reivindicaciones humanas. Los que tal os decían eran los que no querían que llegásemos a entendernos, porque sabían perfectamente que si llegábamos a entendernos, a ellos nada les quedaba por hacer. Eran los que os empujaban a la revuelta y a la anarquía, porque esperaban salir beneficiados de ella' a costa de vuestra desesperación y vuestra muerte. ¿Por qué os va a odiar, si la mayoría de sus hombres han salido del campo, ¡del taller y de la oficina? Lo que pasa es que no han venido a engañaros ni a halagaros; han venido a deciros la verdad, a defenderos en lo que sea justo y a imponeros lo que sea justo también, aunque os desagrade; a

deciros que si tenéis derechos que exigir, también deberes que realizar; no nos miréis con recelo ni esperéis que por arte de magia vayamos a sanar vuestros males; no somos malvados ni somos itaumatúrgos; somos, sencillamente, hombres que aspiramos a ser justos. A esto aspira la Falange; hazla caso, proletario, en lo que te dice, que te habla con toda lealtad; vosotros tenéis una tarea en la vida como yo tengo otra. Mañana la podemos cambiar; es lo mismo. Lo importante es que. vosotros y yo, ahora, luego y siempre, cumplamos la que nos corresponda con idea de servicios y nos sintamos en una tarea común.

La Falange Tradicionalista habla claro, con un lenguaje nuevo, pues pide más que ofrece; pero por eso te respondo de su sinceridad y de su rectitud política, de sus afanes por redimiros a vosotros, proletarios, y de sus deseos de incorporaros a la vida nacional, dándoos en ella el rango que. os corresponde y metiéndonos en el alma el amor a España; hazle tú, en cambio, justicia como ella quiere hacértela a ti; págala con la moneda que ella te paga, moneda de camaradería y humana solidaridad, y piensa que si así lo haces habremos adelantado mucho para que España.. sea realmente UNA, GRANDE y LIBRE.

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE SERVICIOS TECNICOS

Discurso pronunciado en Bilbao el 1 de mayo de 1938.

CAMARADAS de los Servicios Técnicos de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.:

Realmente me encuentro perplejo ante vosotros y en situación altamente comprometida. De una parte, estoy orgulloso de vuestra invitación y de poder presida esta sesión de clausura de las reuniones que aquí habéis celebrado, demostración pública de la capacidad técnica de la Falange y de que en ella hay hombres capacitados para abordar los diversos problemas que exigen las necesidades de la vida nacional, y muy especialmente, todos aquellos problemas que se han ¡de presentar en España después de que haya terminado la guerra. Pero, de otra parte, me doy cuenta de que vuestra preparación y la altura científica de los temas que aquí se han abordado exigirían de mí que os hablara con un lenguaje preciso, riguroso, en armonía con esa altura y con esa preparación, si hemos de rendir el tributo a la seriedad, a la honestidad y a la rectitud de conducta que han de observar en todos sus actos los hombres de la Falange.

Por eso, en realidad, yo no debía hablar en este acto, donde lo han hecho tantas voces autorizadas. Mi intervención nada nuevo os va a aportar, ninguna solución de! tipo técnico os voy a señalar, ningún nuevo horizonte os voy a descubrir, y, sin embargo, hablo, y lo hago por varias razones: primera, para demostrar públicamente a la Delegación Nacional de los Servicios Técnicos de la Falange y a cuantos han tomado parte en sus sesiones, mi satisfacción por la labor que han realizado-en prestigio del Partido y en provecho de España; segunda, por ser Bilbao la ciudad elegida para la celebración de este acto, ciudad que no había visitado desde mi incorporación a la España liberada, y tercera, porque creo obligado y siempre interesante el fijar las posiciones del Partido ante los diversos problemas que los técnicos han de resolver. Porque creo la técnica subordinada a la política es por lo que la política tiene que estudiar la filosofía de los problemas nacionales, acudiendo después a los técnicos y al tecnicismo para que éste le dé las soluciones concretas; pero soluciones concretas de acuerdo siempre con la manera que la política tenga de concebir y enfocar esos problemas. Claro es que esto es verdad cuando la política no se considera como sinónimo de intrigas ni de medro personal, cuando la política se entiende, como nosotros la entendemos, como la más alta función de que puede estar investido un hombre: la de gobernar un pueblo y la de marcarle los rumbos que ha de seguir para que pueda realizar su destino en la vida.

El tecnicismo industrial más depurado, el que se considera más favorable para los trabajadores, se funda, como vosotros sabéis perfectamente, en una racionalización del trabajo, en un análisis minucioso de este mismo trabajo, descomponiéndolo en una serie de movimientos mecánicos, con lo cual se aspira a que se pueda realizar el mayor número de estos movimientos en -el mínimo de tiempo. Con esto, indudablemente, habrá ganado mucho la técnica y, si queréis, también el progreso; pero, con esto, lo que sucede, sencillamente, es que no hacemos más que mecanizar la vida, no hacemos más que convertir al hombre en una verdadera pieza de relojería, en pasiva máquina que lo convierte en algo odioso, frío, antihumano, repugnante. Por eso, con toda la crudeza de nuestro estilo, con toda la sinceridad que nos caracteriza, os digo a vosotros, técnicos españoles, que hay que humanizar la vida, hay que espiritualizarla, hay que hacerla menos mecánica, hay que darle más sustancia y contenido humano y hay que reconocer la primacía de la Ética sobre la materia.

Porque el hombre moderno está constantemente influido, está constantemente intervenido en todo el desarrollo de su personalidad por una técnica demasiado exigente y, sobre todo, demasiado independiente,, que ha creído que es el centro de la vida moderna; por eso tengo la seguridad de que vosotros, técnicos españoles, que por pertenecer a la Falange no podéis aferraros a un espíritu de clase ni podéis tampoco tener una concepción parcial de la vida, a vosotros-os repito-, técnicos de la Falange, tengo la seguridad que tanto o más que ese «taylorismo» de la producción en serie, implantado en sus fábricas por Ford, os ha de apasionar una estrofa de Garcilaso o un párrafo vibrante de gloria.

Pero no creáis, por esto que os he dicho, que yo desconozco el inmenso valor de vuestro esfuerzo, ni desconozco tampoco el lugar que la técnica tiene en los Estados modernos. Nada de eso. Los Estados de tipo liberal, caracterizados por una neutralidad vacilante, por un peso tortuoso, por una política que consiste en dejar hacer a todos lo que quieran, en seguir el rumbo de los acontecimientos, se distinguen, en cambio, del Estado nuevo, en que éste tiene un concepto y un ideal claro y determinado, alrededor del cual se polariza todo un pueblo y hace que ese pueblo siga con paso firme y seguro por un camino determinado. El Estado moderno, el Estado que se ha dado en llamar autoritario, que sabe a dónde va y sabe lo que quiere ha deslindado perfectamente los campos y coloca de un lado a los que están con él, y en otro lado, a los que

están enfrente, y este Estado se caracteriza también por un robustecimiento de su unidad interior, por adoptar posturas y posiciones de cohesión, de unidad, de solidaridad nacional, impuestas cuando surgen o cuando se recrudecen los males que ponen en peligro la existencia de la Patria. Pues bien; en estos Estados, cuando existen técnicos, una técnica depurada, una organización técnica, requiere un lugar preeminente, reclama su primacía, y entonces, el individualismo anárquico liberal queda relegado a un segundo término. Pero aun hay más: sucede también que, mientras todo el centro de la vida económica de los pueblos descansaba en una agricultura primitiva, poco mecanizada, era posible realizar revoluciones que trajesen Estados de tipo individual y liberalista, porque el paso de la situación antigua a la situación moderna no presentaba grandes quebrantos, ni exigía tampoco graves complicaciones de técnica. Pero, en cambio, cuando el centro de la vida económica de los pueblos es la industria o el comercio, como hoy día sucede, nace, para hacer esas revoluciones y constituir esos nuevos Estados, una técnica depurada, una organización perfecta, si se quiere evitar que ocurran verdaderas hecatombes, de las cuales los pueblos tardan mucho 'tiempo en reponerse, y si se quiere pretender que pueda ser posible el realizar de una manera perfecta una exacta justicia social.

Ya veis, pues, cómo en los Estados modernos la técnica, la organización técnica, tiene un lugar preferente y tiene una tarea perfectamente delimitada, pero la tiene siempre que esté subordinada a la política, y no la tiene subordinada a la política, porque no queremos rebajar la técnica, sino que, precisamente, queremos elevar la política al plano de una conciencia histórica y moral, y porque si la técnica no estuviese subordinada a la política, resultaría entonces que no podría realizar el Estado toda su función, todo su espíritu moral, jurídico y político, porque en un Estado dirigido a un solo y exclusivo fin, aquella técnica quedaría reducida a ser una pura empresa económica.

Pero no solamente la técnica ha de quedar subordinada a la política: también la economía. Porque si no sucede así, una de dos: o dejamos que la economía campee por sus respetos, conforme a esos principios clásicos y tradicionales de que nadie mejor que uno mismo sabe lo que le conviene, o hacemos puro marxismo, identificando lo social con lo económico y viendo todo en los fenómenos de la vida como puro reflejo de la producción. Por eso, porque entendemos que la economía ha de quedar subordinada también a la política, es por lo que nuestro Estado, como se dice en el Fuero del Trabajo, acude al plano de lo social para poner la riqueza al servicio del pueblo español, porque negar esto no basta, ni hacer declaraciones más o menos enfáticas ni declaraciones de tipo programático, sino que es preciso, no que el Estado se haga empresario, pero sí que, sin matar las iniciativas individuales, asuma la dirección de la economía. Y el instrumento adecuado para asumir esa dirección son los Sindicatos verticales.

En esitos Sindicatos verticales, sobre los cuales yo no voy a hablar, porque ayer lo hizo con toda la autoridad que le da su competencia y su responsabilidad, por el cargo que ocupa, el ministro de Organización y Acción Sindical, camarada González Bueno, esos Sindicatos de los que yo tan sólo quiero decir que son representaciones de los distintos elementos que integran la producción, que, como ya expliqué en Mieres el día de la fiesta de la Unificación, no son los Sindicatos impuestos ni la, Corporaciones; esos Sindicatos en los cuales se habrá de aplicar, en los cuales se habrán de estudiar todos los fenómenos agrícola.³ o industriales que plantea la vida económica para que luego sean resueltos por los respectivos departamentos ministeriales por ellos afectados; esos Sindicatos estarán sometidos a las normas de organización que el ministro de Acción Sindical tenga a bien dictarles; esos Sindicatos han de recibir la inspiración del Partido. han de estar en íntimo contacto con el Partido, porque, si :i) fuese así, entonces corren el riesgo de burocratizarse e incluso de apartarse de la función específica para que fueron creados.

Y esto es así, porque hasta tanto que la educación de las masas se haya verificado conforme a los principios que informan al nuevo Estado, hasta tanto que no haya desaparecido la mentalidad antigua de esas masas proletarias, esos Sindicatos, engendro y creación del Partido, han de quedar sometidos a su vigilancia, porque si no quedan sometidos a su vigilancia, esos sindicatos pueden desaparecer; porque la primera condición para que exista un sindicalismo vertical exacto y auténtico, conforme a nuestra doctrina y a nuestro programa, la primera condición -repito-es que exista un Partido fuerte, poderoso y unido, que los tenga sometidos a su tutela.

Estos Sindicatos, como se reconoce en el mismo Fuero del Trabajo, son instrumentos que el Estado tiene para la realización de su política económica; pero no son órganos del Estado; tienen una existencia separada del Estado, porque si fueran órganos del Estado serían el Estado mismo, y entonces resultaría que no habría tal Estado nuevo, porque no podrían realizar su misión política y moral, porque no se habría realizado aquel pensamiento de José Antonio reclamando la primacía de lo espiritual, y porque el Estado sería exclusivamente 'un Estado económico, es decir, un Estadó en el que la valoración y reconocimiento de los derechos de los individuos estaría determinado exclusivamente por criterios de utilidad económica. Cuando nosotros decimos el Estado nacionalsindicalista nos referimos tan sólo a uno de los aspectos del Estado, al aspecto económico;

queremos decir que el Estado, para disciplinar la economía, emplee el instrumento de los Sindicatos; pero no queremos decir que el Estado esté montado sólo y exclusivamente sobre los Sindicatos ni; que en los Sindicatos resida la soberanía estatal, porque, hasta, ahora, afortunadamente, a nadie se le ha ocurrido decir que el declarar la guerra, el firmar la paz o el hacer un concordato con la Santa Sede sea una función de los Sindicatos.

Y porque queremos llevar y oponer la riqueza al servicio del pueblo español es también por lo que no podemos admitir una economía independiente, que exista por sí misma, sin hallarse subordinada a leyes políticas ni sociales; porque no podemos admitir tampoco que se hable del bienestar económico de un país cuando en este país existen muchos cientos de hombres que injustamente están privados de disfrutar de ese bienestar. ¿Qué nos importa el aumento de la riqueza de un pueblo cuando ese aumento de riqueza no sirve para mejorar las condiciones de vida de ese mismo pueblo? Y conste de una vez para siempre, quede esto bien claro, que cuando decimos pueblo no nos referimos a una clase determinada: nos referimos a todos los elementos que integran la Nación.

¿Pero cuál es nuestra política? Nuestra política no puede ser el volver a un pasado, unas veces estúpido y otras veces criminal, que nos ha traído este doloroso presente que vivimos, ni, puede ser tampoco el lanzarnos ciegamente hacia un futuro sin saber a dónde vamos ni lo que queremos. Falange tiene un Caudillo y tiene un programa, con los que tiene también la suficiente inteligencia para ir realizando ese programa conforme a las posibilidades de la vida real, siempre, y claro es, que con el ritmo y el paso seguro propios de la juventud. Ni aceptamos débilmente todas las sugerencias, ni rechazamos tampoco por extremas cuantas se nos hacen. Más que un programa somos una manera de ser y de entender la vida. Y a esa manera de ser y de entender la vida hemos de acudir para encontrar soluciones a cada uno de los casos concretos que se nos plantean. Somos intransigentes sólo cuando se trata de lo fundamental, de lo que nos caracteriza, de lo que nos - distingue de los demás, porque si no fuésemos intransigentes seríamos traidores con nosotros mismos y traidores con los que luchan en el frente precisamente para que se impongan todos esos principios y todas esas consignas que nosotros les hemos dado.

Aunque no quisiéramos-¡vaya si queremos!-, el Nacionalindicalismo será un hecho en España, porque lo exige y reclama nuestra postura, lo exige nuestro convencimiento, lo manda el Caudillo y nos lo exige también el recuerdo constante y acuciador de nuestro José Antonio. Y esa política nuestra, que en lo económico ya nos explicó ayer, con palabra elocuente y argumentos precisos, el camarada González Bueno, y a la cual yo también ligeramente he tocado, reclama en lo social, como necesidad primera, la superación de la lucha de clases, y para ello es cierto que hay que empezar por cambiar la mentalidad de las masas proletarias, pero también es cierto que hay que cambiar la mentalidad de las masas que no lo son, y para lograrlo, lo primero que tenemos que hacer es inculcar a todos la idea de que, por encima de sus diferencias económicas, sociales e intelectuales, que por encima de sus ¡diferencias de origen burgués, aristocrático o proletario, está su condición de vivir todos en el mismo suelo, de pertenecer a la misma Patria, de tener un común destino, de ser, al fin, españoles, que, como dijo José Antonio, es una de las pocas cosas serias que se puede ser en la vidas.

Y esto que os he dicho no es una figura retórica más o menos elocuente: es una verdad que todo el mundo ha comprobado, porque esta, guerra ha servido para demostrar que en esta tierra bendita de España nacen caudillos geniales como Franco; pero nacen también los soldados más valientes y admirables del mundo con los que jamás ningún Ejército pudo soñar.

Pero vivamos de realidades; no vayamos a creer que, para transformar la mentalidad de las masas y suprimir la lucha de clases basta someter a esas masas a una educación política; no basta eso, como no basta tampoco el domesticarlas y el someterlas a un régimen de autoridad ni de disciplina, ni basta desmontar sus organizaciones, ni basta privarles de sus instrumentos de lucha, ya se llamen contratos colectivos, huelgas o sindicatos; no basta hablarles constantemente de deberes y de obligaciones, de amor y de hermandad, sino que es preciso que ese pan y esa justicia que tanto predicamos, cuanto antes se conviertan en una realidad verdadera.

Nuestra política ha de ser justa, enérgica e inflexible con todos y para todos; sobria, sin hacer concesiones demagógicas para nadie ni buscar halago ni la lisonja fácil; nuestra línea es lo exacto y lo difícil, y porque lo sabíamos desde el primer momento de nuestra lucha, poniendo en riesgo cuanto teníamos, la seguimos con fe y sabremos seguirla también con fe hasta el final. Gobernar un pueblo no consiste en ser amable, y estamos decididos a ser desagradables si es ¡preciso, que siempre es mucho más antipático imponer el cumplimiento de deberes que no el consentir que éstos se infrinjan. Sepan, pues, todos los españoles, que están

equivocados los que crean que la guerra se ha hecho exclusivamente para unos cuantos grupos; están equivocados los que crean que, terminada la guerra, es que no ha pasado nada, y podrán, nuevamente, volver a sus tertulias, chismes, intrigas y a sus frivolidades.

En España luchan dos místicas y dos revoluciones:

La revolución roja: marxista y destructora; la nuestra: constructiva, cristiana y nacional, pero revolución también.

El tratar, pues, de esquivarla o de escamotearla es un error gravísimo, y a la larga o a la corta nos traería hecatombes mayores que la que estamos padeciendo. Por fortuna, ni Franco ni los hombres que le acompañan, ni la Falange, están dispuestos a consentirlo, como no están tampoco dispuestos a consentir que vuelva la política anterior, vacilante, ni la política del salvajismo.

Sepan, pues, todos los españoles, que en España, durante mucho tiempo, habrá que trabajar mucho y holgar poco; que se acabó la vida cómoda y fácil del burgués; que el que no quiera seguirnos será arrollado por el oleaje, y sepan también que el triunfo de las armas de Franco en los campos de batalla no representa la salvaguardia de las vidas, de las haciendas, de las comodidades de unos cientos o de unos miles de españoles, sino que representa nada menos que la salvación de nuestra, civilización cristiana, de nuestro pasado glorioso y tradicional, y la posibilidad de que en España se haga una transformación social que tanto necesita, y que si se hubiese hecho antes y a tiempo, quizá se hubieran evitado muchos de los males que estamos pasando. El pretender ahora otra cosa, bien directamente o bien con procedimientos sinuosos o de rodeos, bien con ataques o protestas, que no son otra cosa que la manera de encubrir los verdaderos designios, es un crimen de lesa Patria, porque las consecuencias de esos actos recaerían no sólo sobre los que los cometan, sino que recaerían sobre toda la Nación.

Por eso, que quede bien claro que se gana la guerra para hacer la revolución nacionalsindicalista.

Y ante esta necesidad, y ante esta decisión, no cabe adoptar actitudes de indiferencia, de ironía n. de indignación, y que como es una tarea que no se puede hacer en un abrir y cerrar de ojos, sino que requiere mucho tiempo y el esfuerzo de todos los españoles, todos, por las buenas o por las malas, tendrán que ceder.

Camarada Escario: En tu discurso has hecho alusión a aquellos días trágicos de las persecuciones y de los peligros, aquellos días que, por fortuna, han pasado para muchos, y que, por desgracia, continúan aún para otros muchos camaradas; aquellos días en los que José Antonio y unos cuantos escribíamos «No Importa», ese periódico chiquito de tamaño, pero que encerraba todo el ímpetu de la Falange, todo ese ímpetu que se conserva aún vivo y poderoso para una cosa distinta de la de antes, pero que hoy se emplea en impedir que retorne el pasado y en construir un orden nuevo con todos los adelantos de su técnica, pero en donde vibre el verdadero espíritu del Movimiento: un orden en el que se armonice la libertad del hombre con el interés supremo de la nación, ¡en el que el hombre ni quede abandonado a sus propias fuerzas ni a la ley injusta y del más fuerte, ni quede tampoco diluído entre la masa como un número; un orden construido sobre bases tradicionales con arreglo a los planos más modernos y con arreglo a los materiales más modernos también.

Un orden en el cual nos sintamos amparados por un Estado que impone la justicia, que es el realizador de una misión histórica en la que España está asentada sobre el trinomio de la Unidad, la Grandeza y la Libertad. De la Unidad de todas las tierras bajo el signo de Franco, de todas las clases fundidas en una comunidad nacional, de los partidos unidos en uno solo; de la Grandeza moral y material, de la Libertad para poder realizar su destino, sin tener que aceptar presiones de nada ni de nadie, sin tener que someterse a internacionales rojas, blancas ni de ninguna especie.

Pues bien, camaradas: a contribuir a que se implante ese orden, a que se logren esas ambiciones, tenéis que dedicar todos vuestros afanes y vuestros esfuerzos, sin regatear ninguno, para que aquellos que no volverán jamás, porque murieron por España, se sientan orgullosos de habernos dado con su sangre la fe, la decisión y la energía de seguir por el camino que. ellos nos señalaron.

¡ARRIBA ESPAÑA!

EN EL ACTO DE LA BOTADURA DEL CRUCERO «NAVARRA»

Discurso pronunciado en El Ferrol del Caudillo el 15 de junio de 1938.

AL declinar esta jornada memorable, en la que la, noble y heroica Navarra, cuna de patriotismo, vivero de héroes, de santos y de guerreros, ha celebrado sus nupcias con el mar y la Armada de España, entregando esta mañana la bandera de combate al crucero «Navarra», permitid que ante vosotros pronuncie unas palabras en este homenaje sencillo y emocionante a los que se fueron para siempre y a los que dedica la Falange de El Ferrol semanalmente la Oración por los Caídos.

Este homenaje no es sólo la expresión de un recuerdo, de una pena, de un sentimiento, sino que es también la afirmación de la fe en el Caudillo, fe por la que han muerto muchos de nuestros camaradas y por la que están dispuestos a morir muchos miles de hombres en España.

Por eso, en este acto es obligado decir siquiera unas breves palabras sobre algunos de los puntos de esa fe, de esa doctrina, que en este ambiente y en el marco de este día no podía tener más realce.

Tenemos voluntad de Imperio. Creemos que la plenitud histórica de España es el Imperio. España alcanzará de nuevo la gloria y la riqueza por las rutas del mar. El Imperio es un hecho, pero es también una, idea. La idea de Imperio se manifiesta cuando existe 'una civilización que quieren adoptar varios pueblos. La idea de Imperio arranca de que esa civilización representa un modo de entender el mundo, un modo de comprender la vida, una serie de puntos de vista con respecto a los hombres y a las cosas. Es decir, representa una cultura y una doctrina moral que pueden llegar a implantar varios pueblos. La idea de Imperio, pues, !representa la decisión firmísima de realizar una empresa y la afirmación de una conciencia colectiva arraigada entre varias naciones. Por eso, en el Imperio existe comunidad de lengua, de usos y costumbres. Un pueblo que carece de Imperio está llamado a desaparecer. Y es que no se puede renunciar de antemano a ser grandes.

Pues bien: rutas de Imperio fueron siempre las rutas del mar. El maravilloso esfuerzo de las armadas catalana y aragonesa, la ambición marinera de Castilla, la escuela imperial y las rutas marítimas de los portugueses hicieron posible el Imperio en España. Ese Imperio se fraguó en el mar, en aguas de Lepanto, y cuando se trasladó el centro de gravedad del mundo del Mediterráneo al Atlántico, nació la pugna entre el Imperio de España y el Imperio naciente de Inglaterra.

De la Escuadra Invencible pasamos a la época triste de nuestra decadencia, de esa decadencia en que los únicos destellos y las únicas alegrías imperiales de España se deben también a la Marina. Y viene después Trafalgar, y Cavite y Santiago, que son los signos que indican el desmoronamiento total del Imperio de España.

Hasta que llega un día en que el pueblo español despierta de su modorra y se alza de nuevo con gesto imperial. 'Dios nos da un Caudillo y una coyuntura única de que España vuelva a imperar en el mundo.

La voz de España es voz de Unidad. En la España imperial católica, gallegos, aragoneses y andaluces olvidan todas sus diferencias para fundirse en lesa Unidad de destino que es España. Su Imperio está en el mar, y Marina es el ansia de todo afán de Imperio y de esas naves que ,surcan rutas de conquista; naves en las que hoy viven en estrecha hermandad hombres de la más diferente condición social; naves en las que el abogado, el médico, el arquitecto, participan en las fatigas de las rudas tareas maríneas; esas naves que afrontan el peligro y que han hecho posible que nuestros hermanos, los soldados de tierra, se hayan lanzado desde el Cantábrico a las playas mediterráneas.

Marineros caídos por España: Por ambicionar que España fuese mejor, Una, Grande y Libre, Imperial y Cristiana, fuisteis arrojados al agua por las hordas marxistas; vosotros, los que caisteis asesinados por las balas asesinas; vosotros, los que, formados en la cubierta del glorioso «Baleares», brazo en alto y entonando el himno de la Falange, os hundisteis para siempre en el mar, tened la seguridad de que no es olvidaremos nunca y de que vuestra sangre y vuestro sacrificio no serán estériles.

Pueblo de El Ferrol, ingenieros y marineros, obreros nacionalsindicalistas: construiréis los acorazados de la nueva Escuadra que pasearán por todos los mares del mundo el nombre de la España imperial, y uno de cuyos acorazados yo creo que debe llevar el nombre glorioso de JOSE ANTONIO, y otro, el del CAUDILLO FRANCO.

Yo os pido ahora que, en recuerdo a los que se fueron para siempre, gritéis conmigo, con toda la fuerza de

vuestros pulmones:

España Una. España Grande. España Libre.

¡Arriba España!! Franco, Franco, Franco.

DISCURSO PRONUNCIADO EN VALLADOLID EL 18 DE JULIO DE 1936

EMPIEZO a hablar cuando aun no se ha extinguido en el espacio el eco de la voz del general Millán Astray, representativo en este acto del Ejército de España. Y yo quisiera que entre ella y la mía no hubiera habido ni intervalos ni pausas, para que ambas resonaran en vuestros oídos como una sola, como instrumentos que son de una misma idea, servidores de un mismo propósito y pregoneros de un mismo ideal; y aquí, en esta ardorosa mañana de estío y en este campo de la madre Castilla, nos congregamos todos, grandes y chicos, para probar palpablemente con nuestra presencia física, con lo apretado y nutrido de nuestras filas, con nuestro entusiasmo y nuestra decisión, que hoy, al igual que hace dos años, seguimos unidos en los mismos afanes, en los mismos deseos, en las mismas ambiciones históricas, sociales y renovadoras que nos llevaron al Alzamiento Nacional que aquí conmemoramos, y que nuestra fe, en cuanto él significa, sigue Inconmovible, y nuestra voluntad de servicio y de renunciamiento es cada vez mayor.

Y aquí habéis venido, altas jerarquías castrenses, guiones del Movimiento; vosotros, jefes del Partido, custodios de su estilo y de su doctrina, y vosotros, boinas rojas, como la sangre de vuestras venas que vertéis por la Patria, y vosotros, camisetas azules, hermandad y sacrificio hecha carne, y vosotros, representaciones magníficas de los combatientes, de aquellos que por los caminos terrestres, por los rumbos del mar y las rutas del aire, vais dejando a diario estelas gloriosas de heroísmos sin par, a cantar la epifanía de España en esta fecha que, marca un hito en su Historia y en la de la Humanidad.

Porque, -en efecto, si el 18 de julio de 1936, desde un punto de vista primario en su exteriorización elemental, por sus causas inmediatas, fue el estallido de un pueblo cansado de los horrores del Frente Popular, de la tiranía roja, de sufrir los ultrajes más infames y las persecuciones más sádicas, a la luz de los fenómenos históricos tiene una valoración universal, de trascendencia incalculable, porque representa nada menos que el dar solución durante varias generaciones al problema pavoroso que desde siempre el mundo tiene planteado, que, con formas más diversas, se viene presentando en el correr de los siglos, y que nunca llegará a resolverse definitivamente, de armonizar la pugna entre el espíritu y la materia. La Reforma protestante, las guerras religiosas, el naturalismo rusioniano -y los abusos del régimen capitalista, y el determinismo materialista de Marx, y las diversas maneras de reaccionar que contra ellos ha habido, no son otra cosa que expresiones diversas de aquella contienda, acomodadas, claro es, a los tiempos y las circunstancias. El 18 de julio de 1936 España hizo suya la síntesis política armonizadora de aquellas dos constantes de que os hablo: síntesis repleta de contenido y sustancia nacional, libro de la filosofía política de los llamados «derechos del hombre», inspiradora de nuestros gobernantes del siglo XVIII, que nos querían hacer creer que la felicidad humana depende de la mayor o menor comodidad para reunirse, manifestarse o discursar; pero libre también de absorciones panteístas de tipo comunista, porque si para nosotros las actividades del hombre, como ciudadano, no pueden existir fuera, y, menos en contra del Estado, estamos muy lejos de divinizarlo y de afirmar que sobre él nada puede existir. Queremos empezar por el hombre, recomponer su unidad completa, no hacer de él una pieza de la maquinaria económica, sin personalidad, ni tampoco un ser aislado, desconectado del pasado y del futuro, principio y fin de toda la vida, constituyendo un mundo independiente, cuando no opuesto, al interés nacional.

Queremos hacerle realmente libre dentro de un Estado fuerte que ampare y haga efectiva esa libertad, sin absorberla. El 18 de julio de 1936, el Ejército y la juventud española comprendieron que de nuevo, y quizá por última vez, se les deparaba la ocasión de resolver limpiamente un proceso histórico que venía formándose desde hace muchos años y que se encontraba en el momento exacto en que ya de nada valían los titubeos ni las habilidades, sino el ímpetu y la decisión. Mientras se trató de ir alargando la agonía nacional, de engañar o convencer al enemigo, de ir tirando, todos los viejos santones de la política, por su edad o por su temperamento, tuvieron algún quehacer con que seguir engañando al pueblo; pero cuando los acontecimientos alcanzaron dimensiones trágicas, cuando estaba en juego el ser mismo de España y se trataba de aniquilar o ser aniquilado, entonces, como en todos los momentos trascendentales de la vida, sólo aquellos de alma cálida y de emoción profunda, los que venían buscando inútilmente desde hacía tiempo romper la capa de cochambre materialista y de egoísta indiferencia que asfixiaba a España, y aquellas instituciones en las que se conservaban intactas el sentido permanente de la Patria y de la espiritualidad de la vida, fueron los que, derribando prejuicios legalistas, cara al sol y a la muerte, hermanados en un mismo afán, desde Africa a Navarra, empuñaron las armas para rescatar del monstruo moscovita a esta princesa de nuestros sueños que es España. ¿Y quiénes fueron esos paladines? Pues los mismos que aquí os encontráis, que si a los hombres, más que por su envoltura física, les individualizamos por su modo de ser y de pensar, no creo que entre vosotros y aquellos que se fueron para siempre existan diferencias de ninguna clase. Y por eso, en este día de

trascendencia nacional, en esta hora en que España entera, hace dos años, hervía como volcán de patriotismos, y en que pueblos y ciudades se levantaban en un gesto viril de dignidad colectiva y humana, a ti, juventud militar y combatiente, te saludo, como redentora y salvadora de la Patria, a las órdenes del Caudillo.

Pero quede bien claro, y es algo que preciso repetir con machaconería, hasta con pesadez, para que no se olvide y se pretenda mixtificar la verdad, que el Alzamiento del 18 de julio fué nacional, es decir, no fué de derechas ni de izquierdas. Fué un grito de reconquista. Tradicional, en cuanto quería empalmar con las auténticas raíces españolas que estaban soterradas, y nuevo en cuanto quería encontrar cauces por donde esas raíces pudieran extenderse. Pero de reconquista total de España, no de parte de ella, como algunos pretenden. El 18 de julio se terminaron las misiones incompletas de España y las políticas parciales. Por eso no cabe ni en hipótesis admitir la posibilidad de incurrir en los errores de 1931, o en los días posteriores a los de la revolución de octubre del 34. Ambas ocasiones pudieron ser también decisivas, de recuperación nacional, porque, salvando las distancias y la trágica grandeza de los acontecimientos actuales, en arabas hubo sustancia suficiente para el recobro de la unidad espiritual de España, y, sin embargo, ambas fracasaron y defraudaron al pueblo español. ¿Y sabéis por qué ocurrió esto? ¿Por qué se malogró el intento? Pues, simplemente, porque se creía que bastaba mirar hacia un lado y olvidar el otro; porque se gobernó para una clase o para una política determinada; porque se tuvo una visión incompleta de España y se incurrió en un partidismo.

En abril de 1931 no triunfó la República, como vulgarmente se cree, ni una forma determinada de gobierno, ni un programa concreto, sino el ansia renovadora, la esperanza colectiva del pueblo español, que creyó ingenuamente que había llegado la ocasión de fundir a todos en una auténtica comunidad nacional, y de que un aire fresco y matinal vivificase nuestros pulmones y sanara la atmósfera pestilente de España. Por desgracia, bien pronto los hechos vinieron a echar un jarro de agua fría en aquellas ilusiones, nacidas de los más puros y limpios anhelos populares. Una política sectaria, rencorosa, se convirtió en norma de conducta; masones y marxistas empezaron a campar por sus respetos, libres de toda traba, y una Constitución que, en rigor de verdad, jamás llegó a cumplirse, revistió de apariencias legales al Estado más antinacional que jamás tuvo España.

Aquella coyuntura se había desperdiciado, y, sin embargo, el pueblo español, sin perder la esperanza, cambió de rumbo, creyendo que la salvación estaría en dar un giro completo a la rueda política para que la nave cayese de la banda opuesta a la que durante el bienio trágico había navegado. Y renacen de nuevo las ilusiones, y crecen los entusiasmos, y cuando al ser vencida la revolución de octubre creíamos haber hallado, al fin, el camino que buscábamos en vano y pensábamos que aquella ocasión de desmontar el tinglado enemigo de España no se perdería, todo se reduce a componendas y dilaciones, y una nueva ocasión se pierde estúpidamente, siendo la causa inmediata de la situación que advino poco tiempo después, en 1936, y que determinó todos los horrores y atrocidades de la revolución comunista, que hoy combatimos y estamos destrozando.

Y esa revolución, entre los desprecios más aparentes que reales de los unos y los ataques declarados de los demás, nosotros la preveíamos, nosotros la anunciamos, nosotros la combatimos doctrinalmente y dijimos que era preciso dar a las llamadas izquierdas un sentido nacional, y a las llamadas derechas, una inquietud social,, formando una síntesis armoniosa; no hacer del patriotismo una virtud burguesa, ni del ansia de justicia social una virtud proletaria. Nosotros hicimos algo más, que fué enfrentarnos con la revolución comunista cara a cara, en pleno dominio del Frente Popular, cuando no todos se atrevían a hacerlo, y teníamos en nuestro martirologio más de cien muertos al estallar la guerra. Y esto, combatir al comunismo con el pensamiento y con las pistolas, lo pudo hacer entonces la Falange porque tenía un Jefe que se llamaba José Antonio, como después sigue combatiendo en los campos de batalla, porque tiene otro que se llama Franco. Dios siempre ha sido generoso con ella.

Pues bien, ahora no. Ahora sí que no se escapa la coyuntura ni se defraudará a los españoles. Ahora han ocurrido muchas cosas y muy trágicas para que nos permitamos y permitamos a nadie malabarismos ni cubileteos. Ahora se ha sabido despertar el entusiasmo incluso en las gentes más indiferentes a las inquietudes nacionales, sacudir su apatía y darles una ilusión colectiva. Ahora tenemos lo que no existía en ninguna de aquellas ocasiones: un Ejército victorioso, un Partido milicia, una doctrina y un Caudillo.

Un Ejército que ha ganado la guerra más feroz que se registra en la Historia. Que está asombrando al mundo con su heroísmo y su capacidad técnica. Un Ejército vivero permanente de esencias nacionales y que no necesita ser el Ejército del pueblo, porque es el pueblo mismo.

Un Partido que, lejos de nacer a la sombra del Poder, amparado con su protección, ha surgido de abajo, curtiéndose en la pelea y en la adversidad. Un Partido que. nada tiene que ver con los partidos del llamado estado parlamentario, basado en el artificio del sufragio, y que mientras se le confunda con ellos y no se les valore exactamente, no podremos comprender ni el régimen ni el nuevo Estado. Partido que es a la par institución y órgano. Institución autárquica, independiente, titular de la idea revolucionaria que ha engendrado al nuevo Estado y el que le da impulso. Órgano constitucional del Estado, cuyo Jefe lo es también del Partido y es Caudillo del pueblo, pudiendo expresarse sobriamente las relaciones de ambos diciendo con un agudo pensador que el Partido es la iniciativa, y el Estado, la autoridad que da vida a esa iniciativa. Un Partido impregnado de un profundo patriotismo y de un auténtico sentido militar. Patriotismo no de museo ni de charangas, sino sobrio y profundo, que ansía que España sea rica, fuerte y poderosa, y que se opone a que desaparezcan las características de su personalidad católica, cesárea y misionera.

Un sentido militar, con todo el valor y exacta significación que hay que dar a esta palabra, es decir, de disciplina, de jerarquía, de desprecio al riesgo, de actuación rectilínea y sincera, de esa admirable cualidad de afrontar la vida cara a cara, por el camino derecho y más iluminado, aunque sea el más difícil, huyendo de oscuridades y recovecos. Estas son virtudes castrenses y estas son virtudes que ha de tener quien pertenezca a la Falange, consciente y convencido de que ha ingresado en una verdadera milicia, y de que viste una camisa que, en vez de ser garantía de impunidad o fuente de prebendas, es origen de deberes y es prenda de soldado. Esto une a la Falange y al Ejército; pero les une también el convencimiento de que esta guerra no tiene sólo un aspecto negativo antimarxista, sino también otro positivo nacional: el de dar por canceladas para siempre lo mismo la política de rencor que la política de la sosería y de la falta del más mínimo aliento de emoción histórica. España la están ganando los combatientes, no para vivir de ella, ni para vegetar en ella, ni para que ella pueda vivir lánguidamente, sino para que cada vez ascienda más, para que esté arriba, y de ahí nuestro grito que es el grito de todo español que sienta la trascendencia del momento que vivimos.

Una doctrina, porque, en efecto, si en los primeros tiempos del Alzamiento lo que aglutinaba a cuantos a él fueron era e. antimarxismo y el amor a España, desde el momento en que el Caudillo elevó a norma del Estado los 26 Puntos del programa de la Falange, éstos son la fuente de la nueva legalidad de nuestro sistema constituyente y el vínculo de unión de todos los españoles dentro de Falange. Española Tradicionalista y de 'las J. O. N. S., que es el instrumento que ha de realizarlo. Y si es verdad que ese instrumento ya no es la antigua Falange Española ni la Comunión Tradicionalista, ni ninguna de las fuerzas que en ella se han integrado, también es verdad meridiana que no es una concentración ni un conglomerado transitorio, sino que constituye una personalidad nueva, y que su jugo, su contenido doctrinal, lo que le caracteriza y distingue, son precisamente esos 26 Puntos que la inspiran y que acabo de aludir.

Y un Caudillo. Todo régimen político supone un estado de equilibrio de la fuerza social, equilibrio que puede quebrarse por causas materiales o por causas idealísticas, dando lugar a las llamadas crisis del Estado; pero mientras la primera de esas crisis, la que obedece a causas materiales, exige simplemente un régimen de autoridad y una dictadura que restablezca el orden anterior que ha sido perturbado, la segunda, profunda y social, sólo se remedia con una nueva concepción del Estado; en una palabra, con una revolución. Y esta revolución exige al frente de ella la figura, no del líder del partido democrático, ni de un jefe de Gobierno, ni siquiera la del dictador vulgar y conocido, sino la figura de un Caudillo; es decir, el Jefe carismático, el hombre señalado por el dedo de la Providencia para salvar a su pueblo. Figura, más que jurídica, histórica y filosófica, que escapa de los límites de la ciencia política para entrar en el del héroe de Carlyle o en el del superhombre de Nietzsche. Es, sencillamente, la idea que mueve a todo el proceso revolucionario, gestador del nuevo régimen, y es, en España, Francisco Franco.

Pues bien, este Caudillo, este Ejército, este Partido, esta Doctrina, construirán, están ya construyendo, el nuevo Estado; apagarán, al fin, en los españoles la sed de justicia y ambición histórica que les abrasaba desde hacía varios siglos, y reincorporarán al pueblo español el espíritu tradicional con el que estaba divorciado. Y ante esto no valen pretextos ni habilidades. Porque en España se plantean los problemas de manera muy distinta a como se planteaban antes. En la Falange Española Tradicionalista no existen medias tintas; se está fuera de ella o en ella, pero sin reservas mentales ni posturas ambiguas; la Falange, la vieja Falange de los tiempos difíciles, y esto os lo dice quien la conoce desde su nacimiento, sabe como nadie ser leal. Por eso le duele en lo más hondo que haya quienes pretendan crear interposiciones entre la confianza de su Jefe y esa lealtad, o haya quienes, sin tener por qué, se dediquen a discernir sobre ella o a especular con ella. Porque sabedlo bien, camaradas: José Antonio, nuestro José Antonio, forma en los luceros con su vieja guardia. José Antonio se nos fué para siempre. Pero su recuerdo vivirá eternamente en nuestros corazones, como vive en el corazón y en la mente del Caudillo. Y si esto es así, ¿quién sino un miserable al servicio de los rojos puede intentar siquiera el crear desviaciones o recelos entre la más alta Ausencia y la más alta Presencia de España?

A la Falange no se le deslumbra fácilmente. En ella no existen personalismos ni influencias de nadie, ni más interpretaciones subjetivas que las que dé su Jefe, responsable ante la Historia de sus actos, y en el que hemos depositado nuestra confianza, porque sustituimos la confianza en las fórmulas por la fe en el hombre. Y por eso yerran los que se meten a interpretar conductas, a adivinar propósitos o a dirigir políticas, sean quienes sean, provengan de donde provengan y se vistan como se vistan. Estos yerran; pero yerran también los que sueñan con que la Falange Española Tradicionalista desaparezca, se desvitalice, se desprestigie o quede reducida a un conglomerado extraño e ineficaz.

Falange Española Tradicionalista no es una entelequia, es una realidad cada día más fuerte, y contra esta realidad nada podrán las murmuraciones, ni los escepticismos, ni las intrigas, ni las malévolas ilusiones de los que se creen que seguimos en el turno de los partidos, en el régimen de los bienios, y que, al igual que hubo uno trágico y otro insulso, puede haber ahora uno Falangista próximo a terminar.

Se equivocan de medio a medio los que tal piensan. La Falange Española Tradicionalista no es transitoria ni es interina. Tiene vocación de permanencia, es consustancial con el régimen mismo por decisión del Caudillo, intérprete del pensamiento del Ejército y del pueblo, que combaten por algo más serio y más profundo que las ambiciones de don Fulano y de don Zutano, de este grupo o de aquella facción. ¿Es así o no es así? Hombres que empuñáis el fusil, juventud magnífica de mirada clara y franca, de acción rápida y decidida, ingenua y noble, sin más ambición que la grandeza de la Patria: ¿es así o estoy equivocado?

Y por esto, porque la Falange no es un Partido más, sino el único que puede existir; porque no puede pecar de arisca ni reconcentrada, doméstica ni pequeña; porque ha de tener horizontes amplios y propósitos ambiciosos; porque ha de ser fiel a su propia esencia, y el núcleo que atraiga a las masas sanas de derechas e izquierdas, hemos de darle toda la dimensión y anchura nacional que le corresponde.

Pero ahora bien, esto supone unas previas y mínimas garantías y un previo proceso discriminatorio de conductas y antecedentes, y, sobre todo, un criterio fundamental de distinción. Y de igual forma que se podrá admitir en el Partido a aquellas gentes de buena fe que, equivocadas, creían que la emancipación económica de los humildes y el sentido de transformación y de justicia de España sólo podía hallarse en los partidos de izquierda, pero que no han manchado sus manos con crímenes, ni han envenenado a nadie con propagandas subversivas, y, en una palabra, no eran sustancialmente marxistas, separatistas, descreídos o antinacionales, de igual forma podemos, debemos y queremos admitir a todas aquellas masas de derechas que también ansiaban una España Grande y Nueva, y que con generosidad sin límites depositaron su fe en un hombre que como nadie disponía de medios suficientes para llevar a cabo la obra que España entera esperaba de él; pero no a los culpables de esa defraudación y a los que aun hoy día no se consideran fracasados. Nosotros, pues, distinguimos entre las masas de esos dos partidos que iban a ellos buscando el rumbo de una España mejor, deslumbrados por el nombre de sus jefes y la fe en ellos, y aquellos otros que, sustancialmente, por temperamento, filosóficamente, profesaban sus doctrinas. El Estado Nuevo, que no es precisamente liberal, profesa una doctrina y es el realizador de ella. Por consiguiente, sería ir contra su propia esencia que pudiesen retoñar doctrinas políticas diferentes a las suyas, llámense como quieran, socialismo o comunismo; por esto, sin entrar en discusiones que no tenemos por qué entablar sobre las ventajas o inconvenientes de todas estas doctrinas, sin necesidad de que nos expliquen actuaciones ni nos justifiquen conductas, sino simplemente porque, son doctrinas y partidos incompatibles con todo lo que representa el Nuevo Estado, no cabe admitir ni a quienes los encarnan ni a quienes los defienden. ¿Se concibe en Italia a Dom Sturzo haciendo su política, o en Alemania a Dimitroff defendiendo el Frente Popular?

Así, pues, los afiliados de buena fe a todos estos partidos vengan en buena hora a la Falange Tradicionalista, que los recibiremos con los brazos abiertos. Pero los otros, que no se hagan ilusiones, que no triunfarán ni nos engañarán por muchas camisas azules o boinas rojas que se quieran poner, y aunque, a veces, por patriotismo, nos hagamos los tontos o pasemos por débiles. Falange Española Tradicionalista es algo muy serio para quedar reducido a un rótulo que encubra propósitos o ampare ambiciones, o a una prenda de vestir, bajo la que se oculte el arma de acero o de la intriga con que se pretenda asesinar. El Yugo y las Flechas, más que llevarlos sobre el corazón, han de llevarse dentro de él, unido a sus palpitaciones y a sus latidos, como lo llevan el Caudillo y los miles de españoles que luchan por Dios, por España y por la Revolución Nacional Sindicalista.

La bandera de nuestra fe sigue, pues, enhiesta como el primer día y en lo más alto del mástil. Esa fe se agiganta cada vez más con el ejemplo y el recuerdo de nuestros muertos sagrados, de los que cayeron en el campo de batalla o abatidos por balas asesinas en los fosos de las prisiones rojas, y que duermen el sueño

eterno bajo la tierra que regaron con su sangre. Ellos nos alientan y nos empujan para convertir en realidad cuanto decimos, y para que no quede reducido a puro verbalismo, y nos parece como si por mandato divino, a través de esa tierra que les cubre, sus ojos vigilantes observaran nuestros actos, prontos a reprocharnos o a darles su aprobación. Por eso, combatientes que me escucháis, cuando volváis al frente y veáis caer a vuestro lado un camarada, pensad que es un paso más que dais para el triunfo de nuestros ideales y una obligación más que contraemos aquí, en la retaguardia. Y por eso también, cuando termine la guerra, nosotros os diremos: «La España que salisteis a ganar en julio de 1936 y que nosotros hemos cuidado amorosamente según la ibais ganando, ahí la tenéis, es vuestra y del Caudillo. Hacedla como nosotros la soñábamos y como vosotros la queréis: Grande, Libre y con Pan y Justicia para todos los españoles.

EN LA INAUGURACION DE UN CAMPAMENTO DE ORGANIZACIONES JUVENILES

Palabras pronunciadas en Cóbreces el 8 de agosto de 1938.

CAMARADAS: Nada de discursos. Unas cuantas palabras breves y sencillas, como corresponde a nuestro estilo y disciplina.

Hemos venido aquí varios ministros y personajes oficiales a inaugurar este Campamento. Pero hemos venido, más que como tales personajes, como camaradas que quieren, siquiera sea por breve rato, disfrutar con vosotros del ambiente que existe en este Campamento, en donde flechas de todas las provincias de España, durante quince días, van a llevar una vida saludable, de disciplina, de trabajo, de enseñanza, de hermandad. Aquí vais a endurecer vuestros cuerpos con el sol y el viento; aquí vais a recibir a diario la doctrina de Falange Española Tradicionalista; aquí os van a enseñar a conocer y querer al Caudillo, símbolo de la Patria redimida que entre todos hemos de rehacer, y aquí os van a hablar diariamente de José Antonio y a ponerlos como ejemplo su vida maravillosa. Porque no creáis que habéis venido solamente a disfrutar unas vacaciones, «ni que esto es una colonia escolar del antiguo régimen, con niños de gorros de piqué y babys blancos. Aquí habéis venido a trabajar con el uniforme de la Falange, que es uniforme militar; habéis venido a hacer efectiva esa auténtica hermandad de la Falange, porque aquí estáis, reunidos hombres y niños de toda España, y aquí no hay rangos, ni jerarquías, ni distinciones de origen ni de clase, ni más distinciones que las que nazcan de vuestras inteligencias y de vuestras conductas, que han de servir de ejemplo y estímulo a los demás.

Porque tened en cuenta que se está ganando la guerra para hacer una Patria completamente distinta a la que teníamos; que no se parezca en nada a la anterior. Ya sé yo que esto es fácil decirlo y mucho más difícil lograrlo; que no es tarea sencilla el arrancar del cerebro de los españoles la serie de conceptos que han anidado -en ellos durante tanto tiempo, que les han servido de guía en su conducta, y sustituirlos por idea de disciplina y de sacrificio. No es tarea sencilla, repito, y, sin embargo, es tarea que precisa realizarse, porque la Providencia la ha cargado sobre nuestros hombros, sobre nuestra generación, y no podemos ni escamotearla ni eludirla, ni menos arredrarnos ante ella, por difícil que parezca. Los que la hemos iniciado, seguramente, no podremos verla terminada, siendo vosotros a quienes corresponde darle cima y recoger sus frutos. A vosotros os corresponde aprender y trabajar, ser hombres para el día de mañana, y, sobre todo, empaparos de tal forma de la doctrina del Nacionalindustrialismo, que no puedan hacer mella en vuestros cerebros todas las críticas que contra él se dirigen y todos los ataques que contra él se hagan. Porque, tenedlo en cuenta y no lo olvidéis: «contra la Falange se dirigen múltiples ataques, y uno de los principales objetivos de esos ataques son precisamente las Organizaciones Juveniles», porque a nuestros enemigos les preocupa que la juventud esté con nosotros, «ya que saben perfectamente que quien tenga la juventud tendrá el triunfo definitivo y España en sus manos». Por eso emplean contra nosotros todo género de armas y argucias; pero nosotros los despreciamos olímpicamente, porque se podrán llevar a la «juventud intrigante, pálida y escurridiza», pero jamás a la juventud auténtica, que vosotros representáis, a la juventud capaz de emocionarse ante una frase vibrante, ante una actitud de riesgo; a la juventud llena de ímpetu y vitalidad, que ama la vida profundamente, y que, sin embargo, no duda un momento en ofrecerla por causas nobles y generosas, y no de manera frívola e inconsciente, sino como un acto de servicio, sabiendo lo que arriesga y valorando perfectamente todo lo que representa la vida de un hombre.

Por eso debéis tener en cuenta que, a costa del sacrificio de muchos camaradas que han perdido su vida en los campos de batalla, vosotros podéis estar aquí y haber escapado de una vida de odio y de rencores, conservar la Patria, la familia y el hogar, todas esas azarandajas que, según dicen los marxistas, no sirven para nada, y que, sin embargo, se aprecian y echan de menos cuando se pierden.

Por eso, al iniciar vuestra tarea cotidiana, pensad que vivís gracias a otros muchos que han muerto, y pensad también que, cuando se termine la guerra, todos esos jóvenes de la zona roja, envenenados por varios años de propaganda marxista, son precisamente los que deben ser acogidos por vosotros para que con vuestra conducta y vuestros actos, con el cariño y el afecto que han de ser vuestra norma, los ganéis a la causa de España, haciendo de ella, en lugar de una tierra de odios, campo de amor.

Y por eso también es preciso que veáis en todos los españoles a hermanos de una misma empresa, unidos por Dios en un mismo destino, que en todo momento os hagáis dignos del uniforme que vestís y de la Organización a que pertenecéis; que recéis diariamente una oración por José Antonio y por todos los caídos, y que tengáis fe inquebrantable en el Caudillo que nos rige>.

Si así lo hacéis, Dios os lo premie, y si no, España y la Falange os lo demanden.

¡ARRIBA ESPAÑA!

ALOCUCION A LOS SARGENTOS PROVISIONALES DE INFANTERIA DE VITORIA

Discurso pronunciado en La Coruña el 31 de agosto de 1938.

SARGENTOS Provisionales de Infantería de Vitoria: Honrado por la amable invitación del ilustre general Orgaz, forjador de promociones de Sargentos y Alféreces Provisionales, se me deparó la ocasión de deciros unas cuantas palabras escuetas y concisas, como corresponde a vuestro estilo militar, y, sin embargo, profundamente sentidas, en este acto trascendental en vuestra vida y de recuerdo imborrable y emocionado en la mía; palabras que, en realidad, no eran precisas, porque no aumentan su importancia ni dan realce alguno a la ceremonia que aquí se ha celebrado y que no tienen más explicación que la finalidad que las inspira de valorar la significación de este acto, y que son de un hombre que formó en las filas de aquellos que en tiempos calamitosos para España lucharon por traer lo que vosotros, y otros que como vosotros piensan y sienten, están creando ahora. Y porque quiero también haceros comprender cómo la retaguardia está íntimamente ligada a la juventud que lucha en la vanguardia y cómo no desperdicia ocasión ni motivo para rendirle el público homenaje que por su heroísmo se merece.

Y esta voz es el eco de otras voces jóvenes que resonaron en horas tristes, y, sin embargo, plenas de fe y de esperanza en esta hora actual meridiana y solar de plenitud; voces en aquellos tiempos aisladas y perdidas, pero que hoy se han convertido en la voz unánime de un pueblo hecho milicia que tiene como norma superior un sentido de servicio y hermandad en todos los órdenes de la vida y un concepto militar y religioso de la existencia.

Y es aquí, en esta Galicia dulce y jugosa, en esta Galicia de las colinas verdes y de las plácidas rías, esta Galicia auténticamente española que ha entregado con generosidad ilimitada hombres y recursos para la empresa en que estamos y que ha contribuido quizá más que ninguna otra de España a su triunfo, puesto que nos ha dado nada menos que al Caudillo genial que la está ganando... Y es en esta Galicia, repito, donde habéis renovado un juramento que os liga para siempre al destino de la Patria y que os obliga a emplear todo el ímpetu de vuestro cuerpo y toda la ilusión de vuestra alma para que su misión histórica se realice.

Porque, Sargentos que me escucháis, el juramento que acabáis de prestar ante la cruz formada por la espada y la bandera, símbolo perfecto de ese doble sentido religioso y militar de que os hablo, representa vuestra declaración pública, solemne, expresa, de que por encima de toda otra obligación, por encima de todo otro deber, por encima de vuestros sentimientos más caros y vuestros afectos más profundos, tenéis el deseo irrevocable de que España sea fuerte, potente, poderosa, y que de ella queden extirpadas para siempre las plantas malignas del marxismo, del separatismo y de la masonería. Para que queden aplastadas esas plantas, digo, pero para que germine, en cambio, la semilla de la unión y de la hermandad entre todos los españoles, sembrada en el surco abierto por el esfuerzo de vuestros brazos y regada si es preciso con vuestra sangre generosa.

Habéis prestado el juramento de luchar en defensa de la Patria combatida por el marxismo, que dice que la Patria no existe y que es una preocupación burguesa; pero el marxismo, comprendiendo la necesidad de un ideal que arrastre a los hombres a la muerte y al peligro, pretende sustituir, el ideal de Patria por el concepto de dictadura ejercitada por una clase de la sociedad: la de proletarios. Pues bien: yo os digo que esa doctrina y esa afirmación son falsas y absurdas y contrarias a la propia naturaleza de los hombres. La Patria la llevamos dentro de nosotros mismos y forma parte integrante de nuestra existencia. La existencia de la Patria es quizá más necesaria que para el poderoso y para el potentado, para el pobre y para el proletario, que se encuentran más apegados al pedazo de superficie terrestre que les sirve de soporte y cuyo concepto jamás se ha separado de ellos. La Patria: es precisa su existencia aun para los mismos hombres que la combaten y que la invocan como suprema razón y argumento decisivo para llevar a sus hombres a la lucha, diciéndoles que corre grave riesgo y que peligra.

Ahora bien: lo que no puede admitirse es que la Patria se considere, para unos, fuente de beneficio, y para otros, campo de tristeza; que se considere patrimonio de una clase, de un partido o de una oligarquía política. La Patria no es eso. La Patria, si se la considerase como acabamos de decir, entonces resultaría que los pobres, los desheredados de la fortuna, los perseguidos, los que por su incultura o por su situación no son propicios a las profundas reflexiones, confundirían el auténtico concepto de Patria con los ideales de estos grupos o partidos que en cada momento histórico pretenden acapararla y representarla, y cuyos grupos o partidos no son más que los defensores de un orden de cosas que ellos llaman Patria y que es la organización defensiva de sus intereses y de sus conveniencias.

Pero la Patria no es eso. No es ésa la Patria que vosotros habéis jurado defender y por la que luchan vuestros compañeros en los campos de batalla a las órdenes del Caudillo. La defensa de la Patria es una empresa común que tenemos todos los españoles, y no debemos olvidar que si la Patria se hunde nos hundiremos con ella, ya que estamos irrevocablemente unidos a sus destinos.

La Patria es una relación directa entre todos los españoles con España; relación que, para que exista, no necesita de intermediarios y no está vinculada a ninguna situación política ni a una forma específica de gobierno; no puede existir un patriotismo distinto para el burgués y para el proletario. El patriotismo no admite calificativos. Existe o no existe. Es uno y es indivisible. Es la expresión de nuestra cualidad magnífica de españoles que nos une por encima de nuestras profesiones, de nuestras carreras, de nuestros oficios.

Por eso, porque la Patria es una para todos, habéis pasado, Sargentos, bajo los pliegues de la bandera roja y gualda, que la simboliza, y habéis prestado juramento de defender a España sin distinción de orígenes ni de procedencias, unidos por un solo aliento y guiados por un solo ideal.

Siempre ha sido la bandera el símbolo de la Patria, aun cuando no siempre esa bandera haya tenido los colores actuales. Blanca y roja era la bandera castellano-leonesa; roja y amarilla, la de la Confederación catalano-aragonesa; verde, con el yugo y las flechas de sus abuelos, la que el Emperador clavara -en los muros tunecinos; carmesí, la que don Juan de Austria paseara triunfante por las aguas de Lepanto; blanca con flores de lis, la de los reyes de la Casa de Borbón. Es en 1785 cuando se dispone que el rojo y amarillo sean los colores nacionales que habían sido llevados a Nápoles por Alfonso V y que con Carlos III volvió a España, de donde había salido. Y es en 1843 cuando se dispone que los colores de esta bandera nacional sean los mismos que han de llevar los Tercios del Ejército, y bajo esa misma enseña rojo y gualda se está realizando la epopeya de la reconquista española; y es esa enseña rojo y gualda la que se mantuvo indomable en el Alcázar toledano y la que lleva consigo en lucha triunfante y dolorosa, pero por ello más heroica, el Ejército de Franco; y es esa enseña, con sus hermanas las de las milicias voluntarias, la que cubre el cuerpo de tanto héroe coma muere diariamente en los campos de batalla.

Pero yo quisiera que comprendiéseis la enorme diferencia que existe entre los motivos que han llevado a nuestros enemigos a la guerra y por los que combatimos nosotros.

Los rojos no quieren ni luchan por otra cosa que por una organización de tipo materialista. Para ellos, el mundo es pura economía y grosero utilitarismo. En cambio, vosotros vais al combate por algo más alto, porque tenéis un concepto más noble del mundo y le la vida. Vosotros queréis que en España se implante un orden nuevo que permita una más exacta justicia distributiva, que se hagan todas las reformas sociales que sean precisas. para cortar la diferencia que existe entre los españoles que no tienen nada y aquellos otros que lo tienen todo, a veces sin su esfuerzo y sólo por azares de la fortuna. Pero vosotros creéis también en la belleza, en el entendimiento y en el heroísmo, porque habéis visto palpablemente en esta guerra que lo que distingue a los hombres no son diferencias de tipo material que en un momento dado pueden desaparecer, sino los valores espirituales y morales.

La lucha, pues, está entablada entre dos mundos, entre dos civilizaciones: la civilización del espíritu contra la materia; el mundo de la cantidad contra el de la calidad; el mundo de esas masas anónimas e irresponsables contra el mundo de las minorías selectas y disciplinadas. Y de esa lucha saldrá la síntesis, la composición armónica que ya ha surgido en otros países y que está surgiendo en el nuestro.

Y tened en cuenta, Sargentos, que una nación, para ser fuerte y respetada, necesita no sólo un Ejército poderoso que sea instrumento de técnica perfecta, sino que ese Ejército represente la expresión de la unidad nacional y de la conciencia colectiva y popular.

Una nación, cuando busca una auténtica transformación social y política, acude a procedimientos de disciplina y sacrificio, que es tanto como decir que acude a los méritos militares; y cuando esa nación es, además, una que, como España, tiene una gloriosa tradición militar y una maravillosa calidad física Y psicológica de soldado, comprenderéis que, no por adulación, sino por pública conveniencia, por exigencia pública, por acatamiento a los dictados de una exacta política nacional, hemos de procurar en todos los españoles aquella disciplina y aquel sacrificio que posee en alto grado nuestro glorioso Ejército.

En el punto cuarto del programa de Falange, que hoy día es programa del Estado, se dice que las fuerzas armadas de España han de ser todo lo capaces que se requiera en cada instante para asegurar siempre la independencia y la jerarquía que a España le corresponde, y que devolveremos a los organismos de las fuerzas armadas toda la dignidad que merecen, y a su imagen haremos la vida nacional para que ésta esté

informada de un espíritu militar. Es decir, que el Ejército no puede ser una organización independiente, sino la esencia misma de España. Y es por esto por lo que la Falange ha construido su doctrina sobre esas normas y sobre esas esencias militares y a ellas acomoda su pensamiento y su acción, siendo la organización política sobre la que está basado el nuevo Estado, que tiene como Jefe y como Caudillo al Capitán General de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire.

Por eso no cabe hablar de distinciones entre civiles y militares. El pueblo se ha hecho milicia, no para crear una, clase más, sino para suprimirlas todas, forjar la unidad española y poder defender en el exterior sus mandatos y sus derechos. Los que hablan de esa distinción son traidores a la Patria y enemigos de la unidad. Un Ejército bajo un ambiente antimilitarista es un Ejército, no nacional, sino un Ejército pretoriano y propicio a las mayores tiranías.

Ya sé que nuestros enemigos dicen que no hemos ido a la guerra por ninguna de estas cosas que os he dicho, y nos achacan malévolamente que lo que nosotros perseguimos es ahogar la libertad y la democracia del mundo. Pues bien: si por la libertad se entiende el peligro y la amenaza constante para la Patria, y si por democracia se entiende el que un Gobierno haya de quedar en manos de unas masas irresponsables, entonces lo que nosotros queremos no es ahogar la libertad, sino salvar la propia existencia de España, y nuestra lucha no es contra la democracia, sino contra la anarquía.

Sargentos que me escucháis: vosotros sois descendientes de aquellos españoles que, con apenas tres carabelas y unos cuantos arcabuces, se lanzaron a la conquista del mundo. Vosotros sois los descendientes de aquellos gloriosos Tercios de Flandes que supieron imponer a Europa la unidad teológica y política y evitar que ésta se traicionase y se dispersara; sois descendientes igualmente de aquellos otros españoles que en 1808 en Zaragoza, en Gerona, en Arapiles y en Bailén, supieron demostrar al mundo que cuando se trata de decidir de los destinos de España hay que contar con ella.

Vais a volver pronto a los campos de batalla; vais a oír nuevamente el tronar del cañón, el tableteo de la ametralladora, el trepidar de los fusiles y el bordoneo de la aviación. Vosotros nuevamente vais a escalar cotas y conquistar montañas, atravesar ríos y valles en triunfal camino; vosotros vais también a participar de las alegrías y de las tristezas de la guerra con vuestros compañeros de armas. Pues bien: yo os pido que no olvidéis el juramento que aquí habéis prestado y que no olvidéis tampoco que aquí, en la retaguardia, hay unos hombres que tienen consciencia de la gravedad de la tragedia por que España atraviesa y que sienten el rubor de no haber perdido la vida cuando otros mejores que ellos la perdieron, y que por eso no tienen otra aspiración que la de superarse cada día en el cumplimiento de su deber para hacerse dignos de ellos y para ir acumulando méritos que puedan ser recogidos el día de mañana por la Historia, que nos ha de juzgar a todos.

Camaradas, nunca mejor empleado este vocablo, porque somos camaradas de un mismo ideal y tenemos un mismo jefe; después de esta ceremonia, cada uno a su puesto; vosotros, a luchar de nuevo hasta conseguir, sin componendas y de una manera aplastante, la rendición del enemigo, que así lo reclaman nuestros muertos, y para que pronto, sobre las tierras de España, liberadas ya de la dominación roja, puedan flamear al viento las banderas victoriosas y las legiones de Franco nos abran de par en par las puertas de la Patria Una, Grande y Libre.

¡ARRIBA ESPAÑA!

EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DE SUFRIMIENTOS POR LA PATRIA A LAS SEÑORAS VIUDAS DE ITURRINO Y DE GUIJOSA

Palabras pronunciadas en San Sebastián el 13 de septiembre de 1938.

NO son momentos los actuales propicios para discursos ni para incurrir en verbalismos, pues la hora actual de España es de hechos y de realidades; por eso, y ante el heroico sacrificio de una juventud decidida a salvarla a costa de su vida y ante el recuerdo de muchos de los compañeros que cayeron en la lucha, las palabras más elocuentes carecen de valor, y lo mejor que podemos hacer los que sentimos el rubor y el reproche de conservar la vida cuando otros tantos mejores ya perecieron, es permanecer callados, trabajando cuanto nos sea posible por la grandeza de España.

Por eso, cada vez me siento más atraído hacia el silencio fecundo. Pero hay, sin embargo, ocasiones en que es obligado romperlo para expresar con las palabras más breves, y al mismo tiempo más sentidas, nuestro recuerdo imborrable hacia aquellos que constituyen la guardia eterna de la Patria, y para demostrar a sus deudos que rendimos el homenaje debido al sacrificio de los suyos. Y en una de esas ocasiones -nos encontramos ante el dolor de dos abnegadas mujeres y nos inclinamos respetuosos para imponerles la medalla símbolo de su sufrimiento y ejecutoria de su gloria. Y a las dos, representación en estos momentos de todas las, mujeres españolas que han dado sus seres más queridos, les aseguramos que sus penas quedaron compensadas con la única compensación que ellas admiten: con el orgullo de saberse madres, esposas, hijas, hermanas de los hombres que han labrado con su heroísmo la grandeza y la libertad de España, y les aseguramos también que como no hemos traído ambiciones personales ni más ideal que aquel por el que sus hijos y maridos murieron, estamos decididos a oponernos con todas nuestras fuerzas, pocas o muchas, a los que quieran impedirlo.

A los hermanos Iturrino los conocí personalmente, y personalmente también pude comprobar su valor, su desinterés y su entrega absoluta en cuerpo y alma a la causa de la Falange, aunque entonces decían era de locos o de niños, y ha resultado la causa de España. San Sebastián sabía también de su valor y de su entusiasmo, de la persecución que sufrían y de los riesgos que soportaron. Ellos vendieron «F. E.» y «Arribara cuando venderlos era jugarse la vida en cada esquina de la ciudad; ellos hicieron propaganda sin tapujos ni disimulos; ellos se enfrentaron con rojos y separatistas, y ellos supieron morir como habían vivido, cara al enemigo y gritando ¡ARRIBA ESPAÑA!

El comandante Luis Guijosa, bravo entre los bravos y tradicionalista de siempre, fundador del Tercio de Oriamendi, cayó al frente de él en el campo de batalla de Vizcaya. Su único hijo, Francisco, mozo de diecinueve años, murió también al frente de sus requetés, combatiendo como teniente en el Tercio de Zumalacárregui.

Dios ha querido que sus nombres quedaran vinculados a dos gloriosos de la Comunión Tradicionalista y que hoy se refunden juntamente con otros de la Vieja Falange.

Y consecuente con mi propósito, basta ya de palabras, una vez pronunciadas las imprescindibles. Señora viuda de Iturrino y señora viuda de Guijosa, madre de falangistas y madre y esposa de requetés: En vuestro dolor verificáis la completa unificación de boinas rojas y camisas azules, y en esa unificación no caben interferencias de nada ni de nadie, porque las dos habéis quedado ligadas por la pena y el recuerdo de un mismo destino, que el Dolor de España sirva también de unión entre los españoles para que sólo pensemos en ella y olvidemos nuestras pequeñeces, y que hoy, aniversario de la liberación de San Sebastián, que todos celebramos, no olvidemos acordarnos de los que }murieron por conseguirla ni de nuestros hermanos que aun quedan por liberar. Que nuestra capacidad de recuerdo hacia ellos no se agote nunca, y que el sacrificio de vidas, ejemplo de tantos héroes, nos sirva de norma en nuestra vida.

OFRENDA AL CAUDILLO DE LOS ATRIBUTOS DE MANDO

Palabras pronunciadas en Burgos el 1 de octubre de 1938.

EXCELENCIA: En nombre de la Junta Política aquí presente, que ostenta en este acto la representación de la Falange Española Tradicionalista, tengo el honor de entregaros los atributos del mando correspondientes a la altísima jerarquía que ostentáis en los Ejércitos de Mar, Aire y Tierra. No veáis en esta Entrega que os hacemos tan sólo un acto de adhesión personal, pues sobre sernos obligada, el tratar de propalarla o hablar de ella tanto vale como admitir la posibilidad de que no exista, siendo así que podemos adherirnos a lo que está fuera de nosotros, pero nunca a lo que constituye nuestra propia esencia, ya que vos, Caudillo, y la Falange, sois una misma cosa.

Este acto tiene un valor simbólico. Significa el afirmar una vez más el espíritu de milicia del Partido, sus características militares, el afán de difundirlos en todos los sectores de la vida nacional y el convencimiento de que nadie mejor para mantener y engrandecer ese espíritu y esas características que la persona que únicamente tiene derecho a ceñir ese fajín y a empuñar ese bastón. Nos apiñamos, pues, a vuestro alrededor los soldados, dispuestos a todos los sacrificios que España por vuestra boca nos mande. En nuestras filas no cabe el desaliento ni el desmayo, y hoy, como ayer, como mañana, como siempre, estamos y estaremos en nuestros puestos de servicio para acatar Nuestros mandatos, seguros de que ellos nos traerán la grandeza y libertad de la Patria.

Que Dios os conceda larga vida para seguir dictándolos, y que el triunfo definitivo permita realizar íntegramente la Revolución que acaudilláis; es lo que deseamos.

Como siempre, a vuestras órdenes.

EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO DE «AUXILIO SOCIAL»

Discurso pronunciado en Valladolid el 23 de octubre de 1938.

CUANTAS veces he tenido que hablar en este teatro he experimentado análoga sensación a la que ahora experimento. Sensación de recuerdo, que me cohibe a la par que me emociona. De este teatro no conserva mi retina otra imagen ni otra plástica que la de aquel acto del 4 de marzo de 1934. Aquel ambiente inolvidable, aquella alegría juvenil y batalladora de nuestras Escuadras, el encuentro después en la calle con los marxistas, la figura de los camaradas jefes que en él tomaron parte, y sobre todo, el recuerdo de la voz inconfundible de José Antonio hablándonos de tierra y cielo absoluto, de viejas chancillerías, de mensajes al Emperador, y pronunciando recios nombres de pueblos castellanos: Madrigal de las Altas Torres, Medina del Campo, Villalar, tan ligados a nuestra Historia, y que en sus labios recobraron todo el valor y prestancia que les corresponde. Este teatro, pues, como en realidad sucede con Valladolid, es para la Falange algo íntimo, muy suyo, a ella definitivamente vinculado, a sus luchas pasadas, presentes y futuras, pues los que sueñen con el descanso estando en nuestras filas se han equivocado. Teníamos enemigos antes, los tenemos ahora y los tendremos cada vez más, a medida que vayan comprobando que no somos unos locos, ni unos ilusos, sino 'los depositarios únicos de la parte de verdad política que en España puede poseerse; porque la verdad total sólo a Dios corresponde.

Por esto, repito, que si el hablar «en este teatro y en Valladolid es placer y deleite para mi espíritu falangista, es también preocupación, porque el rigor de doctrina, claridad -de pensamiento y precisión de palabras que siempre procuro observar, son exigencias más imperiosas al dirigirme a vosotros, que sabéis distinguir perfectamente lo auténtico de lo falso, aunque lo falso vista las apariencias o el ropaje de la autenticidad, por muy fastuosos y deslumbrantes que sean esos ropajes o esas apariencias. Y además os voy a hacer una confesión. Cada vez siento menos inclinación a pronunciar discursos, porque tengo el temor de incurrir en el chabacanismo que tanto hemos criticado. Porque, exigentes como hemos de ser con nosotros mismos, me asalta el temor y la duda de si, a pesar de lo que ya hemos realizado y de las circunstancias por que atraviesa España, nuestra realidad revolucionaria seguirá un ritmo paralelo a nuestros propósitos y declaraciones verbalistas, aunque reconocemos y no podemos olvidar que aquellos que ponen en duda nuestra decisión transformadora son justamente los que más la temen, y al temerla, nos la niegan para desacreditarnos, esperando así verse libres de ella. Por eso procuro hablar lo menos posible y sólo cuando tengo algo que decir, cuando hay algo que resaltar, ha . cer pública una labor realizada; y en ese caso nos encontramos ahora. No esperéis, por tanto, un discurso lírico ni de alta política, ni de tipo doctrinal, de esos que se cree deben pronunciarse exclusivamente por los ministros. Siento vuestra defraudación, si así lo esperáis, y os pido me perdonéis. Voy a hablar de Auxilio Social, Auxilio que no ya vosotros, que trabajáis en él, sabéis lo que significa, sino España entera, de que no es una cosa vacía, rellena de declaraciones más o menos teóricas, sino un edificio macizo, bien construido, bien amueblado, bien dirigido y habitado por quien sólo debe vivir en él, Auxilio Social es una de las realizaciones más tangibles de nuestra triple consigna y en las que la Falange adquiere corporeidad; es magnifico valladar que oponer a nuestros enemigos de este lado y procedimiento eficacísimo para hacer ver del otro el error en que se encuentran al juzgarnos como lo hacen.

Auxilio Social nació, como sabéis, en el otoño de 1936 con el nombre de Auxilio de Invierno, debido a la inquietud de Mercedes Sanz Bachiller, a la preparación política de Martínez de Bedoya y al apoyo que a ellos prestó, desde los primeros momentos, sin regateos, Pilar Primo de Rivera. Nació con dimensiones provincianas. A los !pocos meses se realizó, en febrero de 1937, su primera cuestación nacional, y en la actualidad tiene un volumen, tiene una importancia nacional, como se demuestra con los datos y resultados que os voy a leer, y en los que, como dijo José Antonio, cantan los números su canción exacta.

Auxilio Social se desdobra hoy día en los siguientes servicios: Auxilio de Invierno, con sus comedores infantiles y sus cocinas de hermandad; Obra Nacionalindicalista, de protección a la madre y al niño, con hogares para embarazadas, jardines maternos, guarderías infantiles, hogares para niños huérfanos abandonados, y en los que suplen, cuanto es posible, la falta de . las madres, pudiendo ser hogares cunas, infantiles, escolares o de aprendices, según la edad de los niños recogidos. Volviendo a explicar lo que son guarderías infantiles, os diré que tienen como finalidad evitar que las madres trabajadoras tengan que dejar sus hijos abandonados al cuidado del vecino o de otros pequeños; servicio social con departamentos educativos y de organización, habiéndose solicitado hasta el 30 de octubre de 1938, 46.000 prestaciones; auxilio al esfuerzo con cocinas dietéticas de convalecientes y policlínicas; auxilio a la vejez, con el que se trata de resolver el problema del anciano que sólo precisa comida y vestido y al que la nostalgia del hogar le impida entrar en auxilios oficiales; y auxilio a poblaciones liberadas, que va siguiendo a escasa distancia los avances del Ejército para atender a

los problemas urgentísimos de alimentación que plantean los primeros momentos de las liberaciones de las poblaciones. Como dato, baste decir que sólo en la provincia de Teruel se suministraron más de 676 toneladas de víveres.

Auxilio Social ha adquirido tal desarrollo, tal importancia desde su iniciación, que si en 1936 auxiliaron nuestros comedores a 2.900 niños, con 179.000 comidas, en él año actual son 731.000 los que a ellos han asistido y 44.000.000 las comidas servidas. Esto sólo en los comedores, pues en las cocinas de hermandad se han repartido 50.000.000 de comidas más.

Los ingresos de Auxilio Social provienen de la «Ficha Azul», de la recaudación y de la subvención del Estado. En las primeras postulaciones de octubre de 1936 se recaudaron 28.000 pesetas.

En la última, 640.000. Por «Ficha Azul», 3.246 en octubre de 1936. En septiembre del actual, 939.000. En octubre de 1936 funcionaba un solo comedor. En septiembre del actual año, 1.326; y en este mismo mes se utilizan 700.000 kilos de víveres, siendo el promedio de personas asistidas mensualmente en la zona de vanguardia 215.000. Todos estos datos que os he leído son, no para que los conozcáis vosotros, pues de sobra lo sabéis, sino para que, a través de este micrófono que transmite mi (voz, los conozca toda España, demostrando el volumen de la obra que está realizando la Falange y su indudable eficacia, así como, la cooperación que en todos estos servicios han prestado las beneméritas afiliadas de la Sección Femenina del Partido, y cuya eficacia vosotros sois los primeros en reconocer.

Pero es también de suma importancia el divulgar el verdadero significado de Auxilio Social, su filosofía, valga la palabra, y su perfecta dependencia con los principios del Nacionalindicalismo.

Cuando existe un exacto concepto de la comunidad nacional. y nos consideramos todos los que integramos un pueblo realizadores de funciones y tareas encaminadas a un fin colectivo, y no poseedores de medios utilizables exclusivamente en provecho, propio, entonces comprendemos que hemos de proporcionar a los miembros de esa comunidad, que sin culpa los precisen, los medios necesarios para colocarlos en condiciones de ser útiles a la Nación. Pero se los proporcionamos no por un sentimiento piadoso, ni por sensiblería, ni por estimarlo obligación correspondiente al lastre de altas clases sociales, ni por coincidir con la fórmula inglesa inspirada en el utilitarismo de la máxima felicidad para el máximo número, y en la que el problema económico de la alimentación se pone por encima del bien y del mal, ni por esperar en este mundo alabanzas a la generosidad ni a la filantropía, ni en el otro recompensas celestiales, sino pura y - simplemente como un deber de españoles y de hombres para con otros hombres y otros españoles también.

Por eso, cuando Auxilio Social establece comedores o cocinas, cuando entra en auxilio de las poblaciones recientemente liberadas, no investiga la idea política ni religiosa de los que atiende. Por eso nuestros hogares recogen a los hijos de los rojos y los que no lo son. Por eso hace pasar por Auxilio Social a las, mujeres españolas, para educarlas en la idea de solidaridad nacional, y por eso cumple su tarea sin buscar agradecimientos ni populachería, ni sumisiones interesadas o aparentes de nuestros enemigos, sino de manera objetiva y racional, como expresión que es del concepto que ~la Falange tiene de la justicia. Si en la familia se educa y alimenta a los hijos -en cumplimiento de un deber y a impulsos de un amor, sin necesidad de razones de ningún otro tipo, en la Nación los españoles tenemos recíprocamente que cumplir deberes análogos y por motivos semejantes.

Ahora bien: ese cumplimiento no puede quedar confiado de manera exclusiva a la diligencia o voluntad del individuo, ni tampoco ha de ser función exclusiva del Estado, sino del pueblo mismo, debidamente organizado bajo la vigilancia exclusiva del Estado, y por eso en España lo realiza Auxilio Social, dentro de la Falange Española Tradicionalista.

Como sabéis perfectamente vosotros que me escucháis y como sabe todo el mundo, en los regímenes revolucionarios el Partido es . la clave del sistema constitucional del Estado. El Estado necesita un punto de apoyo, una fuerza espiritual. Esa fuerza ha sido unas veces religiosa, caballerescas otras, feudal e incluso económica. La Revolución francesa la encontró en la soberanía popular y los comunistas en la mística del proletariado. Pues bien: en los regímenes nacionales, esa fuerza reside en el Partido único, palabra que no a todos gusta y que otros sustituyen por la de Movimiento, y que yo no encuentro la menor heterodoxia en utilizar, porque la palabra no responde como sabéis al concepto de los partidos antiguos, sino porque entiendo que el Movimiento representa una actitud, una expresión, una aspiración, un estado de ánimo si queréis, y el Partido el cauce donde esa actitud pueda adaptarse. El Movimiento es la esencia; el Partido, el vaso que la contiene y exterioriza. Pues bien: uno de los problemas más trascendentales en esos regímenes es justamente el resolver la relación del Partido con el Estado. Y sien teoría se pueden señalar soluciones bien definidas, al

llevarlo a la práctica ya no es tan sencillo, sobre todo cuando, como ocurre en España, nos encontramos en período constituyente, y, sin embargo, ese problema ha encontrado adecuada efectividad en las actividades de Auxilio Social. Esto ocurre por dos conductos diferentes: uno, que va del Estado a la Falange; otro, que va de la Falange al Estado. El Estado provee de medios y recursos al Auxilio Social, pero a su vez, la Falange, con esta obra, cumple la misión que le corresponde y recoge los anhelos del pueblo de llevarlos hasta el Estado, de ser inspirador y acicate para sus obras; infúndele inquietudes y transmítele dinamismo, atrayendo hacia él la adhesión popular indispensable para la existencia de un Estado auténticamente nacional.

¿Y qué beneficios se derivan de ese entronque? ¿Qué consecuencias ha traído? En primer lugar, el Estado ya no aparece interesándose fríamente por los problemas sociales, de una manera burocrática a través de unos funcionarios sin ilusión, que no ponen en su labor entusiasmo de hombres, ni calor de camaradas, sino como partícipes en las inquietudes, angustias y necesidades de la comunidad nacional.

Para la Falange también se derivan beneficios. La Falange dispone así de recursos y de medios superiores a los que tendría de otra manera para realizar su labor, haciendo ésta más fácil y eficaz, pudiendo dar realidad inmediata a alguno de los puntos de su doctrina, único instrumento eficaz para llevar a los españoles a una vida mejor organizada, y como además, en todos los organismos del Estado relacionados con sus actividades sociales, Juntas Provinciales de Beneficencia, Consejo Superior de Beneficencia, Jefatura Nacional del Servicio de Beneficencia, figuran jerarquías o miembros del Partido que a su vez figuran en el Servicio de Auxilio Social, la relación con el Estado se mantiene constante, sin bache alguno, asegurando en toda ocasión la 'eficacia y continuidad.

Auxilio Social, pues, es uno de los orgullos de la Falange Española Tradicionalista. Contra él, y sospechamos que precisamente por serlo, se han lanzado críticas y murmuraciones, por la incomprensión de los que sólo ven en él unos comedores de caridad o un distribuidor de vales de comida. La tacañería de mucha gente, tacañería nacida a veces del temperamento y otras empleada como arma política, la envidia y la calumnia..., y contra él se han desatado campañas demoledoras de, gentes que ante su presión o su partidismo nada vale el interés nacional ni las obras que lo defienden o lo amparan; pero Auxilio Social ha confundido a sus enemigos, ha sabido salir indemne de todas las batallas, cada vez con más brío, para continuar y perfeccionar su obra, como saldrá esta Falange de la que forma parte, aunque para ello algunos tengamos que quemarnos en el fuego de la ingratitud, del desgaste o de la impopularidad personal.

Toda la esencia de la doctrina de la Falange es la de hacer una Revolución. Pero sincero conmigo mismo, a veces me he preguntado si esta idea revolucionaria no era un tópico demagógico, un mito nacido de la influencia de la propaganda marxista a una concesión halagadora; pero siempre que me he planteado ese problema, os digo también con sinceridad que he llegado a la conclusión de su necesidad absoluta.

La humanidad tiene un ansia de justicia que no sabemos si podrá llegar a satisfacer plenamente alguna vez. El espíritu revolucionario es la expresión, de esa intranquilidad y ese afán de acortar en lo posible las distancias que existen entre aquellos que lo tienen todo y aquellos otros que no tienen nada. Por eso, cuando la causa del mal se atribuye a una o varias instituciones políticas, económicas y sociales, o cuando esas instituciones han perdido su razón de ser, se han desvalorizado, han sufrido una subestimación, entonces se quieren sustituir con otras, rápida, velozmente; pero entonces surge la pugna con la minoría que, bien situada en ese orden existente, no aprecia la necesidad del cambio, cegada por su egoísmo o su actual comodidad, sin darse cuenta que, como el fenómeno revolucionario obedece a leyes históricas y a un proceso evolutivo de la humanidad, ese propio egoísmo y esa propia comodidad debían llevarle a no poner trabas a cuantos quieren la revolución ordenada, pues si no será eliminada por los que sólo la conciben sangrienta e inspirada en el odio.

La esencia de la doctrina de la Falange, repito, (es hacer esa revolución constructiva para, con ella, mejorar la justicia social existente, y al recoger esta bandera revolucionaria, Falange ha proporcionado a España un bien inmenso, que aunque sólo fuera ése, ya sería bastante para merecer la simpatía pública; pues demostrando que la Revolución no es monopolio de los marxistas, como hasta ahora se creía, ha arrancado de sus filas a todos los que de buena fe estaban convencidos de la absoluta necesidad de realizarla en España. Pero las metas de Falange no son permanentes ni definitivas, ni pueden quedar petrificadas, sino que son .tanteo, posibilidades de alcanzar otras más altas, eligiendo caminos que hasta ahora los españoles no habían sospechado que existiesen o despreciaban recorrer, forjando así los pilares de una etapa nueva de civilización que está incubándose, aunque España será siempre fiel a las invariantes de_ su gloriosa Tradición.

Pues bien: el Auxilio Social, en el exacto sentido que debe de tener, no viendo en él la antigua sopa-boba ni el reparto de prendas de punto, como gabancitos de niño, libre del concepto reaccionario de la beneficencia

como obra de la dignidad nacional, es un jalón de esa tarea revolucionaria con una fuerza de ejemplaridad sorprendente y de atracción de las masas, que con incredulidad, nacida de tantas defraudaciones como han sufrido, piden realidades tangibles y no bellas palabras.

EN LA CONMEMORACION DE LOS CAIDOS

Discurso pronunciado en Sevilla el 29 de octubre de 1938.

VUELVO a hablar en Sevilla, en esta fecha inolvidable, para mí de doble emoción, pues al valor evocador que en sí encierra, se une el de ser aniversario de la primera vez que lo hice públicamente, después de recobrar por obra del Caudillo, a quien renuevo públicamente mi gratitud, mi personalidad de ser libre y dejar la de paria.

Entonces, como hoy, celebramos este acto en recuerdo de los caídos por la Patria. Pero este año el acto tiene una dimensión excepcional, porque, hasta ahora, en la sacra legión de esos caídos faltaba el Capitán. Hoy ya les acompaña, para nuestro dolor. Hoy marcha a la vanguardia de sus líneas, mandando sus escuadras. Hoy, la figura de ese Capitán deja de ser neblina y vaguedad para volver a ser la precisión y claridad que tanto amaba. Hoy llevamos clavada en nuestro ser, como espina punzante que hace brotar la sangre y nos corta el sosiego, la trágica certeza de que no volverá; pero tenemos también, contrastada en todas las pruebas y todos los dolores, otra certeza incommovible: la de nuestro recuerdo inagotable hacia él.

Por eso, Flechas de España, os habéis congregado aquí, en este día, para rendir el homenaje de vuestra presencia a los caídos y especialmente a José Antonio, símbolo de todos ellos y de la juventud española. Por eso habéis venido a escuchar mi palabra, que en estos instantes quisiera fuera la más elocuente de todas las humanas, para que pudiera ponerse a tono con la grandeza del recuerdo y el homenaje, y para que fuese fiel reflejo de mis sentimientos y de mi emoción. Y por eso mi discurso va a referirse principalmente a José Antonio, a su vida, a su obra, a su figura ingente e indiscutida, encarnación de la unidad armónica de todos los españoles.

Si se pudiera describir con una palabra a José Antonio, esa palabra sería la armonía. José Antonio es la armonía, y como resultante de esa armonía, la unidad.

Armonía como hombre y armonía como político.

Armonía entre la timidez y dulzura de su temperamento, con la audacia nacida del raciocinio y de su férrea voluntad. Armonía en su cerebro genial, de su cultura profunda, con su prestancia física y viril. Armonía de la precisión matemática de sus conceptos con la lírica subjetividad de sus expresiones. Armonía entre el sentido de lo colectivo y el respeto a la individualidad, de su fe en el pueblo, con su cualidad de héroe, de la elegante aristocracia de su espíritu con el contenido profundamente humano de sus tareas cotidianas, de su sensualismo de hombre mimado por la vida y la fortuna, con el misticismo que brotaba de su alma y de su auténtica religiosidad, y armonía, al fin, sublime armonía, entre la resignación con que acoge el trance tremendo de la muerte y la vitalidad desbordante que le ata a la vida con fuerza de titán. «No es alegre morir cuando se es joven-nos escribe-, pero espero la muerte con decorosa conformidad.»

Y es pesa clara armonía de su vida maravillosa, que sólo Dios concede a los elegidos para demostrarles su predilección, la que se refleja en la doctrina política que él creara.

Cuando España parecía condenada a debatirse inútilmente y para siempre, entre la saña y rencor de un lado, y el temor y la comodidad, de otro; entre el vaivén de posiciones laterales, visiones falsificadas o incompletas, José Antonio, que en cualquiera de ellas hubiera hallado fácil acogimiento, enajenando amistades y prejuicios, incluso violentando íntimas inclinaciones y tendencias derivadas del ambiente social en que viviera, supo llegar a lo profundo de España, descubrió sus raíces, las sacó al aire libre, despojadas de la hojarasca liberal y del cieno marxista, y las trasplantó a una tierra más fértil, donde habían de ser regadas por la sangre de la juventud.

El nos descubrió el camino que habría de llevarnos a una Patria entera, aunque ese camino fuese difícil y áspero y aunque aquellos que lo emprendieran supieran de antemano que muy pocos lo habían de terminar. Pues bien: ese camino lo ilumina la idea de armonía de que antes hablaba. El no quiere que los españoles lo recorran cada uno desde las alturas que lo dominan, separados y celosos, sino que vayan por el centro de la calzada, agarrados del brazo, ayudándose mutuamente a levantarse y quitando juntos los obstáculos que lo cierren. El nos ha dicho verdades absolutas que quizá otros también dijeran; pero hizo algo más: las ha dicho con un estilo nuevo, y las puso en contacto con otras relativas o aparentes, aprovechando lo bueno que pudieran tener y desechando sus errores, las avaló con la ejemplaridad de su conducta, las alejó de la fría teoría, las dió vida y calor de realidad, y, sobre todo, supo poner en pie de guerra, en línea de combate, como él dijo, a la juventud española, haciendo que amara esas

verdades con tal delirio, que se metieran tan dentro de su ser, que esa juventud ha muerto y está dispuesta a seguir muriendo por defenderlas e implantarlas, a la sombra de la bandera, símbolo de la Patria, y de esa otra roja como la sangre y negra como el dolor.

José Antonio inició una tarea de caracteres épicos. A él, en tiempos normales y tranquilos no podían entenderle. Ansiaba unas cosas muy raras y difíciles. Hablaba un lenguaje original, tan original, que a veces sonaba a ingenuidad o locura. En lugar de votos o actas, de cargos o prebendas, de atmósfera asfixiante de las Cortes, de intrigas de pasillos o de comodidad, nos hablaba de estrellas, de luceros, de versos y poetas, de pólvoras y de balas, de himnos y banderas, de guerras y de amor. La España que había de formarse con tales elementos no podía salir de unas elecciones, ni de los acuerdos tranquilos de unos cuantos santones políticos, sino de una conmoción como la actual, a costa de jirones y desgarros en la carne y en el alma de una juventud estupenda, que a golpe de guerra, nos ha de traer la España que él soñó. Formidable político, y precisamente por serlo, no señaló soluciones concretas con espíritu de burócrata, ni formuló programas arbitristas, panaceas infalibles para darnos la felicidad; pero, en cambio, nos enseñó a adoptar actitudes serias y profundas ante los varios problemas de la vida, y entender ésta de manera diferente a la frívola y superficial que hasta que él nos habló habíamos llevado. José Antonio fué un español de cuerpo entero; su corazón amaba a la España que su cerebro comprendía, y porque la amaba hasta el frenesí, la quiso entera y no partida, generosa y no mezquina, para que todos los españoles se sintieran dentro de ella, para que todos participásemos del regalo de esa cualidad y para que ninguno pudiera considerarse de casta diferente o inferior siendo hermanos.

El encarnó la unidad de las tierras, de las clases y de los hombres, de lo nacional con lo social, de la tradición con el futuro, de la autoridad con la revolución, y por eso su figura se recorta en el horizonte de la tormentosa política española de estos últimos años como la representación de la unión entre todos los españoles, mediante una doctrina que funda en una síntesis superior lo bueno que tenían las demás doctrinas políticas que en España existían. Y cuando entre la estéril pugna de las derechas y de las izquierdas hizo pública por primera vez esa doctrina, hoy hace cinco años, en el teatro de la Comedia, de Madrid, pocos la apreciaron exactamente; el que más, la valoró como la opinión de un chico aprovechado; y, sin embargo, si la hubieran aceptado y la hubieran convertido en realidad, se hubiera evitado la tragedia actual. Lejos de ocurrir así, contra el hombre que la encarnaba se esgrimieron toda clase de armas: la del aislamiento, la de la ironía punzante y desconsiderada, la del cerco económico; se le encerró entre barrotes, cual águila que se enjaula por temor a que se remonte tan alto que nadie pueda seguirla en su vuelo majestuoso; hasta que una mañana de noviembre cayó sobre las frías losas de una cárcel levantina, asesinado por aquellos que, en su odio, no acertaron a adivinar que mataban al hombre que no tenía otra ilusión que la de redimir económica y espiritualmente a los mismos que le mataban, creando un orden nuevo y metiéndoles en el alma el amor a España.

Camarada y amigo: te marchaste en plena juventud, como los elegidos de los dioses. Como Sigfrido, te enfrentaste con el dragón. Como Amadís, luchaste por la dama de tus desvelos para salvarla de brujas y de endriagos. Cual nuevo Garcilaso, hiciste poesía y caíste por el Imperio, sin casco ni coraza, a cara descubierta, al asaltar el castillo de tus ilusiones. En tierra de palmeras, gallardas, cual tú eras, y cerca del mar Mediterráneo, clásico como tu cultura, luminoso como tu cerebro y azul como tu camisa, reposa tu cuerpo por ahora; pero tu alma habrá entrado ya en ese paraíso que cantarás, donde en las jambas de las puertas, junto a los ángeles con espadas, hacen guardia tus escuadras caídas cara al sol por Dios y por España, totalmente victoriosa de sus enemigos, sin pactos ni mediación.

Por eso, cuantos por ahí hablan de ella ofenden tu memoria; tú la ofreciste, y al matarte. a ti a tiros, la mataron a ella también. Hoy no cabe otra que el reconocimiento de la victoria rotunda del Caudillo y la aceptación de los veintiséis puntos que elevara a norma de Estado, pues en ellos reside la única posibilidad de acuerdo y conciliación entre los españoles, abriendo ideales, que pueden ser comunes también a todos los españoles.

Si los rojos saben perfectamente que han perdido la guerra, si a todas horas dicen que han asimilado la idea de Patria, la de unidad de mando, la de unidad territorial, al prescindir de los separatismos; si han adquirido la convicción de la necesidad de un Ejército fuerte y poderoso, de la ineficacia de las Internacionales, al comprobar que su ayuda está condenada a las conveniencias de la política nacional, como sucede incluso con Rusia, y si el Caudillo les ofrece un perdón generoso y un régimen humano y justo, donde todas las reivindicaciones sociales que no rocen con intereses superiores de la nación han de ser satisfechas, ¿por qué no se rinden ya? ¿A qué esperan? Pues, sencillamente, porque no conviene a sus dirigentes, porque para éstos, mejor que una derrota completa, nacida del triunfo de nuestras armas, es una derrota nacida de una mediación que les permita justificarse ante sus masas. Por eso, viéndose perdidos, a ellos y a sus amigos de

Europa, les importa tan sólo encontrar una fórmula que les permita llegar a esa mediación.

¿Monarquía? ¿República? Todo les es igual con tal de que no triunfe Franco y lo que él significa. Lo esencial es volver a un régimen liberal, de turnos de partidos, propagandas demoledoras, campañas de. Prensa, habilidades parlamentarias y demás resortes, que ellos, tan duchos en estas lides, manejan a la perfección, y que dentro de unos años les permitiría recobrar las posiciones que ahora pierden.

Para eso están dispuestos a aliarse con quien sea, y lo más triste es que no faltan gentes, que se dicen de la banda de acá, y que en su antipatía a la Falange, quieren cosa análoga o semejante. ¿Y quiénes son éstos? Pues los que quieren empalmar, no con la España de la Dictadura, sino con la anterior. Los que suponen que seguimos en el año 23. Los que ven a España a través del Alcubilla y de la más rancia legalidad, con visión chiquita, raquítica y detallista. Los que aun hablan de nobles y plebeyos, nos encuentran poco elegantes y entienden que llevar un nombre glorioso -en la Historia de España -es fuente de privilegios en lugar de ser carga difícil de soportar. Los que no se resignan a perder sus posiciones y creen que la guerra se hace para evitar que el marxismo les desaloje de ellas. Los liberaloides y populistas, convencidos de que con nosotros nada les queda por hacer; los que presumen de religiosidad, aunque esa presunción es tan sólo para hacer su política, y algunos magnates de la finanza. En resumen: los supervivientes de la catástrofe, los últimos restos del orden viejo que la guerra ha venido a destruir.

Pero unos y otros se equivocan de medio a medio si creen nos preocupan. Nos podrá entristecer el pensar que, al cabo del tiempo, transcurrido y de los -incalculables servicios prestados, antes y después de estallar el Movimiento Nacional, la Falange tenga que gastar tiempo en ocuparse de ellos. Nos entristecerá también el pensar que no es el mejor procedimiento, ni el más disciplinado para servir a una Patria unida, el seguir combatiendo al Partido que, por decisión libérrimamente adoptada y libérrimamente mantenida por el Caudillo, es el único de España. Pero, en el fondo, nos alegran esas campañas, porque son pruebas de que nos temen. Por eso, a los que critican de buena fe, les decimos: ¿No os dais cuenta de que estáis haciendo el juego a los enemigos comunes, a gentes que obedecen a consignas perfectamente meditadas? Pues si no os la dais, abrid los ojos, y si ya los tenéis abiertos e insistís en vuestras críticas, entonces os incluimos -en la lista de los que estamos decididos a no tolerar vuelvan a -ejercer su influencia en la vida política, si no hacen previamente abjuración pública de sus errores y no dan pruebas de acatamiento y disciplina.

Por eso, hoy, en esta solemne ocasión, y en recuerdo a la sangre de los caídos, con toda cordialidad pedimos a los españoles que aun no lo han hecho que dejen sus pequeñas pasiones, sus egoísmos, sus rencillas, que piensen lo que está pasando España, sus dolores y sus tragedias, y que se incorporen al espíritu de la Falange Española Tradicionalista, porque ella ya no retrocederá en el camino emprendido, ni hay poder humano que pueda conseguirlo si lo intentara. Ella, con el ímpetu de la ola, arrollará todos los obstáculos que se le presenten, pues para eso lleva delante un Caudillo y detrás a la juventud española, la que vive y la que murió. Serán unos o serán otros sus representantes, pero la idea ha arraigado ya. Sus raíces se han extendido con tal fuerza, que es imposible arrancarlas de la tierra regada con la sangre de los mártires, cuyo recuerdo conmemoramos. Vamos, pues, decididos a vigorizar el nuevo Estado, a reforzar sus fuerzas históricas con la incorporación del proletariado, de manera semejante a como se vigorizó en la Revolución francesa al incorporar a él las fuerzas de la burguesía naciente. Pero así como entonces fué necesario disciplinar el espíritu jacobino con que esa burguesía naciera, así tenemos también que eliminar el marxista, el internacional que envenena a las masas proletarias, disciplinarlas y darlas un sentido nacional.

Vamos, pues, decididos a construir un nuevo Estado, no sólo con el ímpetu de esas masas proletarias, sino de todos aquellos núcleos que, sin serlo, ni ser responsables del orden económico actual, han demostrado que el marxismo no agota la capacidad revolucionaria, como se creía generalmente y él mismo proclamaba.

Y al recoger esa bandera, la Falange, como dije en Valladolid el domingo último, ha prestado un servicio a España que no sabemos si habrá sido apreciado en todo su valor, pues ha arrancado de las filas marxistas a todos los españoles sanos que de buena fe sienten la necesidad de que en España se haga, al fin, la transformao-ón que venimos anhelando hace años. Y es que, mientras en otros países, en Francia, por ejemplo, su Revolución trajo consecuencias económicas, pues desmontó el régimen de propiedad feudal, creando otra clase propietaria, la burguesía, que aun subsiste, en España sólo produjo consecuencias de tipo político, declaración de derechos, de libertades civiles, y ninguna económica, pues la de más trascendencia, la desamortización, no produjo los resultados que debiera, pues no hizo otra cosa sino trasladar parte de la propiedad española, la de las llamadas manos muertas, a otras demasiado vivas, sin que el pueblo tuviera la menor ventaja y dando origen indebido a importantes fortunas, muchos de cuyos titulares, hoy, seguramente, serán conservadores y enemigos nuestros.

Pero como la Revolución no es un movimiento epiléptico, sino una voluntad constante y una permanente decisión, y como es muy difícil, cuando no imposible, el hacerla al par de una guerra, porque en ésta hay que concentrar todas las energías, aunar todos los esfuerzos y procurar lesionar los menos intereses posibles, a los que nos critican por no ir demasiado de prisa les decimos que no olviden esas » razones y esas circunstancias, y cuanto a pesar de ellos hemos hecho, y les preguntamos también si no buscan el desacreditarnos, porque en el fondo están deseando que nada se realice.

Juventudes españolas: Vuestra hora ha sonado en el reloj de la Historia. Dios ha querido que vuestra juventud física haya coincidido precisamente con el momento en que la suerte de España se va a decidir para muchos años, o quizá haya sido vuestro ímpetu el determinante de que ese momento surgiera. Es lo mismo. Lo cierto es que a vuestra generación le ha correspondido la tarea histórica de dar sustancia a la España que se está formando. No escamoteéis la tarea ni consintáis que nadie ponga obstáculos a vuestra obra, pues si así lo hicieris, cuando el tiempo implacable ponga nieve en vuestras sienes y arrugas en vuestro rostro, tendréis el remordimiento y la tristeza de haber desaprovechado la coyuntura.

Flechas de España: Tened la fe que tienen vuestros hermanos mayores, que luchan en las trincheras con heroísmo asombroso, muchos de los cuales han caído justamente para que vosotros podáis vivir; educaros en la idea de amor hacia la juventud envenenada del otro lado de los parapetos, para que en el día de mañana vuestro ejemplo y conducta, vuestro auténtico patriotismo y vuestro exacto concepto del deber y la justicia permitan salvar los abismos de rencor que sus padres abrieron.

Sed profundamente creyentes, sin fariseísmos; fuertes, sin majezas; cultos, sin pedantería, y haced de la Patria y el Caudillo que la simboliza el ideal de vuestra vida.

Juventud de la Patria, la que combates en los frentes y la que, por tus pocos años, aun no lo puedes hacer: Eres el aliento y el estímulo para nuestra empresa; tú la terminarás, y entonces, cuando la hayas terminado y España sea realmente grande y libre, acuérdate de que hubo unos hombres que la iniciaron con todo su entusiasmo y hazles la justicia de pronunciar sus nombres alguna vez.

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JOSE ANTONIO

Discurso pronunciado en Burgos, el 19 de noviembre de 1938.

EN el anochecer de este día de dolor y de luto, de alta recordación hacia el hombre que hoy hace dos años dejara de existir físicamente, me dirijo a vosotros, -españoles todos, los de aquí y los del otro lado, a los que le amasteis y le comprendisteis, a los que le mirasteis con indiferencia y a los que no le quisisteis también, para pedir a los primeros que ese amor nunca se entibie y a los últimos que aparten de sí la indiferencia o el rencor, y despojados de estas ;taras psicológicas, piensen y mediten sobre si la vida y la muerte de José Antonio no tiene un valor auténtico de ejemplaridad suficiente para dar a su doctrina y a su obra caracteres de pureza y de fuerza proselitista bastantes para hacer tambalear vuestras antiguas convicciones y abrir una brecha que permita la entrada a la conversión y al arrepentimiento. Mis palabras, pues, en estos momentos, van dirigidas no sólo a los amigos y camaradas, sino, a los enemigos también, donde quiera que se encuentren, porque entiendo que el mejor homenaje que podemos rendir a José Antonio en este día cuantos nos sentimos identificadas con él y somos modestos continuadores de su empresa, es tratar de incorporar a ella a los incrédulos, a los descarriados, a los enemigos, en fin. Recordemos los méritos, el heroísmo, el genio de José Antonio, su clarividencia de juicio al discurrir sobre los males de España y el remedio para ellos; pero hagámoslo no sólo como homenaje póstumo a su memoria, sino también como razones que emplear contra la sinrazón, como verdades que oponer al engaño, como rosario de amor que enfrentar a la sarta de odios y rencores que tanto mal han hecho.- 157 -

Los que le conocimos y quisimos y los que, sin conocerle, han aprendido a quererle después, le hemos dedicado hoy nuestra oración más fervorosa y nuestra plegaria más íntima y hemos afirmado y robustecido más, si ello es posible, nuestra fidelidad hacia todo lo que él representa. Pero siendo esto mucho, no es bastante, porque no debemos ni queremos desperdiciar momento ni ocasión -y ninguna mejor que la presente por el aire grave y sincero que ha de tener cuanto hoy digamos, si no queremos caer en irreverencia- para hacer resaltar, sobre todo, el amor de la Falange hacia los que se consideran perseguidos por ella, amor que envuelve en una atmósfera de cordial atracción las palabras de José Antonio, y que es en realidad el impulso determinante de sus actos y el que le hace abandonar su vida anterior y dedicarse a eso que vulgarmente se ha llamado política y que él entendió como empresa mística, casi religiosa, de verdadera conversión de los españoles hacia la unidad y hermandad de todos ellos, destruyendo cuanto pudiera impedir su realización. Y es por eso por lo que esta fecha, que si nos dejásemos llevar de nuestros instintos primarios y elementales, debía ser ;ornada de rencor y de maldición hacia nuestros enemigos, hacia los que nos arrebataron el bien perdido, en recuerdo de José Antonio, y porque él era todo generosidad y olvidó todo odio en nombre de España, y porque estamos ciertos de que él lo quiere así, es, sin embargo, tan sólo día de advertencia hacia aquéllos y de llamamiento a la razón.

Y tan lo quería así, que en su testamento nos dice cómo en el acto de la vista del proceso ante el Tribunal Popular que había de condenarle a muerte, se ocupa con afán de explicar lo que es la Falange, para ganarle adeptos y atraer hacia ella el respeto, cuando no el convencimiento de sus enemigos, y nos dice también cómo esa explicación produjo tal efecto en los jueces que le escuchaban, que sus rostros reflejaron el estupor al conocer una doctrina que ignoraban y que al haberla conocido de antemano, quizá se hubiera evitado la matanza entre los españoles, y cómo anhela sea su sangre la última que se derrame en contiendas civiles.

Y es que José Antonio, que jamás halagó las pasiones de la masa, ni buscó su aplauso, ni hizo la menor concesión que repugnara su conciencia o le apartara de la línea de conducta que se había trazado, amó al pueblo, no a la plebe. A ese pueblo realizador de las grandes empresas de nuestra Historia. Conquistadores de América: hidalgos sin solar, labrantines que trabajan la tierra. Guerrilleros de la Independencia y de la Tradición: rurales campesinos y populares. Combatientes todos en la epopeya actual, vencedores de tantas batallas, que no defienden interés material alguno y sí a la Patria contra el marxismo internacional, merecedores, no ya de nuestro agradecimiento, sino de nuestra veneración.

Y porque amó al pueblo, quiso librarle de la tiranía de los que le utilizaban como pedestal o como campo de ensayo de doctrinas o lucubraciones, y que fuesen hombres libres y no piezas de maquinaria monstruosa quienes lo integrasen.

Pero lo amó no sólo para mejorar su vida económica, sino también con amor de Historia, para devolverle su capacidad creadora.

El no creía en la soberanía popular ni en el mito de la democracia crousseauiana, ni que la verdad saliese de

los votos, ni en la fuerza del número, ni en la razón de los más, ni que los hombres sean realmente libres porque se diga en un papel; pero creía, en cambio, en la fuerza cósmica del pueblo, y sabía perfectamente que éste nunca puede quedar reducido a ser mero espectador de los grandes acontecimientos de la Historia, sino sujeto de los mismos conducido por el hombre que, señalado por el dedo de la Providencia, acierte a recoger y expresar sus anhelos, los encauce 'y le sirva de guía hacia su destino.

José Antonio siempre contó con el pueblo, y de ahí el sentido social de su doctrina. Pero porque contó con él, quiso rescatarlo para España, extender su concepto, que no quedase encerrado en los límites reducidos de una clase, sino diluído por toda la Nación. Por eso, a los que, al amparo de estrecho criterio clasista, se aferraban en sostener diferencias, en mantener privilegios o en alcanzar otros nuevos que sustituyeran a los que ellos pensaban destruir por la fuerza, opuso siempre normas y actos de hermandad y comunidad nacionales, convencido de que los peores enemigos del pueblo son los que tienen un concepto parcial de él y quieren dejarlo reducido, a un grupo más o menos amplio, pero grupo al fin, de españoles, y que ese grupo disponga de los demás.

Y, sin embargo, los antecedentes sociales de José Antonio, el medio en que viviera, su profesión y su formación intelectual fueron la causa de que unos dudasen de la sinceridad de sus propósitos, otros de su acierto en plantearlos, y otros, incluso algunos que luchaban a su lado y que luego volvieron a él contritos y confesos de la equivocación que habían sufrido, de su capacidad revolucionaria para llevarlos a la realidad. Los que así pensaban no le conocían, ignoraban en absoluto el caudal de lealtad que en sí encerraba, su total incompetencia para el más pequeño fraude, la grandeza de su genio, su férrea voluntad, el renunciamiento que había hecho a cuanto pudiera distraerle de la tarea que emprendió y a la que desde el primer momento había consagrado su vida. Consciente de la enorme responsabilidad que sobre él pesaba, se quemaba en un ansia de perfección, y, en asombroso y diario afán de superarse, luchaba consigo mismo por vencer sus defectos y mantener en máxima tensión sus mejores cualidades.

De aquí la diferencia entre el José Antonio del acto fundacional en el Teatro de la Comedia y el José Antonio que va después por esos pueblos de España predicando la buena nueva entre peligros y asechanzas, molestias y escaseces, o el que el 2 de febrero de 1936, en pleno corazón del Madrid marxista, anunció el propósito insurreccional de la Falange de no acatar el resultado electoral si era contrario a España. El valor intelectual es siempre el mismo, genial y único precisamente por serlo. El discurso del 29 de octubre es quizá el mejor, el más clásico y perfecto de los muchos buenos que pronunciara, el que tuviera si queréis más valor absoluto y menos circunstancial; pero el 29 de octubre José Antonio no ha llegado, todavía a desprenderse, aunque ya atisbara la precisión de hacerlo, de su estila de hombre formado en el estudio y el bufete y un poco también en el cenáculo literario, del comedimiento propio de su espíritu aristocrático y de hombre poco avezado a las luchas callejeras. En cambio, después, con ese afán de superarse de que os hablo, consigue añadir a sus extraordinarias cualidades intelectuales, cada vez más estilizadas, otras que él comprende son necesarias también para llevar a cabo un Movimiento del tipo del que él dirige, de carácter eminentemente revolucionario. Y vence su timidez y adquiere gesto de Jefe y da tono más ardiente, más popular y humano a sus palabras, que, guiadas por la lógica del razonamiento impecable y el calor de su entusiasmo, penetran como agudo estilete en el cerebro y corazón de cuantos le escuchan, arrastrándoles enardecidos y convencidos.

Y es que José Antonio se ha puesto en contacto con la realidad, se ha curtido en la pelea, ha luchado en la calle con los marxistas, ha sufrido atentados, ha visto caer acribillados por las balas sus mejores camaradas, ha empuñado un fusil para defender del asalto el local de la Falange, ha encabezado con riesgo de su vida manifestaciones populares, ha hablado ante públicos hoscos, que le han saludado con gestos de hostilidad; se ha enfrentado con la pobreza y la necesidad, que hasta entonces no había contemplado cara a cara, y ha sufrido también los ataques de los que se decían sus amigos y no acertaban a explicarse por qué no se sometía a sus mandatos o a las conveniencias, fuesen o no justas, de la clase a que por nacimiento pertenecía.

Hasta el último momento de su vida se debate entre su modestia y su valer. Aquélla le hace dudar de tener los merecimientos necesarios para arrastrar a la juventud española a la imponente batalla que se acercaba y que él mismo se esforzaba en provocar; éste le inspira actos y decisiones que encienden el entusiasmo de esa juventud, que se confía a él con fe que desvanece sus temores y le empuja de manera inexorable hacia su destino de Mártir y Profeta.

José Antonio aspira nada menos que a cambiar la manera de ser de los españoles, destruyendo los fundamentos, las bases sobre las que esa manera de ser se montaba, las causas a las que obedece: la duda, el pesimismo, la abulia, el desaliento, el hastío, la falta de alegría y de fe en una empresa colectiva, el sentido

sanchopancesco de la vida, el desprecio a cuanto signifique riesgo, disciplina y jeraquía; pero quiere también evitar que las únicas afirmaciones, las únicas actitudes resueltas que en España existían y que a veces se derivaban de la desesperación en muchos hombres o de la injusticia con que eran tratados, pero que siempre estaban impregnadas del odio y de todas las pasiones del materialismo marxista, fuesen las que cualificasen o determinasen esa nueva manera de ser de los españoles que había de sustituir a la anterior.

Por eso sueña con restablecer el equilibrio, llegar al término medio clásico, que no es eclecticismo débil, sino síntesis salvadora, formada de todo lo bueno de los extremos. Quiere que la Falange sea escuela de educación humana y política al servicio de la Patria y quiere aliar de tal manera un alto sentido tradicional con otro nuevo de España: que los españoles sean capaces de morir por defender una Iglesia y los fundamentos del Sindicalismo Nacional.

En definitiva, quiere crear un Movimiento que mueva, que traslade a los españoles, con paso resuelto y de milicia, de la realidad que tenían a otra totalmente distinta, en la que, conservándose íntegras las características de nuestra Historia y nuestra Tradición, se resuelvan los problemas nacionales con análogos sistemas a los que otros países han empleado y que la experiencia en ellos demuestra que han venido a superar al liberal que el mundo conocía, gastado y caduco, sin necesidad de caer en un comunismo antihumano y antirracional.

José Antonio quería también que los hombres que le ayudasen en su tarea estuviesen unidos por estrecha hermandad, que fuesen austeros, leales y disciplinados; que pecasen de ingenuidad y de rectitud de conducta, antes que caer en la intriga o en la trapacería; que fuesen claros y no hábiles, y que si algún día llegaban a puestos de mando o de responsabilidad, no creyesen podían ya descansar, o que esos puestos eran la recompensa a sus antiguas virtudes o sacrificios, sino fuente de otros nuevos y mayores, y que los desempeñasen con espíritu de servicio y no de beneficio. Y si estas virtudes han de tenerlas cuantos vistan la camisa azul, los que convivieron con él, los que tenían como mejor regalo y la más preciada recompensa un gesto suyo de aprobación y como deshonor el menor reproche que les hiciera, y conocieran directamente su pensamiento y el entendimiento que tenía de la Falange, han de constituirse en guardianes de ellas y servir de ejemplo con su conducta a todos los demás.

José Antonio consigue hacer de su vida armonía maravillosa: de la materia y del espíritu, de lo individual con colectivo, de la lógica con la fantasía, de la precisión en el concepto con la lírica en la expresión, del refinamiento con la sobriedad, del afán de vivir con la resignación ante la muerte, y hasta después de ésta sigue siendo armonía entre la eterna ausencia de su cuerpo reseco y la constante presencia de su recuerdo y de su doctrina. El quiso implantar en España ese equilibrio roto por los partidos y las clases, y pagaron su afán con moneda vil: de odio o de escepticismo, unos criticándole con finas ironías, valorándole deliberadamente mal, otros encerrándole entre rejas, primero, para matarle a tiros, después. Y si mucho le ofendieron los que le quitaron la vida, acaso no le hayan ofendido menos los que antes no querían que su pensamiento se convirtiera en realidad, y ahora quieren que su muerte sea infecunda. Pero los que sabemos de tu amor a España, te decimos: José Antonio, ni los unos ni los otros vencerán. La armonía y unidad de España, de sus hombres y sus tierras, la está haciendo con el estilo militar que tú querías la espada de un Caudillo que no dudó de ti, que creyó en tu razón y como tú ama a España; la están haciendo los que combaten a sus órdenes, desde el primero, de sus generales hasta el último de sus soldados, y los que a sus órdenes trabajan con él, porque todos están decididos a que el sacrificio de tantos españoles, que el tuyo simboliza y representa, no resulte estéril.

Y por eso, a vosotros, españoles de buena fe que lucháis al otro lado, me dirijo ahora en nombre de esa Unidad y en recuerdo de José Antonio, para reprocharos vuestro sacrificio inútil y vuestra credulidad en unos dirigentes que al empezar la guerra os enseñaron a gritar «¡Viva Rusia!» y a odiar a España, y que ahora adoptan actitudes nacionales porque así conviene a su medro personal o a su táctica política, y que son actitudes que carecen en absoluto de la más mínima autenticidad. Y por eso os digo que a él le dolería en el alma, como a nosotros nos duele, el hambre física y moral de nuestros hermanos de la zona roja y de los que luchan en ella engañados o forzados, y el ver a España rota, desfigurada en parte, y en parte en poder de los hombres de Moscú con sus retratos y efigies por calles y paseos. Y os digo también que él no renunció ni en el último momento de su vida, como no renunciamos nosotros al deseo de haceros nuestros, incluso contra vuestra voluntad presente, incluso a costa de nuestra sangre, como él derramó la suya para redimiros a vosotros, que permitisteis y anhelasteis su muerte, que José Antonio nos decía muchas veces, con tono que trataba de disimular la tristeza de su pensamiento y el dolor de verse incomprendido: «Cuando comparezcamos yo y los que me odian ante el Divino Tribunal que ha de juzgarnos a todos, tengo la seguridad que reconocerán la tremenda equivocación en que se hallaban y me pedirán perdón.»

Por todas esas cosas y por otras muchas más que siento y no acierto a expresar en este momento de emoción sin igual, con la voz quebrada y el corazón latiendo con premura, me despido de ti, José Antonio, repitiendo las palabras que mejor pueden reflejar nuestra gratitud, nuestro deseo y nuestra voluntad, y que tú dijiste en ocasión, también de dolor y de pena: “Hermano y camarada: Gracias por tu ejemplo. Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que ganemos para España la cosecha que siembra tu muerte”.